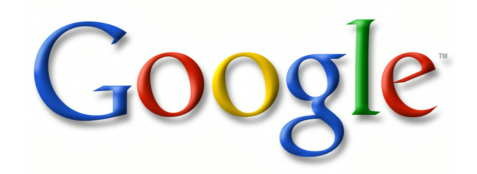


BIBLIOTECA NACIONAL ECONÓMICA.

VENTURA DE LA VEGA

OBRAS ESCOGIDAS.

MADRID:
IMP. DE LA BIBLIOTECA NACIONAL ECONÓMICA,
Misericordia, 2, bajo.
1874

DON VENTURA DE LA VEGA Y CÁRDENAS.

En la populosa ciudad de Buenos-Aires, hoy capital de la República Argentina, nació D. VENTURA DE LA VEGA el dia 14 de Julio de 1807. Cuatro años de edad tenia cuando perdió á su padre D. Diego, y once cuando le arrancaron de los brazos de su tierna madre para no volverla á ver. Desembarcó en Cádiz á los tres meses de navegacion y vino á Madrid á vivir en compañía de un pariente suyo, llamado D. Fermin del Rio y de la Vega, hasta que su tia D.ª Carmen Cárdenas se estableció aquí llevándosele consigo y cuidándole como á hijo propio.

Hizo sus primeros estudios en San Isidro, bajo la direccion de los Padres Jesuitas, pasando despues á ser alumno del justamente célebre Colegio de San Mateo, cuyo sabio director D. Juan Manuel Calleja murió pobre y desvalido el año 1852: y permítasenos hacer aquí una pequeña digresion para dar á conocer á nuestros lectores un detalle que hemos

oido relatar al mismo que es hoy objeto de estos apuntes biográficos.

El carro mortuorio donde iba el cadáver de Calleja, seguido de cuatro coches de alquiler, tuvo que detenerse y ceder el paso en la Puerta del Sol á otro entierro que llamaba la atencion pública por el numeroso séquito de carruajes propios.—*¿De quién es este entierro?* preguntó un curioso señalando el de Calleja.—*Dicen que es de un maestro de escuela.—¿Y este otro será de algun magistrado ó de algun ministro....?—¡Ca! ¡No, señor!* replicó el preguntado: *este es el de un famoso torero llamado Bocanegra, que murió gloriosamente el lúnes pasado al clavar un par de rehiletes á la media vuelta.—¡Bendito sea Dios!* añadió el curioso, dando *media vuelta* y yéndose á otra parte á hacer los comentarios á que se prestaba el contraste de los dos entierros. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Poco más de veinte años contaba nuestro ilustre literato cuando, además de varias composiciones, en que se reflejaba el buen gusto clásico que habia sabido inspirarle su eminente maestro de literatura D. Alberto Lista, se dedicó á escribir para el teatro. Desde entónces (como dice Moratin)

«La corva escena resonó en frecuente
aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.»

Inútil seria poner aquí una lista de todas sus obras dramáticas. Una de las primeras fué *El testamento*, arreglada del francés expresamente para que el inol-

vidable Julian Romea diera el primer paso en la ancha senda que le dejaron trazada Maiquez y Latorre.

Desde el año 40 al 43 en que estuvo cesante trajo á España casi todo el teatro de Scribe, acomodándolo á nuestra escena de tal modo que más parecen obras originales que traducidas.

El fué quien creó el género de la zarzuela. *Jugar con fuego* se presentó en el teatro lírico-dramático produciendo una verdadera revolucion artística. Detrás de esta vinieron *El marqués de Caravaca*, *El estreno de una artista*, *Estebanillo*, *La cisterna encantada* y otras. Los últimos arreglos que hizo fueron *El ángel custodio*, *La rosa y el pensamiento* y *Cada oveja con su pareja*. La primera es una obra magistral: sólo conociendo el original francés como nosotros lo conocemos se puede apreciar lo que vale la traduccion. Hace algunos años que no se representa, y, á la verdad, ignoramos los motivos que tengan nuestros primeros actores para no ponerla en escena.

En cuanto á sus obras originales, ¿qué diremos de *El hombre de mundo*? Nada. Un autor muy conocido y estimado dice que esa comedia es la *desesperacion de los autores dramáticos*, y, en efecto, es así. Muchos han querido imitar la difícil facilidad de su argumento y la verdad de sus personajes: ninguno lo ha conseguido. *El hombre de mundo* se estrenó el año 1845; vá á hacer treinta años y hoy la vé el público español como la vió entónces: admirado, sorprendido. Si nos detenemos á pensar un poco sobre ella nos parece que á cualquiera se le debe ocurrir

una fábula tan sencilla, y, sin embargo, como hemos dicho ántes ¡qué facilidad tan difícil!

Las demás obras originales qne escribió VEGA son: *Los partidos*, preciosa comedia en cuatro actos y en verso; *Don Fernando el de Antequera*, drama histórico, y *La muerte de César*, su obra póstuma. No necesitamos hablar del mérito literario que encierran estas grandes producciones del inmortal autor que nos ocupa, ni éste es lugar á propósito para ello, ni nuestros lectores son de los que se duermen en el teatro viendo representar una comedia por buena que sea: así es que nadie que se precie de aficionado á la moderna literatura dramática habrá dejado de ver en los teatros de Madrid las obras de VENTURA DE LA VEGA.

Los dos primeros actos de un drama que dejó sin concluir, y que lleva por título *Los dos camaradas*, se representaron un año despues de su muerte en el teatro de Jovellanos, precedidos de un prólogo que escribio *ad hoc* el malogrado poeta D. Luis de Eguilaz. Para elogiar esta obra sólo diremos que parece escrita por el mismo Cervantes.

En cuanto á poesías líricas de VEGA vean nuestros lectores las joyas que brillan en este tomo, que bastan por sí solas para constituir un nombre y formar una reputacion.

Respecto á la carrera oficial de este distinguido hombre de letras diremos que en 1837 empezó á ser empleado como auxiliar del ministerio de la Gobernacion con doce mil reales de sueldo, casándose el dia 1.° de Abril del año siguiente con D.ª Manuela Orei-

ro y Lema, señora virtuosísima y de gran talento, que murió en la flor de la edad dejando á su esposo con tres hijos en tan profundo estado de abatimiento que sus amigos llegaron á temer por su vida.

Sin embargo de su poca aficion á la política fué diputado en una legislatura, subsecretario del Ministerio de Estado, ministro plenipotenciario y otros elevados puestos en la administracion pública; pero el que más se acomodaba á sus inclinaciones y gustos artísticos y literarios fué el de director del Conservatorio de Música y Declamacion, que desempeñó desde 1856 con aplauso de todos los que conocian su entusiasmo por el divino arte de Rossini y sus vastos conocimientos en la escena nacional. Fué tambien muchos años maestro de literatura de D.ª Isabel II, de quien obtuvo sucesivamente grandes cruces y distinciones, recibiendo últimamente el honor de leer en la regia cámara su magnífica tragedia *La muerte de César*. Era indivíduo de número de la Real Academia Española desde 1847, y miembro de otras muchas sociedades literarias.

Para concluir estos ligerísimos apuntes añadiremos que un padecimiento crónico, que adquirió durante el crudo invierno de 1858, le obligaba á mudar constantemente de clima, pasando los períodos de frio en Alicante y en diversos puntos de Francia los veranos y otoños. Pero su angustiosa enfermedad asmática, á pesar de los asíduos cuidados de su familia y amigos, fué agravándose por dias, y la muerte le arrancó de entre nosotros el dia 29 de Noviembre de 1865.

Padre tierno, esposo fiel, amigo invariable y honrado ciudadano dejó un inmenso vacío, difícil de llenar. Las letras lloran y llorarán su muerte, y así como ahora vemos con respetuosa admiracion las comedias de Calderon y Lope, de la misma suerte en los futuros siglos abrirá Talía sus puertas á las obras dramáticas y líricas de VENTURA DE LA VEGA.

LOS DOS CAMARADAS

PRIMERA PARTE DEL DRAMA PÓSTUMO

MIGUEL DE CERVANTES

QUE DEJÓ SIN CONCLUIR

DON VENTURA DE LA VEGA.

PERSONAJES.

FELIPE II (41 años).
DON JUAN (23 años).
MIGUEL DE CERVANTES (21 años).
LUIS QUIJADA (60 años).
ANDRÉS DE CERVANTES (25 años).
ANTONIO PEREZ (20 años).
DON GASPAR DE EZPELETA (25 años).
PEREIRA.
BOLAÑOS.
JULIO AQUAVIVA (20 años).
EL EMBAJADOR DE FRANCIA.
EL EMBAJADOR DE INGLATERRA.
EL CONDE DE MONTIGNI.
EL PRÍNCIPE DE ÉVOLI.
EL MARQUÉS DE AGUILAR.

Grandes, monteros, ojeadores, guardias.

1568.

LOS DOS CAMARADAS.

ACTO PRIMERO.

Pradera á las inmediaciones de Alcalá, que se supone estar á la mano izquierda. Á la derecha, la entrada de un bosque. En el fondo el rio Henares, y á su orilla una casa de campo de pobre apariencia.

ESCENA PRIMERA.

Está amaneciendo. Á la entrada del bosque los OJEADORES, formando cordon, esperan, sentados unos, recostados otros y conversando animadamente éntre sí, la señal de comenzar el ojeo. Á alguna distancia de ellos están PEREIRA y BOLAÑOS.

PER. ¡Silencio, los ojeadores!.... Con el murmullo que traeis vais á ahuyentar la caza.

BOL. ¿Que hora será?

PER. Las tres y media acaban de dar en el reloj de Alcalá.

BOL. Pues ya pronto estará el Rey en el puesto. Para las cuatro dió la órden, y cuando él señala una hora.....

PER. ¿Y en qué puesto se coloca el Rey?

BOL. En el del centro, con el secretario Antonio Perez. En el de la derecha el montero mayor, nuestro jefe, con el príncipe de Évoli; en el de la izquierda el condestable con el

duque de Escalona, y en los últimos el conde de Montigni, con los embajadores de Francia y de Ingalaterra, y ese señor Aquaviva, que vino de Roma poco há, enviado por el Papa.

PER. ¿En el último puesto? Bien hecho: se conoce que no le gusta al Rey tenerlos cerca.

BOL. Al inglés, ya lo entiendo: que al cabo es hereje.

PER. Y el francés, francés, que es peor..... Con perdon sea dicho de nuestra reina doña Isabel.

BOL. Este buen Pereira en mentándole algo francés.....

PER. ¿Qué quereis? He peleado contra ellos más de cuarenta años bajo las banderas del emperador..... y estoy acostumbrado á mirarlos como mis mayores enemigos..... despues de los turcos.

BOL. ¡Qué lástima de reinos! Dejarlos inficionarse así por el demonio, teniendo el remedio de establecer el Santo Oficio, que en cuatro dias limpiaria aquello de herejes, como con la mano. Y si no, que se miren en el espejo de nuestra España, donde no ha quedado uno para un remedio.

PER. Verdad es. Y lo mismo hubiera sucedido en Ingalaterra, á no haber muerto la reina María, que se casó con nuestro Rey. Yo servia entonces en el tercio de don Luis Carvajal, que fué escoltando á su alteza á aquel reino. Lo mismo fué llegar y celebrarse los desposorios, que empezó nuestro don Felipe á hacer de las suyas. ¡Qué quemar de herejes, chicos y grandes! El obispo de Lóndres, el arzobispo de Cantorbery..... ¡Qué sé yo la gente que fué á la hoguera revuelta con las biblias! Y si el príncipe no

deja á Ingalaterra, llamado por su padre el emperador, y no muere luégo la reina María, puede que á estas horas se oliera desde aquí la chamusquina.

BOL. Y todo fué trabajo perdido. Con su nueva reina Isabel, que los ha vuelto á la herejía, se pasea por allí el demonio como por su casa.

PER. En todas partes cuecen habas. Y tambien en Francia dan que hacer los herejes, que por allí los llaman los *hugonotes*.

BOL. Así es verdad. Pero allí, señor Pereira, no está la cosa tan perdida. Gracias á la reina madre doña Catalina de Médicis, parece que no dejan de quemar alguno que otro.

PER. Pues yo, señor Bolaños, ¿qué quereis que os diga? No estoy por ese nuevo método de agarrarlos así y plantarles esa coroza y todas esas mojigangas de los sacos con los diablillos pintados, y estarse uno muy arrellenado en un balcon, como en fiesta de toros, viendo cómo los sacan maniatados y los echan á la hoguera.

BOL. Pues no sino dejarlos, y andaremos todos por esos aires caballeros en la escoba y más untados que un torrezno.

PER. No digo yo que se les deje, y Dios me libre de semejante pensamiento. Lo que digo es que en tiempo del emperador se hacia la cosa mejor y más á mi gusto.

BOL. ¿Y cómo se hacia la cosa en tiempo del emperador, señor Pereira?

PER. ¡Arremetiendo con ellos ¡voto á Crispo! lanza en ristre y espada en mano, puesto que peleaba con ellos el mismo Satanás, y venciéndolos en campo abierto y degollándolos á todos, que se iban desde allí á los infiernos dando un bufido que levantaba polvo!

BOL. Eso se quiere hacer ahora con los moriscos de las Alpujarras que se han rebelado. Sobre ellos ha ido el marqués de Mondéjar desde Granada, y el de los Velez desde Múrcia, que han entrado á sangre y fuego por aquellas sierras. Aunque dicen que los moriscos pelean como desesperados y que ninguno de los dos marqueses ha adelantado un paso.

PER. No adelantan, ¿eh?—Cada cosa en su tiempo.—El emperador sabia vencerlos y el rey don Felipe sabe quemarlos.

BOL. Eso es lo más seguro, y con ese fin ha enviado allá el Santo Oficio un comisario para que se haga la cosa en toda regla.

PER. Tambien á Flandes ha despachado otro comisario, puesto que allí está el duque de Alba, y ese no há menester de autos de fé para acabar con los herejes hasta la quinta generacion.

BOL. ¡Dios los aleje de nosotros!

PER. Amen. Empezando por esos embajadores, que en Dios y en mi ánima que no han de haber venido aquí para nada bueno.

BOL. Y que no dejan al Rey ni á sol ni á sombra. Si Dios quisiera, señor Pereira, depararles en la batida de hoy un jabalí, buen cristiano, que diese cuenta de ellos.

PER. ¿Jabalí en los bosques de Alcalá, hermano Bolaños? Si fuera en los del Pardo... Además que va con ellos el enviado del Papa, y podria el jabalí no distinguir de colores.

BOL. Y seria lástima: que el tal enviado es un mozo muy apuesto y muy cabal.

PER. Cuando el Papa Pio V se vale de él, teniendo poco más de veinte años de edad, á buen seguro que es persona de letras.—¿Pero sabeis, Bolaños, que tarda mucho el Rey, y

que si se echa encima la mañana nos vamos á freir?

BOL. Como que tiene traza de ser éste uno de los dias más calurosos de Julio. Mirad qué color tan rojizo saca el sol. Y hácia acá se dirige un caballero á todo galope.

PER. Será ya gente de Alcalá, que nos habrá olido.

BOL. No, que Alcalá está allí: más bien parece que viene por el camino de Madrid.

PER. Sea quien fuere, tendrá que dar buen rodeo, que por aquí tenemos órden de que nadie pase.

BOL. Pues adelantémonos ántes que se nos eche encima. ¡Hola! ¡Eh! ¡Alto!

PER. ¡Eh, hidalgo!.... ¿Estais sordo? Alto os decimos.

ESCENA II.

DICHOS, D. GASPAR, que viene á caballo por la izquierda cubierto de polvo. Viste traje de camino, con capa negra y en ella la cruz de la Inquisicion.

GASPAR. ¿Quiénes sois vosotros para detenerme? (*Dentro.*)

PER. Monteros del Rey, que está cazando en estos bosques. Por aquí no podeis pasar.

GASPAR. Justamente por eso pasaré: que al Rey vengo buscando, que no le he hallado en Madrid.

PER. Pues si al Rey quereis ver, aguardad por estas alamedas, donde vendrá despues de la batida.

GASPAR. No aguardaré tal, sino que pasaré mal que os pese; y abridme luégo paso sin más replicar. (*Saliendo.*)

PER. ¿Y quién sois vos, hidalgo, que así mandais á los monteros del Rey?

GASPAR. Don Gaspar de Ezpeleta me llamo. Y mirad

bien, que soy familiar y comisario en Flandes del Santo Oficio. (*Mostrándoles la cruz.*)

BOL. ¡Pasad, caballero! (*Descubriéndose. Don Gaspar pica el caballo y se mete por el bosque.*)

PER. Señor Bolaños, esto es faltar á la consigna.

ESCENA III.

DICHOS, menos D. GASPAR.

PER. ¿Tendremos reprimenda del montero mayor?

BOL. Al Santo Oficio no hay cristiano que le cierre el paso. ¿No veis cuando va á palacio el cardenal Espinosa, Inquisidor general, cómo se le abren todas las puertas hasta la la misma cámara, sea la hora que fuere y sin pasar recado al Rey?

PER. Mucho que sí.

BOL. ¡Oiga! Pues éste, por las señas, es el comisario del Santo Oficio que marchó á Flandes, segun me digísteis antes.—¡Hola! Dos mozos vienen hácia aquí, que parece que han salido de Alcalá.

PER. Y con sus escopetas y avíos de cazar: gran chasco van á llevarse.

ESCENA IV.

DICHOS, D. JUAN y MIGUEL.

JUAN. ¿Qué gente será esa que guarda la entrada del bosque?

MIGUEL. No lo adivino. Pero, sea quien fuere, entrémonos por la espesura y comencemos nuestra cacería.

PER. ¡Eh, hidalgos! ¡Alto!

MIGUEL. ¿Qué es alto? Somos estudiantes de la Uni-

versidad de Alcalá, que venimos todas las madrugadas á cazar á ese bosque en tanto que la campana no nos llama al áula.

BOL. Pues por hoy, hermanos estudiantes, habrán de tener paciencia. Y aléjense de aquí con esas escopetas, no se vaya alguna del seguro y nos espanten las reses.

MIGUEL. Hablára yo con ménos altanería si fuera que vos, que tan vuestro como mio es el bosque; y ¡vive Dios! que hemos de entrar en él y cazar cuanto fuere nuestra voluntad.

PER. Vuélvanse atrás les digo, y tengamos la fiesta en paz.

MIGUEL. Eso lo veremos. (*Queriendo forzar el paso.*)

JUAN. ¡Conteneós, Miguel! ¿De cuando acá, seño-ñores, se prohibe cazar en ese bosque?

PER. Ea, que ya me van cansando. Desde que el Rey viene á cazar en él.

JUAN. ¡El Rey! ¿El Rey ha venido á Alcalá?

MIGUEL. Dijéraislo desde el principio.

JUAN. Perdonad, que como apénas apuntan los primeros rayos del sol no habia reparado en vuestro traje, que es el que llevan los monteros de palacio. Y aún me parece que vos...

PER. Acercaos, si os place, que por la voz y el talle...

JUAN. ¡Pereira!...

PER. ¡Don Juan! Don Juan es ¡voto al diablo! Que aunque há diez años que no os veo, y habeis crecido que es un portento, el semblante y el continente vuestro no se me despintan.

JUAN. En el monasterio de Yuste os ví la última vez, el dia de la muerte del emperador.

PER. ¡Dios le tenga en la gloria! ¡Gran pérdida fué aquella para los dos! Allí estábais vos de paje del señor Luis Quijada, que os crió. Y lo que es el emperador ¡vaya si os queria! ¡Como á las niñas de sus ojos!.... ¡Bien me

la libertad á más de veinte mil cristianos cautivos.

PER. Y no digo nada, al año siguiente, en Roma, cuando delante del mismo Papa y de los cardenales retó á singular combate al rey Francisco de Francia, que le habia hecho no sé qué morisquetas.

MIGUEL. ¡Envidia me da oiros! ¡Y de buena gana cambiara mis pocos años con los muchos vuestros, señor Pereira, ó como os llameis, á trueque de haber presenciado tales hechos!

JUAN. Y nada aumenta ni exagera: que así me lo ha relatado Luis Quijada muchas veces.

PER. Pues no sé yo deciros si era más hombre todavía cuando la pícara fortuna se le volvia de espaldas. ¡Viéraisle en la jornada desastrosa de Argel! Allí se nos va á pique la escuadra por las tempestades; allí se nos llena de agua el campamento, que nos hundíamos en el fango hasta la rodilla, y no hay más remedio que emprender la retirada al Cabo de Metafuz, acosados dia y noche por los moros. Pero allí habíais de ver al emperador, estenuado del hambre y la fatiga, alimentándose como nosotros de raices silvestres y de la carne de los caballos que mandó matar. ¡Y qué alientos los suyos!... ¡Qué despreciar el riesgo!... ¡Qué andar de aquí para allí animando á los caidos, socorriendo á los enfermos y heridos, y á todos infundiendo ánimo con las palabras y el ejemplo! *(Oyese sonar distante la corneta de caza.)* ¡Ya suena el clarin!... ¡A ellos!... ¡Cierra España!...

BOL. ¡Al ojeo, señor Pereira! *(Los Ojeadores se ponen en pié gritando:* ¡Al ojeo!)

PER. ¡Voto al diablo, que pensaba escuchar la señal de acometer á los moros ó á los france-

ses! ¡Á caballo, Bolaños!.... ¡Que no me ha de quedar un ciervo á vida! ¡Mocitos, á más ver! ¡Al bosque, muchachos!

Bol. y **Ojeads.** ¡Al bosque!

Per. ¡Esa distancia de hombre á hombre! ¡Á ver cómo se guarda la línea!... ¡Adelante!... ¡Ahí va el ciervo!

Bol. y **Ojeads.** ¡Ahí va el ciervo!... (*Los Ojeadores, formando ala con algun claro de hombre á hombre, penetran por el bosque gritando:* ¡Ahí va, ahí va! *Pereira y Bolaños los siguen dirigiendo el ojeo. La gritería va apagándose á medida que se internan en la espesura.*

ESCENA V.

D. JUAN, MIGUEL.

Miguel. Por Dios, don Juan amigo, que todo lo que el buen Pereira nos ha relatado, junto con esos clamores belicosos y con el son de ese clarin, son cosas que me están haciendo saltar el corazon en el pecho. ¡En ruines tiempos nos ha tocado nacer!...

Juan. Aun vive, Miguel amigo. aquel heróico espíritu en varones de alta nombradia, que guerrean en Europa contra los infieles. Ved al gran don Álvaro Bazan, ilustre marqués de Santa Cruz, y á Andrea Doria, y á Marco Antonio Colonna, combatiendo á los berberiscos y ganando el Peñon de la Gomera. Ved á Juan de la Valette, gran maestre de Malta, triunfando de la armada de Mustafá: que os aseguro, Miguel, que aunque me veis aquí cursando tranquilamente las letras en Alcalá, no es aquí donde están mi corazon ni mi mente, que allá vuelan y allá están por los mares de Levante siguiendo á

aquellos valientes capitanes. Yo nací para las armas, Miguel, y siendo cierto, como ántes digísteis, que ignoro quién fué mi padre y hé menester ganarme un nombre por mis hechos, habeis de saber (que en la amistad que nos liga nada os debo ocultar) que dias há que estoy batallando con el designio de abandonar esta vida en que me consumo y partirme secretamente á sentar plaza contra el turco en los tercios de Italia.

MIGUEL. ¡Eso sí, cuerpo de Cristo! ¡Grande y generosa determinacion!... Y no tan sola y únicamente vuestra que no lo haya sido mia, porque habeis de saber, don Juan, que con el mismo designio batallo yo tambien dias há. Vayan afuera los libros, y cedan las letras á las armas, y dadme esa mano, que con vos he de partir y con vos he de ganar el nombre que tambien hé menester.

JUAN. ¿Vos, Miguel? Desacertado andais en eso. Discúlpame á mí para esta fuga el legítimo deseo de salir de mi ignorada condicion; pero vuestro caso es diverso. Padres y hermanos teneis á quien contristaria vuestra fuga. Hidalgo sois, Cervantes os llamais: preclara y nobilísima estirpe, que trae su orígen de antiguos ricos-hombres de Leon y de Castilla. ¿Qué os mueve, pues, á tan violenta resolucion?

MIGUEL. Os lo diré, don Juan; os abriré mi pecho, os confiaré mis proyectos, y fio en vuestro corazon que aplaudireis mis intentos. Hidalgo soy, es verdad, pero hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicon las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algun palomino de añadidura

los domingos consumen las tres partes de mi hacienda. El resto de ella concluyen sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana me honro, como veis, con mi vellorí de lo más fino. Quieren decir que el sobrenombre de Cervantes que llevo proviene del famoso Alfonso Munio Cervatos, progenitor de reyes y de reinas. En buen hora sea. Pero lo cierto, don Juan amigo, es que en la hora y punto que os hablo mi condicion no pasa de hidalgo, ni mi hacienda de los estrechos términos que os he dicho. Con una y otra, no obstante, viviera yo contento y feliz, y las letras á que mi padre me destina cursara de buen grado en pacífica y sosegada vida, si por males de mis pecados, ó por mi buena suerte, no lo dispusiera de otro modo un cierto rapaz vendado que anda invisible por el mundo trastornándolo todo á su antojo.

JUAN. Tiempo há que lo he conocido. Pero de los amigos no ha de querer saberse más de lo que ellos quisieren decir.

MIGUEL. Perdon os pido de la reserva que nunca con un tal amigo como vos debí de usar, puesto que en amores soy con extremo celoso y desconfiado: que es el honor de la mujer finísimo cristal que de sólo el aliento se empaña. La que así tiene trastornado mi juicio, don Juan amigo, se llama doña Ana de Ezpeleta, rica y principal señora, que de Pamplona, su patria, vino á Madrid á poder de un hermano, el cual, fiado en su valimiento con el Rey, y en ser familiar del Santo Oficio, la llamó á su lado con la esperanza de casarla en la córte con las ventajas que á sus grandes riquezas y elevada cuna corres-

ponden. Ocurrió á poco tiempo que don Gaspar de Ezpeleta (que este es el nombre de su hermano) recibió comision del Rey y del Santo Oficio de marchar á Flandes con el duque de Alba y servir allí de brazo á la Inquisicion para que no pudiese el de Alba usar de misericordia con las rebeldes, y todos, sin distincion de gerarquía, pereciesen abrasados en la hoguera.—Comisiones son éstas con que hoy se honran los principales caballeros, y hasta los grandes, prendiendo por su propia mano á los reos en medio del silencio de la noche y custodiándolos luégo hasta echarlos en el sagrado brasero; costumbre que, en mi sentir, se aviene mal con los generosos instintos que debe abrigar un pecho ilustre: que algo tiene del oficio de corchete, y aun de verdugo, que ambos infaman y envilecen, y el celo por la fé debe mostrarse en quien es bien nacido por otras vías más nobles y elevadas.—Partió, pues, don Gaspar ufano á su negra comision, y para no dejar á su hermana expuesta á los peligros que ofrece el laberinto de la córte, la trajo á Alcalá, donde la encomendó á la guarda y vigilancia de una dueña, Argos inexorable de aquel tesoro. ¿Pensais, don Juan, que pueda encerrarse el sol en parte donde por algun resquicio no se escape uno de sus rayos? ¿Pensais que pueda ocultarse el ámbar en redoma donde por alguno de sus poros no traspire su delicada esencia? Los acentos de una voz celestial, acompañada de los dulcísimos sones de una arpa, detuvieron mis pasos una madrugada que, como de costumbre, pasaba yo por la calle Real con direccion á esta alameda, donde venia á esperaros para asistir á nuestra ordinaria ca-

cería. La hora, el sitio y la magia del canto despertaron en mí un vivo deseo de saber quién fuese la discreta cantora. Con este intento pasaba todos los dias y á la misma hora por aquel sitio, sin averiguar otra cosa más sino que aquella voz iba entrándoseme cada dia más adentro del alma, hasta que un domingo, que en vano esperé por largo espacio que sonase el arpa, ví que se abrió la puerta y que una dama, tan cubierta y recatada que apénas veian sus ojos más tierra que aquella donde ponia los piés, salió acompañada de una dueña y se encaminó á la vecina iglesia de Santa María la Mayor. Excuso deciros que la seguí, que me hirieron primero el corazon, como otras tantas flechas, los blancos y torneados dedos de una mano que sacó á la pila, y me dejaron luégo estático y sin vida las facciones de un rostro que, como el sol entre celajes pardos, asomó á medias entre los pliegues del manto, descubriendo el mayor milagro de hermosura que pudiera fingir humana fantasía. No os haré el relato de cómo mis amorosos rendimientos lograron hablandarla y que me amase, que pudiera entrar en los términos vedados de la propia alabanza, que siempre envilece. Baste deciros que loco de enamorado, sobornada la dueña, ganados los criados, haciendo llegar á sus manos infinitos billetes y trovas, con ménos letras que ternezas y juramentos, conseguí penetrar victorioso en la fortaleza de su corazon primero, y en la de su aposento despues, una noche de eterna memoria para mí.—Temerosos de que nuestros amores fuesen notados en el pueblo, resolvimos tomar la quinta que allí veis, orillas del Hena-

res, donde todas las mañanas nos vemos y estrechamos á porfía contra el corazon una hija que el cielo ha concedido á nuestro amor.—Aquí teneis mi historia.—Siendo de todo punto imposible verificar nuestra union sin el consentimiento de su hermano, que como os he dicho se halla en Flandes, ignorante de todo, y no pudiendo yo aspirar á obtenerlo por la desigualdad de hacienda y gerarquía que media entre las dos familias, he resuelto, don Juan, dejar mi casa, y acudir á donde suena el estrépito de las armas en busca de aventuras que resuciten las que en los tiempos del emperador Cárlos Quinto dieron eterna fama y nombre á tantos caballeros; y ennoblecido el mio con las hazañas que pienso acabar, y rico con el botin de los vencidos, volver á ofrecerlo todo á los piés de doña Ana, y á obtener su mano, que no será entónces negada á quien con tan gloriosos timbres la demanda.

JUAN. Atento os he escuchado, Miguel, y nada tengo que responderos, sino que aplaudo vuestra noble determinacion. Dadme esos brazos.

MIGUEL. Tomadlos, y jurémonos ser desde este punto hermanos y compañeros de armas, y ayudarnos y acorrernos en nuestras cuitas, y partir los peligros y las glorias.

JUAN. ¡Así os lo juro, Miguel!

MIGUEL. Y pues dicen que en la tardanza está el peligro, no dilatemos el poner por obra nuestro pensamiento. Partamos esta noche.

JUAN. Partamos.—Pero, mirad: ¿no es Luis Quijada el que viene hácia aquí?

MIGUEL. El mismo es.

JUAN. Sin duda por ir á verme á Alcalá se ha apartado de la comitiva real.

MIGUEL. ¡Plegue á Dios que sea por poco y que no nos estorbe su presencia nuestro proyecto!

ESCENA VI.

MIGUEL, D. JUAN, QUIJADA. Viene Quijada por la derecha en traje de caza.

QUIJ. ¡No me engañado: él es!

JUAN. ¡Bien venido una y mil veces! Largos dias me habeis privado del contento de veros.

QUIJ. Negocios de gravedad me han detenido al lado del Rey, y otro no ménos grave, y con extremo fausto y placentero, me trae en este momento á Alcalá.

JUAN. No sé qué noto en vos..... ¡Hablais alterado!.... ¡No os acercais á mí..... no dais los brazos, como de costumbre, al que amais como si fuera hijo vuestro!....

QUIJ. ¡Los brazos!....

JUAN. ¡Sí, padre mio! *(Lo abraza.)*

QUIJ. ¡Don Juan!.... ¡Hijo mio!.... ¡Nunca con tanto placer..... y con tanta pena á la vez, os he llamado así! ¡Hijo mio!.... Dejadme que lo repita y que os abrace de nuevo..... porque esta será la última vez que os dé este nombre y este abrazo.

JUAN. ¡La última vez!

MIGUEL. (¿Qué querrá decir?)

QUIJ. Don Juan, el Rey está cazando en estos bosques; terminada la batida, vendrá á descansar á estas alamedas; aquí me ha mandado que os traiga: quiere veros, quiere llevaros consigo á la córte. Don Juan..... ¡este es un gran dia para vos! El cielo os colma de felicidades en la nueva condicion que os aguarda.

JUAN. ¿El Rey quiere verme?.... ¿Llevarme consigo?—¿Es decir que ya no se me destina á

la iglesia? ¡Ah! ¡Os doy gracias, padre mio! ¡Á vos, á vuestro amor, á vuestro valimiento con el Rey debo esta fortuna!—Y decidme: ¿seré paje suyo?.... ¿ó seré quizá capitan en algun tercio de Italia ó de Flandes? ¡Oh! ¡Sí: las armas, Quijada, las armas son mi sueño y mi ambicion!

QUIJ. Calmad, don Juan, esa impaciencia. El hombre no debe abatirse en la desgracia, ni envanecerse en la prosperidad. La verdadera dicha está en la moderacion y en la templanza. No olvideis estos consejos que sin cesar os he estado repitiendo desde vuestros años más tiernos, previendo siempre que habia de llegar este dia. Por eso en mis estados de Villagarcía, donde os he criado, os instruí en todo aquello que á un caballero corresponde. Sabeis regir con poder y gallardía el más fogoso caballo; la más pesada lanza es leve caña en vuestra mano; no puede la vista seguir en su velocidad los tajos y mandobles de vuestra espada; el ejercicio de la caza ha fortalecido vuestro cuerpo, haciéndole superior al hambre, á la fatiga y á la inclemencia de los cielos. Y por lo tocante á las virtudes del ánimo, habeis tenido delante de los ojos el ejemplo más grande que han visto los pasados y esperan ver los venideros tiempos: el del glorioso emperador Cárlos Quinto, que fué único en el valor, solo en el consejo, extremo en la clemencia, magnífico sin tasa, y, finalmente, primero en todo lo que es ser monarca, y sin segundo en todo lo que fué ser caballero.—Con tales dotes de ánimo y de cuerpo os entrego, don Juan, á ese mar borrascoso del mundo y de la córte. Acordaos de que llevais en vos el depósito de la

honra y de la fama del viejo Quijada, y haced patentes al orbe las lecciones con que os ha criado..... y la sangre que corre por vuestras venas.....

JUAN. ¿Qué sangre corre? ¡Acabad!....

QUIJ. ¡Dame los brazos por la última vez, hijo mio!.... *(Despues de abrazarlo se arrodilla á sus piés)* ¡Deme vuestra alteza á besar su mano, hijo de mi emperador!

MIGUEL. ¡Hijo del emperador! *(Arrodillándose tambien.)*

JUAN. ¡Yo! ¡Quijada! ¡Vos á mis piés!.... ¡Miguel, amigo mio!.... ¡alzad!.... ¡Oh, alzad!—¡Hijo yo del emperador!

QUIJ. ¿Cómo podeis dudarlo si recordais el afecto, la ternura que os profesó hasta el último instante de su vida?

JUAN. ¿Y mi madre? ¿Quién es mi madre?

QUIJ. El y Dios lo saben solamente.—Veinte y tres años há que estando en Ratisbona fuí una noche misteriosamente introducido en el aposento del emperador, que me llamaba su amigo, el cual, poniendo en mis brazos un niño, que acababa de nacer: «Es hijo mio, me dijo; quiero que todo el mundo lo ignore: crialo tú.»—Aquel niño érais vos.—Sólo al morir confió el secreto por medio de una carta al rey don Felipe su hijo.

JUAN. ¡El Rey lo sabia!.... ¡Sabia Felipe que yo erà su hermano y en diez años no me lo ha dicho! ¿Y por su mandato sin duda se me destinaba á la iglesia?

QUIJ. Como vasallo me tocaba obedecer.

JUAN. ¡Es una crueldad inaudita, Quijada!—¿Y qué le obliga hoy á llamarme á su lado?

QUIJ. La mente del rey Felipe es impenetrable como los arcanos del destino.

JUAN. ¡Diez años sin decírmelo!...

QUIJ. Si en ellos echais de ménos la grandeza que desde hoy va á rodearos, no olvideis, señor, que gozásteis el amor del que se llamó vuestro padre.

JUAN. ¡Quijada!... Siempre lo sereis para mí.

QUIJ. Venid, señor, y en tanto que dura la batida honrareis por última vez mi casa de Alcalá, y trocareis esos arreos con los que os tengo allí preparados para que volvamos á que yo os presente al Rey.

ESCENA VII.

QUIJADA. D. JUAN, MIGUEL, ANDRÉS. Andrés viene de Alcalá: viste de labrador.

ANDRÉS. ¡Loado sea Dios, que al fin te encuentro! Desde ayer que no te vemos el pelo, hermano Miguel, y tienes con susto y pesadumbre á nuestros padres, y á nuestra hermana Andrea encendiendo candelillas á San Antonio.

MIGUEL. Calla, por ahora, hermano Andrés, y no empieces como sueles, que tienes delante gentes de más alto respeto de lo que imaginas.

ANDRÉS. Si lo dices por el señor Luis Quijada, que está presente, bien me lo sé yo, y le beso á su merced las manos. Quien te saca de tino, y te tiene sorbidos los sesos, y te lleva de ceca en meca, trasnochando los más dias y comiendo frio y en pié, y hablando solo, que no parece sino que tienes vacíos los aposentos del celebro, yo bien sé quién es...

MIGUEL. ¡Andrés!

ANDRÉS. Y mal año para mí si no lo digo ahora que puede oirlo el señor Quijada, y poner en ello remedio: es don Juan.

MIGUEL. ¡Voto al cielo, charlatan de todos los diablos, que mires lo que dices, y ponte al punto de

hinojos, y bésale la mano á su alteza, que es infante de Castilla, y vámonos de aquí!

ANDRÉS. ¿Qué infante dices?

MIGUEL. Este que aquí ves.

ANDRÉS. Á otro perro con ese hueso. Y si estais locos no querais meterme á mí en la danza de vuestra locura, que no hay aquí tal infante, ni por Alcalá se usan esas cosas: que este es don Juan, que bien le conozco, paje del señor Quijada, el cual no me dejará por embustero.

QUIJ. Lo fué hasta aquí, buen Andrés, en la apariencia no más. Pero desde hoy recobra su verdadero ser, y es tal infante, como hijo del gran emperador Cárlos Quinto.

ANDRÉS. En Dios y en mi conciencia, que sólo por respeto á vuestras canas no os digo, señor Quijada...

MIGUEL. No digas nada, por vida de quien soy, y arrodíllate luégo, y no seas záfio y agreste. (*Le hace besar la mano de D. Juan.*)

ANDRÉS. (¿Qué mogiganga es ésta?)

MIGUEL. Y ahora, señor, dadnos vuestra licencia.

JUAN. ¿Dónde os vais, Miguel?

MIGUEL. La mano que os eleva á superior esfera desata, señor, nuestros antiguos lazos.

JUAN. ¿Qué decís, Miguel? Maldeciré mi nuevo estado si he de perder por él los dulces goces de la amistad.

MIGUEL. No hay amistad verdadera en desiguales condiciones. Una inmensa distancia nos separa: de hombre que érais os trocais de repente en divinidad; vais á respirar el incienso de los palacios; vais á contemplar á los hombres prosternados á vuestras plantas; van á adormecerse vuestros sentidos en el sueño de la lisonja. ¿Qué haria yo á vuestro lado? La verdadera amistad me pondria en

la obligacion de despertaros de ese sueño: el príncipe entónces no podria soportar la audacia de Miguel, ni Miguel el orgullo del príncipe.

JUAN. Esa es la suerte infeliz de quien ha respirado esa atmósfera desde la cuna. Pero yo, Miguel, ¿pensais que tan flaco y débil llevo el corazon que no pueda respirarla sin emponzoñarme? Y si así lo temeis, Miguel, por eso mismo debeis seguirme allá. ¡Oh, el príncipe es ahora quien necesita humillarse ante vos y pediros esa gracia! Voy á poner el pié en un intrincado laberinto donde más que nunca hé menester guia y apoyo. ¡Al pisar el sombrío palacio de Felipe II siento miedo en el corazon! ¡Oh! ¡No me abandoneis, amigo mio!

MIGUEL. ¿Y si vos me abandonais á mí?

JUAN. ¿Quién será entónces el que pierda más de los dos? No, Miguel; imagináos que ambos vamos á representar una farsa de Lope de Rueda: que vos salís al tablado cubierto de harapos y yo vestido de púrpura; que hacemos nuestros papeles con ridícula gravedad, á fin de que no se rompa la ilusion del público insensato; pero que en los intermedios de la farsa nos conocemos, nos apretamos la mano y somos iguales.

MIGUEL. ¡Hermoso, señor, es ese sueño! Pero ¿y si los aplausos unánimes y repetidos de ese público insensato acaban por haceros creer que sois en realidad el personaje que estais representando?

JUAN. ¡Oh! Entónces, si observais que mi cabeza empieza á desvanecerse, si notais que la molicie embarga mis sentidos, si veis que no dejo la ociosa vida del palacio por correr con vos, no ya á conquistar un nombre con las

armas, sino á ilustrar el que tengo, juradme entónces vos, guardian inexorable de mi virtud, que me recordareis al oido con terribles voces la obligacion que me impone ese nombre y los gloriosos hechos de mi padre. ¿Me lo jurais, Miguel? (*Dándole la mano.*)

MIGUEL. ¡Os lo juro!

JUAN. Y el infante de Castilla os renueva tambien el juramento que don Juan os hizo aquí mismo de ser eternamente vuestro amigo, vuestro compañero de armas, y de ayudaros y acorreros en todas vuestras cuitas. ¿Lo aceptais, Miguel?

MIGUEL. Lo acepto.

JUAN. ¡Oh, amigo mio!.... (*Abrazando á Miguel.*) ¡El valor ha vuelto á mi corazon!—Venid, y unidos por la santa amistad, y defendidos con su escudo, atravesemos sin miedo los palacios de los reyes.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, ANDRÉS. Saliendo por la izquierda.

MIGUEL. Ven aquí conmigo, incrédulo, y en vez de ir á alborotar á nuestros padres con tus sandeces, quédate en esta alameda y verás con tus propios ojos si es cierto lo que te digo y si se confirma lo que acabas de oir.

ANDRÉS. Ahora te digo yo, Miguel, que razon tiene nuestra hermana Andrea, que dice que de pasar las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio, y del poco dormir y del mucho leer, se te ha secado el celebro y has venido á perder el juicio. ¡Tá, tá! ¿Con infantes y emperadores te me vienes, hermano Miguel? ¡Que mala langosta nos caiga si no pienso yo tambien que estoy metido en la farsa de Lope de Rueda que te decia ántes don Juan, y que tambien hago yo papel en ella!

MIGUEL. No hay en esto farsa, Andrés, ni yo estoy sino en mi cabal juicio. Que ¡vive Dios! que don Juan es hijo natural del difunto emperador, y el Rey don Felipe viene á buscarlo y á llevárselo á la córte, donde yo he de

acompañarlo y he de llegar á ser, con su ayuda, lo que Dios fuere servido.

ANDRÉS. ¡Pecador de mí! Mira, por Dios, lo que haces, y quédate en tu casa, y atiende, como yo hago, á la labranza de nuestros campos y al cuidado de nuestra hacienda, que, como dijo el otro, «el ojo del amo engorda al caballo,» y «hacienda, tu dueño te vea;» y déjate de córte y de reyes, y de todos esos sueños que se te han metido en la cabeza, que tú no eres infante ni emperador, sino el honrado hidalgo Miguel de Cervantes.

MIGUEL. Yo sé lo que soy, Andrés, y sé ¡viven los cielos! que puedo ser, no sólo lo que has dicho, sino todos los doce pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno de por sí hicieron, se aventajarán las mias. *(Suena en el bosque la corneta de caza.)* Y no me prediques más, sino quédate aquí como te he dicho, que ya oigo la corneta de caza y aquí volveré en tu busca. *(Miguel toma la escopeta, se dirige al foro y entra en la quinta.)*

ESCENA II.

ANDRÉS, solo.

¡Á la quinta se va derecho! ¡Válame Dios por hermano! ¡En mala hora conoció á esa dama de noble alcurnia, y á esos infantes y caballeros que le han levantado de cascos y sacado del sosiego de su casa! *(Suena la corneta más cerca.)* ¿Con que el Rey anda por estos bosques?.... Ese rumor que se oye será quizás el anuncio de que se acerca. Quiero agazaparme entre estos árboles por si desde aquí logro verle.

ESCENA III.

Llegan por el bosque PEREIRA y BOLAÑOS seguidos de los ojeadores y monteros, que traen en parihuelas dos ciervos muertos y una corza, y tambien la jauría, al son de las cornetas de caza. ANDRÉS está en escena.

PER. ¿Que haceis vos ahí? Léjos, léjos de esta alameda.

ANDRÉS. ¿No podré quedarme á ver al Rey?

PER. ¡Vaya si es curioso! Échese á la espalda, y métase entre los ojeadores.—¡Ruin batida hemos hecho, hermano Bolaños!

BOL. Dos ciervos y una corza: no es mucho. Y algo más saldria si continuara el ojeo; pero el Rey ha mandado que cese, y se viene á estas alamedas á descansar.

PER. Y en verdad que no alcanzo por qué descansa aquí y no en Alcalá, que está á la vista.

BOL. Por excusar sin duda etiquetas y ceremonias, y que no se alboroten los estudiantes y dejen el áula. Aunque me temo que por fin llegue allá la voz de que está aquí el Rey y... Mirad: hácia acá se dirige un caballero á todo galope.

PER. Mirad, mirad, ya se ha incorporado á la comitiva. Ahora se detendrá el Rey á recibirlo... Pues no se detiene, que sólo el secretario es quien habla con él, y el Rey sigue picando su caballo.

BOL. El Rey don Felipe no se detiene nunca.

PER. Ya llegan aquí.

BOL. ¡Silencio, los ojeadores!

ESCENA IV.

DICHOS, el REY, ANTONIO PEREZ, D. GASPAR, el PRÍNCIPE DE ÉVOLI, el EMBAJADOR DE INGLATERRA, el de FRANCIA, MONSEÑOR AQUAVIVA, el CONDE DE MONTIGNI, el MARQUÉS DE AGUILAR, grandes, palafreneros, criados. Pereira y Bolaños forman á los ojeadores en el fondo en semicírculo: Andrés se coloca entre ellos.

ANT. P. Á la sombra de estos árboles puede vuestra majestad descansar. (*Dirigiéndose á un grupo de árboles á la izquierda.*)

REY. En buen hora.

ANT. P. La silla. (*Traen los criados un asiento de tijera: los grandes se disputan el honor de colocarlo. Siéntase en él el Rey.*)

REY. ¿Dónde está Ezpeleta? (*Á Antonio Perez.*)

ANT. P. Allí, señor; junto al príncipe de Évoli.

REY. ¿Cuántos dias ha echado desde Flandes?

ANT. P. Quince solamente. Dijéronle en palacio que estaba vuestra majestad cazando en los bosques de Alcalá, y al punto se dirigió aquí, sin detenerse más que lo preciso para dar cuenta de su comision al cardenal inquisidor.

REY. Buena diligencia ha hecho.

ANT. P. Así se lo encomendó el duque de Alba al darle los pliegos. ¿Quiere vuestra majestad que le haga llegar?

REY. No. ¿Qué prisa corre? Hemos venido á cazar: veamos primero la caza. Aguilar, traed las reses. (*El marqués de Aguilar, montero mayor, se coloca frente del Rey con los monteros, y hace desfilar á los criados con las piezas colocadas en las parihuelas.*) ¿No ha llegado Luis Quijada con su paje?

ANT. P. No, señor.

REY. Mucho tarda.

AGUIL. Este ciervo mató el príncipe de Évoli.

REY. ¡Soberbio tiro! Évoli, os lo podeis llevar, y presentádselo en mi nombre á la princesa vuestra esposa.

EVOLI. Beso á vuestra majestad los piés por las mercedes que me hace.

PER. (*Á Bolaños.*) (¡Famosos cuernos tiene!)

BOL. (¿Quién?)

PER. (¡Toma! El ciervo.)

REY. Antonio Perez, pedidle á Ezpeleta los pliegos. (*Antonio Perez se acerca á Ezpeleta, le pide los pliegos y se los trae al Rey, Este manda á Perez que los abra, y se pone á leerlos.*)

AGUIL. Esta corza hirió el conde de Montigni y remató el legado de Su Santidad.

REY. ¡Oiga! (*Sin dejar de leer.*) ¿Monseñor Aquaviva es tan diestro en manejar la escopeta? Celebro que Roma me envie legados que saben cazar en mis reinos.

AQUAV. Roma, señor, necesita manejar tambien las armas hoy que la herejía levanta en Europa la cabeza y amenaza contaminar todos los reinos.

REY. Los mios, no, señor legado.

AQUAV. Veo alzarse, señor, á los moriscos de las Alpujarras y á los estados de Flandes. Roma os ayudará á combatirlos.

REY. Á las Alpujarras irá en breve un diestro cazador español, que anda ignorado por estos contornos, y en cuya busca vengo yo. Y por lo que hace á Flandes, ya habeis visto que al conde de Montigni se le ha escapado la corza.

MONT. Los estados de Flandes no me han enviado, señor, para que cace, sino para que obtenga de vuestra majestad que no se cace en ellos.

AQUAV. Y á mí, señor, el Papa Pio Quinto para que

impida que vuestros vireyes de Nápoles y de Milan cacen en lo vedado que pertenece á Roma.

REY. (*Dejando de leer.*) ¡Bien, duque de Alba, primo! Justamente, señores enviados, tengo en la mano la respuesta para Flandes y para Roma á un tiempo.—Aguilar, guardad esa corza para mí.—Llegue don Gaspar de Ezpeleta.

GASPAR. Déme vuestra majestad á besar su mano.

REY. Alzad, don Gaspar, que habeis corrido mucho desde Flandes aquí, y vendreis fatigado.

GASPAR. Las nuevas que os traigo, señor, me hacen olvidar la fatiga, que para mí es descanso cuando redunda en servicio de vuestra majestad y del Santo Oficio.

REY. ¿Conque en efecto, don Gaspar, los condes de Egmont y de Horn...

GASPAR. Entregaron su alma á Dios. (*Murmullo entre los grandes.*)

MONT. ¿Qué decís? ¡Los condes! ¿Es posible?...

REY. El los haya perdonado... como yo los perdono ahora.

MONT. ¡Mi rey y mi señor!... ¿Es cierto lo que dice este hombre?

REY. Así me lo escribe el duque de Alba.

GASPAR. Y yo lo ví con mis propios ojos No bien entramos en Bruselas, los condes de Egmont y de Horn, los de Utrecht y de Mansfeld, los de Tolosa y de Marnix tuvieron la osadía de presentarse al de Alba á felicitarlo y ofrecerle su apoyo, protestando de su lealtad á vuestra persona. El buen duque, más soldado que político, cási se dejaba alucinar con el astuto lenguaje que pone Satanás en los lábios de los herejes, y á pique anduvo de creerlos. Pero estaba yo á su lado, revestido con los ámplios poderes de comisario del

Santo Oficio, y en nombre del inexorable tribunal le conjuré que, pues dentro de su mismo palacio los tenia, no dejase escapar la ocasion. Aún batallaba el de Alba con el escrúpulo de quebrantar la palabra que les habia dado de respetar sus personas si le abrian las puertas de Bruselas. Vencí tambien su repugnancia, poniéndole por delante el triunfo de la fé, que es lo primero: prendióse allí mismo á los condes; comparecieron ante el tribunal de los Doce, que en aquel dia fué creado, y al siguiente el de Egmont y el de Horn fueron degollados en la plaza pública, y colgadas sus cabezas en una escarpia de hierro.

MONT. ¡Señor! ¡Qué espanto!

REY. ¡Si no ha cogido al Príncipe de Orange no ha cazado gran cosa el duque!

GASPAR. Mi mano deja allí encendidas las hogueras. Los pueblos pagan sumisos y temblando el diezmo que prescribe el concilio. La rebelion murió: la herejía se extingue en las llamas. ¡El cetro de Felipe Segundo ha pasado sobre Flandes!

MONT. ¡Y Flandes no existe ya, Señor! ¡El conde de Egmont!... ¡El que venció en San Quintin y en Gravelinas!... ¡Oh! ¡Era caballero del Toison y no ha sido juzgado por sus pares!... ¿De qué sirve ya llevar al cuello el vellon de Borgoña si ha de ser despojo del verdugo?

REY. Conde de Montigni, no os despojeis vos mismo del sagrado de ese escudo, que tengo aquí papeles que el de Alba me envia, en que se prueba vuestra complicidad con Egmont.

MONT. Sí, señor; cómplice suyo soy en ser buen católico, y en haber defendido con él en Flan-

des los derechos de vuestra majestad. Despues de lo cual ya nada tengo ya que hacer á vuestro lado. Me despojo de este [illegible] que dejo á vuestras plantas [illegible] á los piés [illegible] y escudado con el salvo-conducto que me disteis para venir aquí, y que confio en que respetareis como rey y caballero ¡me vuelvo, señor, á mi desventurada patria, á llorar sobre sus ruinas, á perecer con mis hermanos!... (*Se va [illegible]surado.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, menos MONTIGNI.

REY. Me duele, don Gaspar, que para hacer justicia de los condes tuviese que quebrantar el duque la palabra que les dió.

GASPAR. Doloroso fué sin duda. Pero, señor, ¿han de anteponerse mundanas leyes de caballería, creadas por la vanidad y el orgullo del hombre, á las que aseguran el triunfo de la fé y la muerte de la herejía?

REY. ¡Cierto, cierto! Dios ha puesto al duque, mi primo, en una prueba terrible. ¡Nunca me vea yo en trance igual! Porque, supongamos que el bien de mis estados, que la paz de Flandes reclamase la prision del conde de Montigni, que lleva un salvo-conducto mio. ¿Qué pensais de ello, Antonio Perez?

ANT. P. ¿Yo, señor? Obligacion mia es dar consejo á vuestra majestad siempre que me lo pida; pero cuando sé que el consejo no ha de ser seguido, y ha de hacerme incurrir acaso en el desagrado de mi rey, permitidme, señor, que por esta vez lo calle.

REY. ¡Cómo!... ¿Segun eso me aconsejais?...

ANT. P. Que mandeis prender al conde de Montigni.

REY. ¡Ya!

ANT. P. Que acalleis, señor, en vuestro corazon, por más que semejante esfuerzo lo desgarre, la voz de la piedad y del honor, y que seais rey y católico ántes que hombre y caballero.

REY. ¡Grave peso quereis echar sobre mi conciencia, Antonio Perez!

ANT. P. Todo entero viene á caer, señor, sobre la de quien os dá el consejo.

REY. No se diga que tengo un vasallo más digno de reinar que yo. Príncipe de Évoli, prended á Montigni y encerradlo en el fuerte de Simancas. No es justo que vaya á darle que hacer al duque de Alba. (*Váse Évoli con guardias en seguimiento de Montigni.*) Ya veis, monseñor Aquaviva, que el rey de España sabe acabar con los herejes sin la ayuda de Roma. Aguilar, ¿no hay más caza?

AGUIL. Este ciervo mató vuestra majestad.

REY. Estais engañado, marqués.

AGUIL. Del puesto en que vuestra majestad estaba partió la bala que le hirió.

REY. Antonio Perez seria, que estaba conmigo en el puesto. Nunca yo disparo mi arcabuz: no quiero que mis manos viertan sangre, ni aun de los animales del bosque. Pero ya que nadie reclama el tiro, llévese el ciervo don Gaspar de Ezpeleta, que yo se lo regalo.

GASPAR. (*Arrodillándose.*) ¡Vuestra majestad me honra en demasía!

REY. Más merece vuestro celo, don Gaspar. Pedidme albricias de las nuevas que me traeis. ¿Cuándo casais á vuestra hermana?

GASPAR. Concertadas, señor, tenia sus bodas con el primogénito de los Velez. Suspendiéronse porque él marchó á pelear á las órdenes del marqués, su padre, contra los moriscos, y yo á Flandes con el duque.

REY. Le haré llamar. Casadla luégo, y yo la dotaré.

GASPAR. Dadme licencia, señor, de que me llegue á Alcalá, donde vive retirada desde mi marcha, á contarla las mercedes que vuestra majestad nos hace.

REY. Andad en buen hora, don Gaspar. (*D. Gaspar besa la mano al Rey y se va por la izquierda recibiendo las felicitaciones de los grandes.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS, excepto D. GASPAR.

REY. ¿No hay más reses, Aguilar?

AGUIL. No salieron más del ojeo, señor. Bien le dije á vuestra majestad que en los bosques de Alcalá no hallaríamos gran cosa.

REY. Os engañais, marqués. Con ser mi montero mayor no sabeis vos que aún he de cazar yo aquí, y llevarme hoy á Madrid algo que os maraville á todos.

AGUIL. Si vuestra majestad quiere que se repita el ojeo.....

REY. No: con un ojeador que ya tengo despachado vendrá la caza á mis piés. Cachorro es de un leon, que fué espanto de muchas comarcas.

ANT. P. Siempre que no use mal de las garras.....

REY. Si tal acontece, se las limaremos. ¿Ni Francia ni Ingalaterra han cazado hoy?

EMB. F. Francia, señor, ha hecho una buena batida de hugonotes en la batalla de Jarnac. No importa que yo no mate aquí ciervos mientras el duque de Anjou mata allá príncipes de Condé.

EMB. I. Y en Ingalaterra, señor, fué tanto lo que se cazó cuando vuestra majestad estuvo por

allá, que hemos perdido la aficion á ese género de distracciones.

REY. Ya sé que vuestra reina Isabel no gusta de perseguir esas fieras. Y aun si se hubiera de dar crédito á los que la calumnian..... Mirad: aquí me envia el duque de Alba cartas y papeles cogidos á los condes, en que aparece que vuestra reina protegia secretamente contra mí á los herejes de Flandes.

EMB. I. ¡Es posible! No lo extraño, señor: los grandes monarcas son siempre calumniados. Mirad: aquí tengo yo tambien papeles y cartas, que he recibido de mi córte, en que aparece que el duque de Alba ofrece secretamente en nombre vuestro auxilios de dinero y soldados á María Estuarda para que destrone á nuestra reina Isabel.

REY. ¿Oís esto, Antonio Perez?

ANT. P. Y me confunde, señor, que así se calumnie vuestra lealtad.

REY. Dadme, señor Embajador, dadme esos papeles, y decid á vuestra reina cómo los he roto en presencia vuestra.

EMB. I. ¡Noble determinacion, señor! Pero dadme esos vuestros para que haga yo lo mismo con ellos. (*Truecan los papeles y los rompe cada cual.*)

REY. (¡Bien se ha compuesto!)

ESCENA VI.

DICHOS, QUIJADA y D. JUAN. Ambos salen por la izquierda y se detienen en el foro.

ANT. P. Señor, ya están allí.

REY. Llegad, Luis Quijada, y traedme á vuestro paje. (*Quijada conduce delante del Rey á D. Juan.*)

QUIJ. Don Juan, acercáos y besad la mano á su majestad.

JUAN. (*Arrodillándose.*) (¡Un hijo de Cárlos V!)

REY. ¿Sabeis ya de quién sois hijo?

JUAN. No puedo saberlo, señor, miéntras esté arrodillado.

REY. Cárlos Quinto fué vuestro padre y el mio: ¡alzad, hermano, y venid á mis brazos! (*Le levanta y abraza, levantándose él tambien.*) Os presento, señores, á un hijo del Emperador, á un hermano mio. Marqués Aguilar, hé aquí la caza que he venido buscando... y que no ha dejado de hacerse esperar.

JUAN. Diez años há, señor, que pudo vuestra majestad hallarla.

REY. ¿Y nadie en este tiempo os ha dicho quién érais?

JUAN. Sí, señor.

REY. ¿Quién? (*Mirando ferozmente á Quijada, que permanece inmóvil y tranquilo.*)

JUAN. Mi corazon me ha dicho mil veces que era digno de un infante de Castilla.

REY. ¡Infante! Veremos, veremos. Por ahora os llamareis don Juan de Austria. (*Pereira deja su puesto, lleno de entusiasmo, y viene á echarse á los piés de D. Juan.*)

PER. ¡Oh! ¡No hay duda!... ¡hijo suyo es!... ¡Este era su porte..... este era su semblante!.... ¡Dadme que abrace vuestras rodillas! ¡Hijo de mi emperador... disponed de mi sangre!

JUAN. Alzad, buen Pereira; mirad que está delante el Rey.

REY. Me enternece esa fidelidad de un antiguo servidor, y merece recompensa. Pereira, ya estais viejo para las fatigas de la montería: idos á vuestra casa á descansar. ¡Á Madrid, señores! (*La comitiva se pone en*

marcha en el mismo órden en que vino y desaparece por la izquierda. Toque de cornetas que se va alejando.)

ESCENA VII.

ANDRÉS, solo.

¡Válame Dios y cuánta grandeza! ¿Cónque el bueno de don Juan... ¡Así Dios me asista: creo que estoy durmiendo y tengo la pesadilla! Un estudiante con quien he comido y he cenado y he reñido no pocas veces... Un mozo de carne y de hueso como yo... ¡hijo de Emperadores... hermano de Reyes!... Es decir que yo mismo, tal como soy, con mis gregüescos de lana burda, y mi cara soleada, y mis manos curtidas... no hay más sino que pudiéramos salir mañana ó esotro con que era hijo de cualquier conde ó príncipe... ó del mismo gran turco sin dificultad alguna. Pues claro está: y entónces mi padre seria... Bien que no: entónces mi padre no seria mi padre, sino... Cosas son estas que á no verlas como las he visto... Vaya, que Miguel no está tan loco como dice nuestra hermana Andrea: que aquí hubiera yo querido tenerla, á ver cómo negaba lo que ha pasado. Héle allí que sale de la quinta.

ESCENA VIII.

ANDRÉS, MIGUEL. Miguel arrima la escopeta al tronco de un árbol.

MIGUEL. Corre, hermano Andrés, corre á casa, y sin que nadie te sienta ensilla el caballo, pon en él la maletilla con mi ropa blanca, y vuelve á buscarme, que quiero al punto partir sin dar de ello cuenta á mi familia.

ANDRÉS. ¿Conque en resolucion, hermano, dejas á Alcalá y sigues á don Juan á la córte?

MIGUEL. ¡Sí, Andrés, dejo á Alcalá!... ¡Dejo aquí lo que más amo en la tierra!... ¡Dejo á doña Ana rendida á un desmayo mortal, y voy á hacerme digno de su mano! ¡Sí, hermano mio! Has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de. . . . .
Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. ¡Que esas lágrimas que acabo de ver correr de los hermosos ojos de doña Ana, y ese abrazo con que hasta la muerte se han estrechado y unido nuestros pechos, y esa prenda de nuestro amor que dejo en su regazo, y esta banda que ostenta los colores de mi dama, y que ella con sus propias manos me ha ceñido, son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hacen que el corazon me reviente en el pecho con el deseo qne tiene de acometer las aventuras que á mi valor están guardadas! Así que, tráeme el caballo, hermano Andrés, y quédate adios y espérame aquí hasta tres años no más, en los cuales, si no volviere, dirás á la incomparable señora de mis pensamientos que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hicieren digno de poder llamarse suyo.

ANDRÉS. (*Llorando.*) ¡Que nos dejas, hermano Miguel!... ¡Que dejas á tus padres, y á tu pobre Andrés, que tanto te quiere!... Mira que yo he oido predicar al cura que quien busca el peligro perece en él. Además, qué ¿tan duro y sin entrañas ha de ser ese hermano de doña Ana, que si ambos le escribis allá donde se halle (que nunca me lo has dicho

ni sé yo quién es) todo lo que os pasa y lo que media entre los dos, que es caso ya de conciencia, no os perdone y os eche su bendicion, y os goceis por muchos años, sin necesidad de que te vayas por esos mundos de donde quizá no vuelvas?

MIGUEL. No lo pienses, Andrés; que ablandar á su codicioso hermano es pensar en lo excusado: que quiere hacer de su hermana instrumento de su vanidad, y ejerce cargos y oficios que acreditan lo endurecido de su corazon. Pero por ahora se está léjos de España, donde le darán que hacer por mucho tiempo, y doña Ana es firme y resuelta: y, en fin, yo he de volver en otra condicion y con tanta gloria y nobleza, que sobrepuje la de su hermano y baste á que tú y los mios os alceis sobre la primera de España: que todas ellas tuvieron su principio en uno que las sacó de la oscuridad con sus hazañas.. Conque date prisa, Andrés, y haz lo que te he dicho.

ANDRÉS. Pues hermano Miguel, si ha de ser así, vaya la soga tras el caldero, y sabe que yo quiero seguirte é ir contigo hasta el fin del mundo.

MIGUEL. ¡Tú seguirme, Andrés!

ANDRÉS. ¡Yo, en cuerpo y alma! Que todo lo que hoy he visto me ha abierto los sentidos, y no sé lo que siento yo tambien que me está escarabajeando aquí dentro, y el mucho amor que te tengo no me consiente dejarte ir solo sin alguien que te acompañe y te cuide. Á no ser que sea tal mi talle, y tal y tan campesina mi catadura, que pienses que te ha de desautorizar por esas córtes y palacios donde hemos de presentarnos.

MIGUEL. No permita Dios, hermano, que yo ataje los

primeros ímpetus de tu valor, ni ahogue en el campo de tu esperanza la primera flor de tus hazañas. Sigue, sigue tus generosos instintos y vente comigo, que las armas y la gloria te darán el talle y la catadura del más gentil caballero. Solamente el nombre quisiera yo que trocases, que el de Andrés que llevas me parece nada bien sonante ni significativo.

ANDRÉS. En la pila me le pusieron, que no me le puse yo, ni tuve en ello voz ni voto: truécamele tú, y llámame desde hoy como quisieres.

MIGUEL. Pues Rodrigo te has de llamar desde hoy, que así se llamó el Cid Rodrigo Diaz de Vivar, á quien quizá llegues á igualar en la fama.

ANDRÉS. Rodrigo me llamaré; y en el nombre paréme ya que llevo ventaja al de Miguel, que es el tuyo.

MIGUEL. Te engañas de medio á medio. Que la primera hazaña y la primera espada que hubo en los siglos y que pusieron admiracion, no solamente al mundo sino al mismo cielo, fueron las del arcángel Miguel, que precipitó á los abismos al jigante de las tinieblas. Así que no esperes que yo trueque mi nombre con otro alguno. Y pues estás decidido, Rodrigo, y nada queda que hacer, corre, te digo otra vez, y trae el caballo y partamos.

ANDRÉS. Pero advierte, hermano, que á pié mal podré yo seguirte; y así, lo que yo haré será traer el asno é ir caballero en él, que es famoso animal y sé que no ha de quedarse atrás.

MIGUEL. En lo del asno no estamos conformes, que no hay ningun caballero que lo haya usado: ántes es cabalgadura de villanos; pero llé-

valo para salir de Alcalá, que en llegando á Madrid yo te proveeré de caballo.

ANDRÉS. En buen hora: y traeré tambien las alforjas con una hogaza y un buen pedazo de queso para el camino. (*Encamínase á la izquierda.*)

MIGUEL. ¡Vamos, Rodrigo!

ANDRÉS. ¡Vamos!

MIGUEL. ¡Adios quedad, campos que me vísteis nacer pobre, oscuro y desvalido, y que, con la ayuda de Dios y el valor de mi pecho, me vereis volver rico, noble y ceñida la frente de laureles! (*Váse con Rodrigo por la izquierda.*)

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

DON FERNANDO

EL

DE ANTEQUERA

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS, EN VERSO.

PERSONAS.

EL INFANTE DON FERNANDO.
RUY LOPEZ DÁVALOS, Condestable de Castilla.
FRAY VICENTE FERRER (el Santo).
EL CONDE DE URGEL.
DIEGO LOPEZ, Justicia Mayor de Castilla.
FERNAN GUTIERREZ DE VEGA, repostero mayor del Infante.
FERNANDO DE GUZMAN, procurador de Toledo.
DON FADRIQUE, conde de Trastamara.
DON SANCHO DE ROJAS, obispo de Palencia.
LA REINA DOÑA CATALINA.
EL REY DON JUAN II, niño de dos años.

Ricos-hombres, caballeros, escuderos, pajes, procuradores, reyes de armas, soldados, etc.

La accion pasa en Toledo en 1407.

DON FERNANDO EL DE ANTEQUERA.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el claustro que da frente á la capilla del arzobispo don Pedro Tenorio, en la catedral de Toledo. Hay á la izquierda del actor una puerta que conduce á la iglesia: á la derecha los arcos que dan al jardin. Los personajes que vienen de lo exterior salen por la derecha del foro, que es por donde se supone que continúa el otro lado del claustro, que hace ángulo con el que figura la escena.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDESTABLE, DON DIEGO. Ambos salen de la iglesia.

COND. En este claustro, don Diego,
Quiero hablaros un instante,
En tanto que se concluyen
Los solemnes funerales
Que por el alma de Enrique,
Nuestro rey, que en paz descanse,
Se están celebrando.

DIEGO. ¡Bien
Habeis hecho, Condestable,
En sacarme de la iglesia!....

¡Dejadme por Dios, dejadme
Que vuelva á mí!... ¡Me ha asombrado
La elocuencia de ese fraile!

COND. ¡Á quién no admira y suspende
Siempre que los lábios abre
Ese apóstol milagroso
De evangélicas verdades!

DIEGO. De fray Vicente Ferrer
Se cuentan prodigios grandes:
Y al ver lo que á mí me pasa
Cuando acabo de escucharle,
Que de congoja en el pecho
El corazon se me parte,
No estraño ya que convierta
Con sermones de esta clase
Los moriscos á docenas,
Los judíos á millares.
¡Dios mio! ¡Si de tal suerte
Me ha edificado, que cási
Estoy tentado por ir
A un monasterio á encerrarme!...

COND. No, don Diego, sosegaos,
Y ese fervor empleadle
En servicio de la patria,
Que reclama en este instante
Vuestro apoyo.

DIEGO. ¿El mio?

COND. Sí.

DIEGO. ¿De qué manera?

COND. Escuchadme.
Desde que víctima al fin
De su dolencia constante
Murió nuestro rey, Castilla
Está sin rey que la mande.

DIEGO. ¡Cómo sin rey! Pues decid:
¿En Segovia, con su madre,
No está el príncipe de Asturias?

COND. ¡Príncipe de Asturias! Nadie

Le ha proclamado en Castilla.
DIEGO. Es cierto que á proclamarse
No llegó; mas...
COND. Si don Juan,
Que dos años no cabales
Cuenta de edad, sube al trono,
Será lo que os dije ántes:
Que tendrá Castilla rey,
Pero no rey que la mande.
¡Y en qué ocasion, santo Dios!
Portugal por una parte,
Con el recuerdo orgullosa
De Aljubarrota, al combate
Se apresta, y romper intenta
Las mal concertadas paces.
El moro rey de Granada,
Faltando al pleito-homenaje,
Nos niega el tributo. El duque
De Benavente escaparse
De su prision ha logrado,
Y al frente de sus parciales
Subir al trono pretende.
Y á tantas calamidades,
¿Qué opone Castilla? ¡Un rey
De dos años!... ¡Y durante
Su menor edad, discordias,
Tumultos, que, por alzarse
Con el poder, moverá
La ambicion de nuestros grandes!
¡Don Diego, evitar conviene
Que vuelvan á renovarse
Los odios que se encendieron
En época no distante,
Y que el reinado del hijo
Empiece como el del padre!
DIEGO. Infundado es el temor:
Los casos no son iguales.
Niño y solo don Enrique

Cuando el trágico desastre
Del rey su padre, no estraño
Que á la regencia aspirasen
Los varones de más cuenta.
Mas, ¿quién habrá que levante
El pensamiento á esa altura
Hoy que con derechos tales
Como ser tio del rey
Tiene Castilla un infante?
¡El infante don Fernando,
Cuya prudencia admirable,
Cuyo valor sin segundo,
Cuya justicia le hacen
De todos cuantos le ven
Conquistar las voluntades!
En las Córtes que en Toledo
Quiso el rey que se juntasen,
Á las que ya no pudiendo
Asistir por sus achaques
Mandó, en su nombre, á su hermano,
Ruy Lopez, ¿no le admirásteis
Como le admiramos todos?
¿No vísteis cuán arrogante
Pidió á los procuradores
De las villas y ciudades
Que para la santa guerra
Contra el granadino alarbe
De un millon de oro en dineros
El servicio le otorgasen?
¿No le vísteis cuán brioso,
Oprimiendo los hijares
De fogoso palafren
Salió del Tajo á la márgen,
Y á la numerosa hueste
De caballos y de infantes
Pasó reseña, aclamado
Por víteres á millares?
¡Vedle allí, de devocion

Modelo, humilde postrarse
Al pié del túmulo regio
Donde el rey, su hermano, yace,
Vertiendo lágrimas tiernas!...—
Mas ¿á qué me canso en balde
En elogiaros sus prendas,
Si acaba de hacerlo el padre
Fray Vicente en su sermon
Con elocuencia tan grande?
¡Él «esperanza de un reino»
Le llamó: bien lo escuchásteis!....—
¡Y vos, que desde su infancia
Sois su amigo inseparable,
Y que mejor que ninguno
Debeis saber cuánto vale,
Estraño que al verle asir
El timon de aquesta nave,
Tanto temais que zozobre
Entre recias tempestades!

Cond. Cuantos elogios haceis;
Cuantos hizo el venerable
Religioso; cuanto el mundo
Entero pueda elogiarle,
Aún no es posible, don Diego,
Que á igualar jamás alcance
Á la alta opinion que tengo
De sus raras cualidades.

Diego. Pues entónces...

Cond. «Esperanza
De un reino» oísteis llamarle:
Pues escuchad el enigma
Que encierra la triste frase
De ese oráculo cristiano.—
Sin hijos que le reemplacen
En el trono de Aragon,
El rey don Martin nombrarse
Quiere un sucesor. Alega,
Entre varios aspirantes,

Don Jaime, conde de Urgel,
Los derechos de su sangre;
Y aunque cuenta en los tres reinos
Gran número de parciales,
El rey don Martin se inclina
Á don Fernando, que añade
Al título de sobrino
Altas prendas personales.
¡Ah! No hay duda: le vereis
En aquel trono sentarse.
Fray Vicente, como es justo,
Quiere á su patria llevarle,
Y ese reino de quien dijo
Que era esperanza el infante,
Es Aragon, no Castilla:
Ved si en circunstancias tales
Son fundados mis temores.

DIEGO. Pero el riesgo está distante:
Aún vive el rey don Martin...

COND. Escuchad, don Diego, aparte.—
El riesgo está muy cercano:
Avisos confidenciales
Me anuncian que su salud
Infunde temores graves.
Postrado en el lecho está,
Y se aguarda por instantes
Su muerte. De esta noticia
Don Fernando nada sabe,
Y ántes que Aragon al trono
En daño nuestro le llame,
Cansados ya de disturbios
Los prelados y los grandes,
Y cada cual receloso
De que un rival se levante
Con el poder, y Castilla
Quede entregada al embate
De encontradas ambiciones
Si no hay rey que las ataje,

En don Fernando hemos puesto
Los ojos, y por dictámen
De todos se ha decidido
Hoy mismo...

DIEGO. ¿Qué?...

COND. ¡Coronarle!

DIEGO. ¡Qué decís!...—Pero la reina
Es natural que reclame
Del niño don Juan su hijo
Los derechos...

COND. Será en balde.
Retirada á vida oscura,
Atenta á los maternales
Cuidados, sin que del trono
Haya gozado un instante,
Ni la ambicion la domina,
Ni tiene en el reino á nadie
Que alce en su favor la voz.—
Mas para evitar que trate
De intentarlo, á vos, don Diego,
Como el más fiel y el más hábil,
Encomendamos la empresa.—
En tanto que aquí al infante
Proclamamos, vos, tomando
Diez lanzas que os acompañen,
Partís al punto á Segovia
Y llevais nuestro mensaje
Á la reina.

DIEGO. ¡Yo, Ruy Lopez!...

COND. Y cuando hagais que se embarque
En Fuenterrabía, y lleve
Sus hijos al patrio márgen
Del Támesis, do tranquila
En el hogar de Alencastre
Sus años felices vea
En dulce paz deslizarse,
Volved, don Diego, á Toledo,
Donde, á pesar de rivales

Que vuestro cargo ambicionan,
Sereis, como fuisteis ántes,
Justicia mayor del reino,
Con la gloria de que á nadie
Sino á vos será deudor
De su corona el infante.

DIEGO. Si es la voluntad de todos...

ESCENA II.

DICHOS, DON FADRIQUE, UN ESCUDERO.

FADR. ¡Tristes nuevas, Condestable!—
Este escudero que llega
De la frontera las trae.
El moro ha roto la tregua:
Y con huestes formidables,
Metiéndose por Baeza,
No hay quien sus fuerzas ataje.

COND. ¡Esto más!

FADR. Hasta Quesada
Se estiende ya. Los alcaides
Que guardan las fortalezas
Cercanas á aquella parte,
En vano oponer quisieron
Su valor al fiero enjambre
De bárbaros; arrollados
Por el número su sangre
Vertieron, quedando muertos
En tan desigual combate
Muchos nobles caballeros:
Garci-Osorio, Martin Sanchez
De Rojas, el mariscal
Juan de Herrera...

DIEGO. ¡Oh! ¡Lamentable
Suceso!

COND. ¡Ya veis, don Diego,

Ya veis las plagas que caen
Sobre Castilla!...
Fadr. ¡Castilla
Nos pide un rey que la salve!
Cond. ¡Y lo tendrá!
Fadr. ¡Lo tendrá!
Cond. Entrad, escudero, y dadle
Al infante la noticia.
En la iglesia está: no os pare
El temor de interrumpir
Su oracion: llegad á hablarle,
Entrad pronto.
(*El escudero entra apresurado en la iglesia.*)

ESCENA III.

EL CONDESTABLE, DON DIEGO, DON FADRIQUE.

Cond. No perdamos
La ocasion. En este instante,
Acalorada su mente
Con las preces funerales,
Con el enlutado templo,
Con la elocuencia del padre
Vicente, al oir la nueva
Es fuerza que más se exalte,
Y aprovechando nosotros
Momento tan favorable,
Ante el riesgo de la patria
Le haremos ceder.
Fadr. Las calles
Que he recorrido, ocupadas
Por la militar falange
Se miran ya. La impaciencia
Pintada está en los semblantes.
Todos cercan los tablados
Esperando que se alcen
Los pendones por el rey,

Y con fieros ademanes
Gritan á una voz que sólo
Por don Fernando han de alzarse.

DIEGO. ¡Es posible!

COND. Diego Lopez
Parte á Segovia á llevarse
Á la reina y á su hijo.

DIEGO. Ya que á príncipe tan grande
Toda Castilla proclama,
No ha de haber quien me aventaje
En decision...

FADR. Partid, pues.

COND. No os detengais.

DIEGO. Al instante.
(*Se va por el foro.*)

ESCENA IV.

EL CONDESTABLE, DON FADRIQUE.

FADR. (*Siguiéndole con la vista.*)
¿Será fiel?

COND. Su interés propio
Le pone de nuestra parte.
Ninguno ayer de esta odiosa
Comision quiso encargarse;
Mas don Diego, que en intrigas
Cortesanas es muy hábil,
Y como letrado astuto
Hallar argumentos sabe,
En virtud de la promesa
Solemne de confirmarle
Justicia mayor, lo hará
Como ninguno.

FADR. ¿Olvidásteis
Que era mi intencion pedir
Al nuevo rey que nombrase

Justicia mayor del reino
Á un deudo mio?
COND. ¿Y no vale
Más conquistar un amigo
Que tal servicio nos hace?
FADR. ¿Empezais ya á repartir
Del reino las dignidades?
COND. ¿Y vos á pedir el precio
De vuestro apoyo?
FADR. Mostrarse
Debe el rey agradecido
Con quien le hace rey.
COND. Es fácil
Que se equivoque quien piense
En el trono colocarle
Con el fin de que un valido
Á los castellanos mande.
FADR. Si no sois vos el valido
Es posible que se engañe.
COND. ¡Yo!... ¿Qué decís?...
FADR. Recordad
Que con el fin de que acaben
Para siempre entre nosotros
Sangrientas rivalidades,
Y ante un rey que fuerte sea
Todos quedemos iguales,
Ayer pactamos de acuerdo
Dar la corona al infante.
COND. Pues bien: si propicio el cielo
Favorece nuestros planes,
Vereis quién es el mancebo
Que con humildad tan grande
Sufrió de su adusto hermano
No merecidos desaires.
Si desde su edad más tierna
Quiso benigno prestarse
Á mis consejos, en breve
Podrá Castilla juzgarme.

Suba don Fernando al trono,
Y ningun miedo os espante,
Que no seré yo el valido,
Ni vos lo sereis, ni nadie.

Fadr. Pasos oigo, y me parece
Que aquí don Fernando sale.

Cond. Esta es la ocasion. ¡El cielo
Me dé su apoyo!
(Dos pajes salen de la iglesia, y uno dice desde la puerta.)

Paje. ¡El infante!

ESCENA V.

DICHOS, DON FERNANDO, RICOS HOMBRES, CABALLEROS.
Salen de la Iglesia.

Fern. ¿Condestable, sabeis la triste nueva?

Cond. El mancillado honor de nuestra armas
Venganza pide al cielo.

Fern. ¡Sí, la pide,
Y yo en su nombre le daré venganza!
¡La noble empresa que mi hermano Enrique
Con generoso esfuerzo proyectaba,
Yo, cual legado suyo, la recibo,
Y con ardor la acabará mi espada!
Ora en el templo, al escuchar la nueva,
Juré sobre el cadáver del monarca
Su voluntad cumplir. Ardió mi pecho
En guerrero valor. Ya en las plegarias
Fúnebres escuchar me parecia
Los himnos de victoria, y en las altas
Cornisas ver, colgadas por mi mano,
Las banderas al moro conquistadas.—
Por vos pregunto y á buscaros salgo.
Disponed, Condestable, sin tardanza
Que el ejército todo se reuna:
Su caudillo seré. Pronto la fama
Á deciros vendrá si los consejos

Que de vos recibí grabé en el alma.

COND. ¡Ese brío marcial llena mi pecho
De júbilo, señor!—Mas ántes falta
Que al gobierno del reino se provea,
Y que, al llevar la guerra á otra comarca,
Una guerra más cruda, más terrible
No alimente Castilla en sus entrañas.
Castilla está sin rey.

FERN. Tendrálo en breve.
Por órden mia alzados en la plaza
Los tablados están. Mandad que en ellos
En el instante, con la pompa usada,
Se levanten pendones á mi vista
Por don Juan el Segundo.

COND. ¿Y qué esperanza
Quereis, señor, que en ese débil niño
De ventura y de paz funde la patria?

FERN. Fúndela en mí, que, hasta cumplir los años
Que al rey menor las leyes le señalan,
Por voluntad de mi difunto hermano
Sabré á Castilla gobernar.

COND. No manda
Quien el poder divide. El testamento
De don Enrique, nuestro rey, me encarga,
Cual fiel ejecutor de sus mandatos,
Que el gobierno del reino se reparta
Entre vos y la reina.

FERN. Y bien, la reina.....

FADR. No ha nacido en Castilla, y esto basta.

COND. Débil mujer, ajena de experiencia,
De la córte y del trono retirada,
En su misma flaqueza á cada paso
Un estorbo hallareis. La envidia baja,
La torpe adulacion, la sorda intriga,
Mónstruos que siempre en los palacios va-
(gan,
Presto os dividirán; y, á pesar suyo,
La harán, al fin, altiva y deslumbrada,

El placer de reinar, que hoy desconoce,
Para ella sóla ambicionar mañana.
Ni ella ni vos gobernareis entónces:
Por bandos mil Castilla destrozada
Al arrogante portugués y al moro
No podrá resistir, y en mengua tanta
Vuestro error llorareis. ¡Señor, no puede
Cual monarca reinar quien no es monarca!

FERN. ¿Qué me dais á entender?....

ESCENA VI.

DICHOS, UN ESCUDERO.

ESCUD. Señor, en nombre
De los procuradores, os demanda,
Á fin de presentaros un mensaje,
Audiencia el de Toledo.

FERN. Dadle entrada.

ESCENA VII.

DICHOS, FERNANDO DE GUZMAN y otros dos procuradores. El infante se coloca á un lado, á la cabeza de los grandes. Los procuradores se paran en frente de él.

FERN. Ya os escucho: decid.

GUZM. Señor: instados
Por el rey don Enrique, que Dios haya,
Nos, los procuradores de estos reinos,
A ayudarle en la guerra que intentaba
A los moros hacer de Andalucía,
A pesar de lo exhaustas que se hallan
Las villas y ciudades, le ofrecimos
Un millon de oro. Mas pues Dios acaba
De llamarle á su seno, ya las Córtes
Retiran el servicio.

FERN. ¿Por qué causa?

GUZM. Señor, el rey que lo pidió no vive.

FERN. Mas vivo yo, que con igual constancia

Haré la guerra, y con igual denuedo.....
COND. ¡Y con mayor tal vez!
GUZM. Tales demandas,
Que la miseria pública acrecientan,
Sólo al rey, por respeto, se otorgaban.
COND. Cierto: y vos no lo sois. A vuestro hermano
Débil, doliente, moribundo, nada
Negaron: era rey.—A vos, robusto,
Vigoroso, dispuesto, os lo rechazan.
FERN. ¿Posible es que las Córtes desconozcan
La urgente utilidad de esta campaña?
¿En los sangrientos campos de Baeza
No escuchais los clamores de venganza
De tantos esforzados caballeros
Muertos por la traicion? Y cuando aguarda
El castellano ejército, sediento
De gloria y lauros, la señal de marcha,
¿Renunciaremos á tan alta empresa?
¿Consentiremos que la infiel canalla,
Talando campos, demoliendo templos,
Asolando el país, doble su audacia
Y hasta los mismos muros de Toledo
La media luna vencedora traiga?
COND. ¡Un medio hay de evitarlo!
FERN. ¿Cuál? Decidlo.
COND. ¡Que os ciñais la corona castellana!
FERN. ¡Yo!.. ¡Condestable!.. ¿Qué decís?..
COND. ¡Infante!
¡Castilla toda por mi boca os habla!
No receleis de usurpador el nombre:
Sabe el mundo quién sois, y que esa mancha
Ennegrecer no puede al que fué siempre
Modelo insigne de virtudes tantas.
Vos no usurpais el trono, os lo da el pueblo,
Que es de remota edad costumbre sábia.
El trasmitir un padre por herencia
La corona que honró con sus hazañas
A un hijo, que, tal vez con torpes vicios

Da segura señal de deshonrarla,
Práctica fué que estableció en mal hora
El crecido poder de los monarcas.
Por voluntad de todos, y entre todos
Al más digno, otro tiempo se entregaba
La corona rëal; y este derecho
Hoy con razon Castilla lo reclama.
¡Sí, con harta razon! ¡Volved los ojos
A los dias, señor, de vuestra infancia,
Y contemplad, por lo que entónces vísteis,
El triste porvenir que nos aguarda!
Vos lo podeis trocar, subiendo al trono,
En porvenir de paz, dando á la fama
Vuestro feliz reinado asunto digno
Que en la futura edad el mundo aplauda.
Vos ¿de quién descendeis? Si vuestro abuelo
A su hermano don Pedro con las armas
Vida y trono arrancó, y él y sus hijos
Y sus nietos en paz dichosa y larga
Cual legítimos reyes gobernaron,
¿No será más legítima y más santa
La autoridad, que, sin deberla al crímen,
De su libre eleccion os da la patria?
¿Cuando os estiende en el comun peligro
Las suplicantes manos, cuando os llama,
No al ocio, no, sino á vengar la afrenta
De Aljubarrota y de Baeza, en calma
La podreis escuchar?—¡Cuidad no sea
Que, si á sus ruegos le volveis la espalda,
A flaqueza más bien y á desaliento
Lo atribuya Castilla!—¡Ah, no! ¡Se engaña!
¡Su salvacion en vuestros ojos leo!....
¡Caballeros, llegad! ¡Sobre la espada
Rey le juramos!

TODOS. ¡Sí!

COND. Procuradores,
Otorgad el servicio. ¡Reyes de armas,
Por don Fernando el Quinto alzad pendones!

¡Tenemos rey! ¡Castilla está salvada!

Fern. ¡Tened, tened!—Aprecio, caballeros,
Y eternamente grabaré en mi alma,
Que mostreis del valor de mi persona
Tal crédito tener.—¡Esta demanda
Que grandes, ricos-hombres, caballeros,
Me presentan unánimes, dictada
No puede ser por míseras pasiones,
Por odio antiguo y criminal venganza!..
No: sólo el bien del reino es el que os mueve:
Quiérolo así creer. ¡Mas si arrastrada
De patrio celo la conciencia os dicta
Tan dura obligacion, á mí me manda
Que tambien á mi vez cumpla la mia.....
Rechazando esa oferta!—No es de tanta
Codicia en mí ser rey, que menosprecie
El eterno borron, la negra infamia
De despojar á un inocente niño,
Sin más apoyo ni defensa humana
Que el llanto de una madre viuda y sola,
Y faltar á la fé por mí jurada
Á un rey, á un padre que en mi honor confía!
¡No, castellanos! La señal más alta
Con que mi gratitud mostraros puedo
Es daros hoy por rey, sin más tardanza,
Al hijo de mi hermano.—Su edad tierna
No os inspire temor: fuerza sobrada
Hay en mi corazon, hay en mi brazo
Para afirmar su trono. ¡Si levanta
Sus estandartes el rebelde duque;
Si rompiendo los pactos Lusitania
Sus quinas junta á la morisca luna,
Á su encuentro volemos, y mi lanza
Cual si mi propio trono defendiera,
La primera será! ¡La noble causa
Que juro sostener, á Dios confío!....

ESCENA VIII.

DICHOS, FRAY VICENTE FERRER, que sale de la iglesia.

FR. VIC. ¡Y Dios la acepta, y la victoria os guarda!
COND. (¡Fray Vicente Ferrer! ¡Oh, contratiempo!)
TODOS. ¡Padre! *(Inclinándose ante él.)*
FADR. Padre, llegad. Esa palabra,
Alto don que del cielo recibísteis,
Cuya elocuencia milagrosa es fama
Que mueve á gentes de diversas lenguas,
Cual si en la suya propia les hablara,
Suene en bien de Castilla, y poderosa
Nuestra razon apoye.
FR. VIC. Será vana:
Que donde no hay verdad no hay elocuencia,
Y esa razon que predicais es falsa.
COND. ¿Falsa decís?....
FADR. ¡La salvacion del reino
Sólo por tal camino se afianza!....
FR. VIC. ¡Nunca por el camino del delito
Ni hombres ni reinos salvacion alcanzan!
COND. ¡Hijo del Túria sois!.... ¡Queréislo todo
Para Aragon: para Castilla nada!
FR. VIC. Mi ley es la de Dios, mi patria el mundo.
Dó la justicia está, mi voz la ensalza,
Y dó la iniquidad mis ojos miran
Allí impávido corro á contrastarla.
¡Vedme aquí, pues! ¡En vano vuestro intento
Con mentiroso nombre se disfraza:
Razon de estado la llamais vosotros,
Mas ante Dios iniquidad se llama!
(Al infante.)
¡Señor, cuya virtud en este dia
Más alto que los tronos os levanta:
Si desde esa grandeza verdadera
No mirais con desden la pompa humana;

Si os place descender de las alturas
De la humildad á las mezquinas gradas
De un pobre trono de la tierra, un trono
En galardon los cielos os preparan!
¡Dios os lo anuncia por mi voz! ¡Oidme!
¡Rendido al peso de la edad cansada
Don Martin de Aragon ya comparece
Al tribunal divino!.... De su hermana
Doña Leonor sois hijo: él no los tiene,
Y á vos, infante, su corona os guarda.

FERN. ¡La acepto, padre! Que en mis venas corre
Sangre de reyes que á reinar me llama.
¡Yo ambiciono á mi frente una corona
Legítima ceñir: nunca usurparla!

COND. ¿No sabeis que rivales poderosos
La pretenden tambien?

FERN. La justa causa
De mis derechos vencerá. Con órden
Que al intento le dí, junto al monarca
Está Fernan Gutierrez, que, en mi nombre,
Los sabrá defender.

COND. ¡Tambien se halla
En Barcelona el ambicioso conde
De Urgel, que audaz la sucesion reclama!
Numerosos parciales le obedecen:
Temed, señor, que al fin...

FR. VIÇ. No temais nada.
Los grandes de Aragon, siempre leales,
El testamento de su rey acatan.

FERN. ¡Como vos, Condestable, el de mi hermano
Debiérais acatar!

COND. Señor, la patria.....

FERN. ¡Vos, su testamentario! ¡Vos, su amigo!....

COND. ¡Castilla es ántes, y á su ruina marcha!
¡No por el de Aragon dejeis su trono!
Castellano nacísteis; castellana
Vuestra esposa nació; los hijos vuestros
Tambien en esta tierra infortunada

Vieron la luz del sol, en esta tierra
Que abandonais á su desdicha...

FERN. ¡Basta:
Condestable, no más!—Mandad que al punto
Se proclame á don Juan.

ESCENA IX.

DICHOS, UN ESCUDERO.

ESCUD. Al regio alcázar,
Con nuevas de Aragon, en este instante
Fernan Gutierrez de llegar acaba.

TODOS. ¡Fernan Gutierrez!

ESCUD. De impaciencia lleno
Por vos pregunta, y hácia aquí la planta
Presuroso dirige.

FERN. Andad: que venga,
Que llegue.

(*Váse el escudero.*)

FR. VIC. ¡La virtud su premio alcanza!
La nueva os trae que os anunció mi labio.

COND. ¡Y con ella la ruina de mi patria!

ESCENA X.

DICHOS, FERNAN GUTIERREZ. Fernan Gutierrez, apresurado y cubierto de polvo, dobla la rodilla ante don Fernando.

FERN. ¡Él es!

GUT. ¡Señor, Señor!

FERN. Alzad.

GUT. ¡Ha muerto
Don Martin de Aragon!

FERN. ¿Y á quién señala
Por sucesor del reino?

GUT. Á nadie.

FERN. ¡Á nadie!

COND. (*Aparte á los grandes, que se acercan á escuchar con interés.*)
¡Oid!

GUT. Á las diversas embajadas
Que oyó el rey don Martin, y en que á la
(herencia
De su trono derechos se alegaban
Por el conde de Urgel, el de Gandía,
Don Fadrique el bastardo, el rey de Francia,
Y por vos, que con títulos mejores
La sucesion pedíais, el monarca
Con grave continente: «Nadie, dijo,
»Más derechos que el hijo de mi hermana
»A mi corona tiene. Don Fernando,
»Infante de Castilla, se adelanta
»Por más cercano parentesco á todos:
»Esto me dicta la conciencia.»—Callan
Al escucharle, y se divulga al punto
La resuelta eleccion. Los dias pasan,
Y estando don Martin en Valldoncella,
Monasterio cercano á las murallas
De Barcelona, acometer se siente
De dolencia mortal. La nueva infausta
Los ánimos altera: al monastario
Corren los conselleres con el ánsia
De recoger su voluntad postrera;
En la celda penetran, y le hallan
Desencajado, moribundo, dando
El último suspiro, y con turbada
Faz y altivo ademan junto á su lecho
La condesa de Urgel.

TODOS. ¡Cielos!

GUT. En alta
Voz preguntan al rey: «Señor, decidnos,
»¿A quién dejais el trono?» El rey callaba,
Y la condesa con agudos gritos,
Moviéndole furiosa porque hablara,
«¡Respondedles, decia, respondedles

»Que á mi esposo elegís! ¡Soy vuestra her-
(mana!»
En vano fué: sus labios no se abrieron
¡Y en tan fatal silencio rindió el alma!—
Cunde la nueva: los diversos bandos
Se empiezan á agitar. Mi voz reclama
Vuestro justo derecho...—De improviso
Llega el conde de Urgel: corre á las armas
El inmenso tropel de sus parciales,
Que acaudillan Cardonas y Moncadas,
Y cediendo el derecho á la violencia
¡Rey de Aragon al conde se proclama!

TODOS. ¡Rey de Aragon!

GUT. Con riesgo de la vida
Logro salir de la ciudad. La marcha
Apresurando á Zaragoza llego.
¡Igual tumulto allí! Por rey alzaban
Los de Alagon y los de Luna al conde.
¡Y al arzobispo, que, la justa causa
De los derechos vuestros defendia,
Dieron muerte sacrílega!—Con harta
Pena á contaros el tremendo caso
Vengo á Toledo, y al entrar, en plazas
Y calles oigo muchedumbre inmensa
De soldados y pueblo, que, con ansia,
Me gritan al pasar: «¡Fernan Gutierrez,
»Venid!—¡Castilla sus pendones alza
»Por don Fernando el Quinto!» ¡Al escu-
(charlos
En regocijo mi dolor se cambia,
Y ya del conde y de Aragon me olvido,
Y corro enagenado á vuestras plantas!

COND. Señor, en los sucesos de este mundo,
Y no en preñados vaticinios, clara
La voluntad de Dios se manifiesta:
¡Ved aquí su sentencia pronunciada!
Esto es que el trono de Aragon os quita,
Porque aceptar el de Castilla os manda.

FERN. ¡No, Condestable! ¡Esto es más bien que el (cielo
No me llama á reinar!
FR. VIC. ¡Esto es que osada
La vanidad del hombre alzarse quiere
A penetrar misterios que no alcanza!
Una es siempre la senda que inflexible
Nuestra propia conciencia nos señala:
Sígala cada cual, sin que le tuerza
De los sucesos la fortuna varia.
Vuestra senda sabeis, yo sé la mia:
Sigámosla, señor, con fé cristiana.—
Os dejo aquí luchando valeroso
Con la propia ambicion, con las instancias
De un extraviado celo, tentaciones
Que á los mortales débiles halagan,
Y yo parto á Aragon. Se alza un tirano
Allí, y allí mi obligacion me llama.
¡A su presencia iré, y en sus oidos
Retumbará con hórridas palabras
La maldicion que, en nombre de los cielos,
Mi voz al fiero usurpador prepara!
(Se va por el foro.)

ESCENA XI.

DICHOS, ménos FRAY VICENTE.

FERN. ¡Ah, la santa verdad mueve su labio!
GUT. ¡Quizá la muerte en Aragon le aguarda:
Que ese conde feroz y sus secuaces
Ni á los ministros del Señor acatan!
FERN. ¡Y ese traidor le usurpa al hijo mio
Un trono que era suyo! ¡Oh, negra infamia!
Mas él lo ha dicho. ¡Maldicion eterna
Sobre el usurpador los cielos lanzan!
¡No caerá sobre mí!
COND. ¿Quién ha pensado
Jamás, señor, que sobre vos recaiga?

Sabedlo todo, en fin: nuestra conciencia
Con el borron de usurpadores carga,
Si hay en esto borron. Lo que os pedimos,
No es que usurpeis un trono con la espada:
¡Es que un trono ocupeis .. que está vacío!

Fern. ¡Vacío el trono! ¿Qué decís?

Cond. La planta
Ya, señor, Diego Lopez á Segovia
Veloz encaminó, y allí se encarga
De hacer, por órden mia, que á Inglaterra
La reina viuda con sus hijos parta.

Fern. ¡Traidor!..

Cond. Seré traidor.—¡Subid al trono...
Y allí mandad que mi cabeza caiga!

Fern. ¡Caerá!—Y el que obedezca de vosotros
Y al punto en pos de Diego Lopez salga
A estorbar la traicion, de Condestable
El cargo heredará. Vos, Trastamara...
Vos, Manrique... ¿Ninguno me obedece?
¡Iré yo mismo con los hombres de armas!

Fadr. Señor, ninguno os seguirá.

Fern. ¡Ninguno!....
¿Condestable, qué es esto?
(Un paje se acerca al infante y le presenta la corona doblando la rodilla: todos le cercan.)

Cond. Á vuestras plantas
Rodando la corona de Castilla
Sin dueño está. Cien brazos se preparan
A disputarse en intestinas lides
Su ansiada posesion. ¡Señor, tomadla!
¡Tomadla vos..... ó la vereis hundirse
En un lago de sangre castellana!
(Don Fernando contempla agitado la corona.)

Fern. ¡Señor! ¿Qué me ordenais?

ESCENA XII.

DICHOS, EL ESCUDERO.

ESCUD. La reina llega.
TODOS. ¡La reina!
COND. ¿Qué decís?
ESCUD. Acompañada
Del Justicia mayor, que de Toledo
Iba á salir cuando su alteza entraba.
COND. ¡Fatalidad!....
FADR. ¡Y no la ha detenido!....
FERN. ¡Me he salvado!
ESCUD. Hácia aquí mueve la planta
Trayendo de la mano al tierno niño,
Que al lado suyo vacilante marcha.
COND. ¿Y el pueblo? ¿Y los soldados?
ESCUD. Con adustos
Ojos la miran, la abren paso, y callan.
COND. *(Al infante.)*
¿Lo oís? El voto general se muestra.
No hagais que ese silencio que ora guardan
Se trueque en desacato. Yo á su encuentro
Voy á salir: la llevaré al alcázar...
FERN. ¡Condestable, escuchad!
COND. Señor...
FERN. *(Aparte á Dávalos.)* ¡Soy padre!
¡No tenteis mi virtud!
(Dirígese rápidamente al foro y desaparece por el claustro, seguido de Fernan Gutierrez.)
FADR. ¡No hay ya esperanza!
COND. Sí: que el amor de padre ha despertado
La ambicion en su pecho. Sólo falta
Que el trono esté vacío.
FADR. ¿Y de qué suerte?..
COND. La reina es débil, y á sus hijos ama
Con delirio tambien: no desmayemos.

El riesgo que inminente amenazaba
De que á Aragon partiese don Fernando
Desvanecido está. Ya con más calma
Al concertado fin marchar podemos.

FADR. ¡Ya se acercan aquí!

COND. ¡No temais nada!

ESCENA XIII.

DICHOS, LA REINA, DON FERNANDO, DON DIEGO, EL NIÑO REY, FERNAN GUTIERREZ, DAMAS. La reina, de luto, trae de la mano al niño don Juan: dos damas, tambien de luto, la siguen.

REINA. Antes de buscar reposo
En el templo quise entrar,
Y al Dios del cielo rogar
Por el alma de mi esposo.
¡Aquí yace, hijo querido,
El padre que te dió el ser:
Tú no puedes conocer,
Tierna flor, lo que has perdido!
Ignóralo, ya que Dios
Á esa edad penas te envia:
Yo tengo llanto, alma mia,
Para llorar por los dos.
¡Mas, ay! Respira, que el cielo
Su rigor depone ya,
Y bondadoso nos da
Junto á la pena el consuelo,
Pues no bien á los umbrales
Del santo templo llegamos,
Donde de un padre buscamos
Los despojos funerales,
Cuando Dios, en su bondad,
Consuela á tu triste madre
Dándote un segundo padre
Que te ampare en tu horfandad.

FERN. Como noble y como hermano
Contad, señora, conmigo.

Reina. ¡De vuestra sombra el abrigo
No vine buscando en vano!
Y vosotros, caballeros,
Que cual vasallos de ley
Llorais la muerte del rey
Con semblantes lastimeros,
La gratitud aceptad
De mi maternal cariño,
Y acoged al tierno niño
Que fio á vuestra lealtad.—
No bien la infausta noticia
Llegó veloz á mi oido,
Que siempre más ha corrido
La infausta que la propicia,
Con la prenda de mi amor
Dejé á Segovia angustiada,
Y de Toledo á la entrada
Hallé al Justicia mayor,
Que, en nombre vuestro sin duda,
Iba á buscarme, y turbado
Por el dolor, no ha acertado
A hablar á la triste viuda.
¡Y el pueblo, al verme pasar,
Con su silencio mostraba
Que mi presencia doblaba
Su tristeza y su pesar!
Vedle, en fin: aquí teneis
Este vástago rëal,
Que en el trono paternal
Hoy mismo colocaréis.
Ya he visto que vuestro amor
Alzó el tablado en que debe
Por rey proclamarse en breve
De mi esposo al sucesor.
¡Dios te conserve, hijo amado,
Feliz como yo le pido!
¡Dios bendiga ¡oh, rey querido!
Los años de tu reinado!

FERN. Condestable, el rey, mi hermano,
A vos el fiel cumplimiento
Legó de su testamento.
Su precepto soberano
Leed, pues juntos aquí
Su viuda y su hijo están.
COND. Vuestros deseos serán
Satisfechos. Dice así:
(*Leyendo.*)
«En el nombre de Dios, ordeno y mando: Que hasta que el príncipe don Juan, mi hijo, haya edad de catorce años cumplidos, sean regidores y gobernadores de sus reinos y señoríos la reina doña Catalina, mi mujer, y el infante don Fernando, mi hermano, ambos á dos juntamente.»
REINA. ¡A mí! ¡A una débil mujer
Gobernar el reino encarga!
No: con tan pesada carga
Mis hombros no han de poder.
Vos, hermano, en nombre mio,
Vos, de altas prendas dotado,
Gobernad solo el estado:
Yo mi derecho os confío.
Si alguna vez interviene,
El poder que me da el rey
Será cuando dura ley
Derramar sangre os ordene.
FERN. Ya lo oís. En mi persona
Cede su derecho todo:
Yo gobierno de igual modo
Que ciñendo la corona.
¡Procuradores! La guerra,
En nombre de mi sobrino,
Declaro al rey granadino,
Que ha invadido nuestra tierra.
Y para salir al punto
Á batallar con el moro

Os pido el millon en oro
Que dábais al rey difunto.

GUZM. Haré á las Córtes saber
Lo que entrambos demandais.
(*En actitud de marchar.*)

REINA. ¡Tened, tened! ¿Qué intentais?
¿La guerra quereis hacer?

FERN. La guerra que el rey mi hermano
Declaró al moro enemigo.

REINA. ¡Callad! ¡No conteis conmigo
Para ese empeño inhumano!

FERN. ¡Señora! ¡Mirad que en esto
Cumplimos su voluntad!
La guerra es justa: mirad
Que todo se halla dispuesto.
Juntos en Toledo están,
Verlos pudísteis ahora,
Los hombres de armas, señora,
Y yo soy su capitan.
Hueste inmensa de guerreros,
Cual nunca Castilla vió,
Vuestro esposo aquí juntó.
Catorce mil caballeros,
Con cincuenta mil peones;
Seis lombardas preparadas;
Trabucos, picos, azadas,
Pertrechos y municiones.
Urge que hoy mismo salgamos,
Y para pagar la gente
El dinero conveniente
A las Córtes demandamos.

REINA. ¡No! ¡Yo no demando tal!
¡Nunca de guerra me hableis!
¡El alma me estremeceis
Con ese nombre fatal!
¡De mi madre en la niñez
A aborrecerlo aprendí:
Que con lágrimas la oí

Recordar más de una vez
Aquella lid fratricida
Que la arrojó de este suelo,
Y al rey don Pedro, mi abuelo,
Le costó el trono y la vida!
Dios la merced me otorgó
De que, reinando mi esposo,
Nunca ese nombre horroroso
Oyese en Castilla yo.
¿A qué turbar la quietud
Que veis al reino gozar?
¿A qué en guerras empeñar
Su lozana juventud?
¿Y vos, único sosten
De esta madre desvalida,
Nos dejais, y vuestra vida
Correis á esponer tambien?
¡No, hermano, no lo consiento!
¡No lo consintais tampoco!
(*Á los grandes.*)
Yo, en nombre del rey, revoco
El militar llamamiento.
Condestable, en el instante
Los guerreros despedid.
¡Andad!

Cond. Señora, advertid
Que con vos manda el infante.

Fern. ¡Despedirlos! ¿Qué intentais?
¿Cuando la morisma infiel
Insulta el regio dosel,
Tan débil, reina, os mostrais?
De vuestro hijo cuidad,
Y dejadme á mí, señora,
Que el reino gobierno ahora.
Procuradores, marchad:
Júntense las Córtes luégo,
Y que ese millon en oro
Para hacer la güerra al moro,

Que insolente á sangre y fuego
Nuestros campos atropella,
Manden que al punto se abone.

GUZM. Señor, la reina se opone...
Y vos gobernais con ella.

COND. (*Al infante.*)
¡Ya lo veis!

FERN. ¡Ceded, señora,
Al ruego de vuestro hermano:
No ligueis la única mano
Que es hoy vuestra defensora!

COND. ¡Ceded vos, más bien, señor,
Á los ruegos de Castilla!
¡Ocupe la régia silla
El ansiado sucesor!

FADR. ¡No más dudas! ¡Levantad,
Reyes de armas, el pendon!
¡Haced la proclamacion!....

FERN. ¡Silencio!.... ¡Callad, callad!

REINA. ¡Qué escucho! ¿Y os resistís
Á que su lealtad, infante,
El regio pendon levante
Por mi hijo?

FERN. ¿Qué decís?....

REINA. ¡Hijo! ¡Para hacer valer
Tus derechos aquí estoy!
Á mostrarte al pueblo voy.
¡Sígueme!

FERN. ¿Qué vais á hacer?

REINA. Que se cumpla en el momento
Lo que el rey manda.

FERN. ¡Aguardad!

REINA. (*En ademan de marchar.*)
¡Ven, hijo!

COND. (*Deteniéndola.*)
Reina, escuchad
Lo que manda el testamento. (*Lee.*)
«Otro sí, ordeno y mando: Que tenga al

príncipe mi hijo para su crianza y enseñamiento Diego Lopez, mi Justicia mayor, con cargo do guardar, regir y gobernar su persona y su casa hasta que él haya edad de catorce años.»
Venid, Justicia mayor:
Aquí al príncipe os confio.

REINA. ¡Arrancarme el hijo mio!

COND. ¡Lo manda el rey mi señor!

REINA. ¡No hay rey que pueda mandar
Lo que es duro, injusto, aleve!....
¿Quién más que una madre debe
Al hijo suyo guardar?
¡Qué horror! ¿Y pudísteis vos,
Rey cruel, esposo ingrato,
Dictar ese atroz mandato?
¡Ah!.... ¡No os lo demande Dios!

COND. ¡Mucho vuestra pena siento!....

FERN. ¡Condestable, duro estais!

COND. ¡No quiero que me digais
Que no cumplo el testamento!

REINA. ¡Sin duda ya en la agonía,
Y con turbada razon,
Esa feroz condicion
Alguno al rey le impondria!
¡Y lo que se opone así
A cuanto hay de más sagrado
Debe quedar anulado!

COND. ¿Quereis anularlo?

REINA. ¡Sí!

COND. Pues oid. Si de algun modo
Creeis que la voluntad
Del rey se forzó, anulad.
¡Pero el testamento todo!

REINA. ¡Todo!

FERN. ¡Eso no: lo he jurado!

COND. Pues bien: acercaos, don Diego.
Al príncipe yo os entrego.

DIEGO. (*Trayéndolo á su lado.*)
Yo lo acepto.
REINA. ¡Hijo adorado!
(*Óyese ruido de tumulto en el claustro del foro.*)
VOCES. (*Dentro.*)
¡La proclamacion!....

ESCENA XIV.

DICHOS, EL ESCUDERO.

ESCUD. ¡Señor!
FERN. ¿Qué es esto?
ESCUD. El claustro invadido
Por hombres de armas ha sido,
Que os buscan con gran clamor,
Y piden.....
FERN. (*Interrumpiéndole.*)
Ya lo adivino:
Salir contra el moro, sí.
(A sacarlos voy de aquí:
No me queda otro camino.)
(*Dirígese á los hombres de armas que salen en tumulto por el foro.*)
¡Llegad, amigos, llegad!
¡La patria en riesgo se halla!
¡Todo ante ese nombre calla!
¡Pronto el campo levantad!—
Inmenso ejército infiel
Sobre nosotros avanza,
¿Y aún la castellana lanza
No sale á hacer riza en él?
¡Hijos, al triunfo! ¡A la gloria!
¡Vuestro infante os acaudilla!
COND. ¿Y así dejais á Castilla?
FERN. ¡En ganando una victoria!—
¡Del príncipe me responde
Vuestra cabeza, don Diego!—

Fernan Gutierrez, id luégo:
Cuantas riquezas esconde
El arca de mi tesoro,
Cuanto mi palacio encierra,
Para sostener la guerra
Hacedlo trocar por oro.
¡En nada mi afan repara:
Hasta mis joyas tomad,
Y, si es preciso, empeñad
Mi señorío de Lara!

GUT. Obedezco.
(Se va por el foro.)

FADR. *(Al infante.)*
¡El tiempo apura,
Señor!

FERN. ¡Salgamos de aquí!
(Á los soldados.)
¿Me seguís, guerreros?

GUERS. ¡Sí!

FERN. ¡Mi caballo! ¡Mi armadura!
(Este es el medio que elijo
De conjurar el clamor.)
¡Marchemos!
(En actitud de marchar.)

REINA. ¿Y os vais, señor,
Sin proclamar á mi hijo?

FERN. ¡Sí: que de la impura grey
Nos amaga la cuchilla!
¡Primero es tener Castilla.....
Y despues tendremos rey!

ACTO SEGUNDO

Un salon en el alcázar de Toledo. A la derecha del actor, en primer término, una puerta que da á las habitaciones donde está el príncipe guardado por Diego Lopez. Otra á la izquierda, en frente, que conduce á las que ocupa la reina. Otra grande en el foro, cerrada, y á cada lado de ella un arco con el arranque de una galería, que se pierde en ambos costados: la de la derecha da á lo esterior; la de la izquierda á lo interior del alcázar. Hay una mesa con recado de escribir y un sillon.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDESTABLE.

No hay ya que vacilar. Los grandes todos
Impacientes se agitan.
Quiero evitar que por violentos modos
El ciego desacato que meditan
Lleguen á consumar. Desde el instante
Que sordo á nuestros votos el infante
Se partió con la hueste, han trascurrido
Dias y dias, sin haber sabido
Cuál es, por fin, su intento.
De la muerte del rey cunde la nueva,
Y asoma ya en el pueblo el descontento
Porque al trono rëal nadie se eleva.
Cien veces he intentado

A la reina llegar, determinado
A declararla lo que el reino pide;
Mas sin hablarme siempre me despide,
Y encerrada en su estancia, sin consuelo,
A nadie admite hasta cumplir el duelo.
Hoy se cumple por fin, y hoy mismo quiero
Que su destino escuche de mi boca.
Yo alcé la voz primero,
Y consumar me toca
A mí tambien la comenzada empresa.
¿Si acaso su promesa
Diego Lopez cumplió, que en esa estancia
Al príncipe don Juan guarda á su lado,
Y á la reina tal vez habrá anunciado
El voto de Castilla?
Usurpando el de Urgel la régia silla
Del reino de Aragon, perdió el infante
De reinar la esperanza.
Yo observé que, al oirlo, en su semblante
Asomó la ambicion y la venganza.
¡Ah! ¡Si en aquel momento no viniera
A amedrentar su mente
La aterradora voz de fray Vicente,
Nuestro teson al fin triunfado hubiera!
¡Y triunfará, lo fio!
¡Parta la reina con sus hijos luégo,
Y al contemplar que el trono está vacío
Cederá don Fernando á nuestro ruego!

ESCENA II.

EL CONDESTABLE, UN PAJE, que sale del cuarto de la reina.

COND. ¿Qué respondió la reina á mi demanda?
PAJE. Responderos me manda
Que ni á vos ni á ninguno escuchar quiere
En tanto que á sus brazos no volviere
El hijo tierno cuya ausencia llora.
COND. (No le ha visto hasta ahora:

¡Bien cumplió Diego Lopez lo ofrecido!)
Volved, paje, y decid que yo le pido
Un momento de audiencia.

Paje. Perdonadme que os falte á la obediencia.
Su alteza me ha mandado
Que de vos no le pase otro recado.
(*Se va.*)

ESCENA III.

EL CONDESTABLE.

Airada está conmigo
Porque del hijo la privé, y en vano
Es insistir, hablarla no consigo.
Veré si los obstáculos allano
Haciendo que una audiencia
Diego Lopez le pida con urgencia:
Que al ayo de su hijo es evidente
Que á hablar no se resista; y él, que es diestro,
La llevará un mensaje en nombre nuestro
Y hará que ceda y que de aquí se ausente.
(*Dirígese á la puerta de la derecha, y se detiene viendo venir al escudero por la galería del mismo lado.*)

ESCENA IV.

El CONDESTABLE, EL ESCUDERO.

Cond. ¿Qué me quereis?

Escud. Calada la visera,
Y por vos con empeño preguntando,
En la cercana galería espera
Un caballero.

Cond. ¿Acaso don Fernando
De su campo le envia?

Escud. Solamente
Que os hiciera presente,

Me ha dicho con instancia, que venia
Del reino de Aragon, y que tenia
Que hablaros al instante.

COND. ¿Del reino de Aragon? Pase adelante.

ESCENA V.

EL CONDESTABLE.

COND. ¡De Aragon y encubierto un caballero!
¿Qué podrá ser? Hablémosle primero.

ESCENA VI.

EL CONDESTABLE, EL CONDE DE URGEL, que viene armado y calada la visera. El escudero lo introduce y se retira.

URGEL. ¿Sois el Condestable vos?
COND. ¿Y vos?
URGEL. Lo sabreis despues.
Decidme primero: ¿es cierto
Que elevar os proponeis
Al infante don Fernando
Al castellano dosel?
COND. Nadie en Toledo lo ignora.
URGEL. Pues con el propio interés,
Cerca de vuestra persona,
Me envia el conde de Urgel
Con un secreto mensaje.
COND. ¿El rey de Aragon?
URGEL. ¡El rey
De Aragon!... Llegará á serlo
Con tal que vos le ayudeis.
COND. ¿Qué decís? ¿Estais en vos?
Todos sabemos que fué
Proclamado en Barcelona.
URGEL. Es cierto; y tambien lo es
Que perdió el trono aquel dia,
Y se alzaron contra él
Los parciales de ese infante
Que por monarca quereis.

COND. ¡Santo Dios! ¡Será posible!
Mas ¿qué es esto? Vos, tal vez,
Venís con dañado intento
Falsas nuevas á estender
Que nuestro designio estorben.
¿Quién os envia? ¿Por qué
Seguís encubriendo el rostro?
¡Vive Dios! Que hasta saber
Quién sois haré que en la torre...
URGEL. ¡Basta! ¡Vive Dios tambien
Que impacientándome vais!—
¿No fuísteis vos, responded,
Con un secreto mensaje
De vuestro difunto rey
A Barcelona?
COND. Sí, fuí.
URGEL. ¿No vísteis más de una vez
En aquella córte al conde?
COND. Le ví.
URGEL. ¿Presentes teneis
Sus facciones?
COND. Sí, las tengo.
URGEL. (*Se alza la visera.*)
¡Miradme!
COND. ¡El conde de Urgel!
URGEL. El mismo.
COND. ¡Cielos! Pues ¿cómo
vos en Toledo?
URGEL. Despues
Que en la confusion primera
Ganar el trono logré,
El parlamento se junta,
Y alzando la voz en él
Mis enemigos, consiguen
A sus parciales mover;
Y recurriendo á las armas,
Y lanzándose en tropel
Contra los mios, el campo

Les tengo al fin que ceder.
Firme en mis designios corro
A Zaragoza, que fiel
Mis derechos proclamaba.
Mas ¡oh, rabia! ¡Allí tambien
La desgracia me persigue!
¡Un hombre, cuyo poder
Hace que pueblos enteros
Caigan temblando á sus piés,
De repente en la ciudad
Tremendo se deja ver,
Y lanzando contra mí
Cien anatemas y cien
Arrastra á la muchedumbre,
Que le sigue por do quier,
Y en mi presencia se pone
Con impávida altivez!

COND. ¡Le conozco! Era, sin duda.....

URGEL. ¡Sí! ¡Fray Vicente Ferrer!
En vano, en vano al acero
Llevar la mano intenté.....
Fuerza superior le asiste:
Que, sin poderme valer,
Imprecaciones terribles
De su labio toleré.
—«¡No reinarás—esclamó,—
»Porque el trono aragonés
»Guarda Dios á don Fernando,
»Príncipe insigne, que, en vez
»De recibir la corona
»Con que orlar quieren su sien
»El Condestable y los grandes
»De Castilla, por no ser
»Traidor á su noble estirpe
»La rechaza con desden!»—
¡Su voz alienta á los nobles,
Hace al pueblo enmudecer,
Y, por último, me arroja

De Zaragoza tambien!—
A la Almunia me retiro,
Donde á juntar comencé
Gran número de parciales,
Cuando me hicieron saber
Que los tres reinos, de acuerdo,
Quieren que el trono se dé
Al que más derechos tenga
De los que aspiran á él.
Esta sentencia han de darla
Nueve jueces, siendo tres
Por cada reino elegidos;
Y para que á salvo estén
De que nadie sus conciencias
Pueda en su favor torcer,
La fortaleza de Caspe
Los custodia, y allí es
Donde al reino de Aragon
En breve darán un rey.

COND. ¿Y quiénes los jueces son?

URGEL. Entre ellos cuento tener
De mi parte al arzobispo
De Tarragona, á Guillen
De Valseca, y otros varios.....

COND. ¡Si al arzobispo teneis
En vuestro favor!....

URGEL. ¿Qué importa?
Valencia ha nombrado juez
A mi mayor enemigo,
Al más poderoso.....

COND. ¿A quién?

URGEL. Al que protege al infante,
Y sentenciará por él,
Y arrastrará á los demás.....
¡A fray Vicente otra vez!

COND. ¿A fray Vicente?—¡No hay duda!....
¡Le perdemos!....

URGEL. Viendo, pues,

Que nada ya por la fuerza
Puedo en Aragon hacer,
A Toledo me dirijo
Porque vosotros podeis,
Primero que los de Caspe,
Esta cuestion resolver.

COND. ¿Cómo?

URGEL. A vosotros y á mí
Nos liga el mismo interés.
Vosotros para Castilla
A don Fernando quereis:
En la herencia de aquel trono
Mi competidor es él:
Coronadle ántes que el fallo
Los jueces de Caspe den,
Y, ya sin rival, es mio
El imperio aragonés.

COND. A la reina voy á hablar:
No hay tiempo ya que perder.

URGEL. ¿Qué intentais?

COND. Que con su hijo
Parta á Inglaterra...

URGEL. ¡Tened!
Esa medida no os salva.

COND. ¿Por qué?

URGEL. Porque si á ceder
El infante se negase
Volver los hará otra vez.—
Para obligarle, es forzoso
Que el niño don Juan esté
Fuera de su alcance.

COND. ¿Dónde?

URGEL. Condestable, en mi poder.

COND. ¿En el vuestro?

URGEL. ¡Sí: en el mio!—
Qué, ¿dudais?

COND. ¡Conde de Urgel
Yo os conozco, y ese niño

Es hijo, al fin, de mi rey!
URGEL. ¿Sospechais?...
COND. Y con razon.
URGEL. ¡Vive Dios! ¡Osado!....
COND. ¡Ved
Que estais, conde, en el alcázar
De Toledo, y que os perdeis!—
Templaos, y decid. ¿Qué prenda
Nos dais de que el niño esté,
No solamente al abrigo
De un atentado cruel,
Sino honrado, cual merece
Su alta cuna?
URGEL. Mi interés.
COND. No lo rechazo: esplicaos.
URGEL. Ya que no basta la fé
De mi palabra y la sangre
Rëal que anima mi ser...
COND. De vuestro interés habladme.
URGEL. ¿Pues claramente no veis
Que, conservando en rehenes
Al niño don Juan, podré
Contener de don Fernando
La ambicion si alguna vez
Sus derechos á mi trono
Intentara sostener?
COND. Cierto.—¡Me basta la prenda!
¡Hola!

ESCENA VII.

DICHOS, EL ESCUDERO.

ESCUD. Señor.
COND. Disponed
De órden mia que en Toledo
A nadie entrada se dé
Si es que viene de Aragon.
Andad.

ESCENA VIII.

EL CONDESTABLE, EL CONDE.

COND. Conviene tener
Oculta vuestra llegada
Y las nuevas que traeis,
Porque á oidos del infante
No lleguen hasta despues.
¿Nadie aquí os conoce?
URGEL. Nadie
Conoce al conde de Urgel
Sino vos.
COND. Pues aguardad.
(Dirígese á la puerta de la derecha.)
¡Há del alcázar!
PAJE. *(Dentro.)*
¿Quién es?
COND. El Condestable.
(Abrese la puerta y aparece el paje.)
Decid
A Diego Lopez, doncel,
Que para asunto que importa
Aquí le aguardo.
(Retírase el paje, cerrando.)
(Al conde.) ¿Traeis
Gentes de armas de Aragon?
URGEL. Corto escuadron, pero fiel,
Me acompaña, que emboscado
Cerca del muro dejé.
COND. Pues cuando á partir vayais
Haré que aviso le den
De que al alcázar se acerque,
Y esa escolta llevareis.

ESCENA IX.

DON DIEGO, EL CONDESTABLE, EL CONDE. Abrese la puerta de la derecha, y sale por ella don Diego.

COND. Don Diego, oid.—Aunque nada
Hemos hablado hasta ahora
Desde que está á vuestro cargo
Del príncipe la custodia,
No imagineis que los grandes
Aquel proyecto abandonan.
DIEGO. ¿De qué proyecto me hablais?
COND. Muy flaco sois de memoria.
¿No os acordais de aquel dia
Que partísteis á Segovia?....
DIEGO. Sí, me acuerdo.
COND. ¿Y á qué fuísteis?
DIEGO. A custodiar la persona
De mi rey, y hasta Toledo
Conducirle y darle escolta.
COND. ¡Don Diego!
DIEGO. A eso fuí.
COND. ¿Y á mí
Me lo decís?
DIEGO. Y es notoria
En Castilla la lealtad
De que mi pecho blasona.
COND. ¡Viven los cielos! ¡Don Diego!....
DIEGO. *(Yéndose.)*
Si no mandais otra cosa.....
COND. ¡Oid, esperad!.... ¿Qué es esto?....—
Mas ya lo comprendo. Os sobra
Razon. Perdonad, don Diego;
Mia fué la culpa toda,
Pues conociendo años há
La prudencia que os adorna,
Antes de hablar olvidé
Deciros qué nada importa

Que el caballero que veis
(Señalando al conde.)
De nuestros planes se imponga.

DIEGO. ¡Yo, Condestable, no temo
Que el mundo entero me oiga!

COND. Bien está; pero repito
Que hablar podeis sin zozobra:
Es un noble aragonés,
A quien su rey comisiona
Para que al niño don Juan
Allá conduzca y le ponga
En su poder.

DIEGO. ¡Cómo! ¿Al niño
Que guardo yo?—Sabedora
Del caso será la reina,
Y ella y el infante en forma
Me autorizarán.....

COND. La reina
Y don Fernando lo ignoran.
Mas urge el tiempo, y es fuerza
Hoy mismo acabar la obra.
La reina, viendo partir
Al hijo que tanto adora,
Le seguirá sin remedio;
Y al ver que el trono abandonan
Lo aceptará don Fernando.
Entregadnos sin demora
Al príncipe, y.....

DIEGO. ¡Condestable,
Vuestro juicio se trastorna!
¿Yo traidor al niño rey
Y á la reina mi señora?....

COND. ¡Don Diego!

DIEGO. ¡En nombre del rey
Don Enrique, que está en gloria,
Soy guardador de su hijo!

COND. ¿Y la palabra?....

DIEGO. Esta honra

Nuevos deberes me impone.
COND. ¿Y no es bien que se anteponga
El de salvar á Castilla?....
DIEGO. A mí tan sólo me toca
Guardar al rey, y á mi lado
Lo guardaré á toda costa.
COND. ¡Vive Dios que ya os entiendo!....
URGEL. ¡Y vive Dios que me enoja
La paciencia que gastais!
Si de grado no os lo otorga,
Entrad por él, y escusad
Tantas palabras ociosas.
DIEGO. Veremos si el Condestable
A ese atentado se arroja.
URGEL. Si el Condestable vacila,
Entraré yo mismo.
DIEGO. ¡Hola!
(A la voz de don Diego aparecen hombres de armas guardando la puerta.)
Ya veis que mis ballesteros
Ese recinto custodian.
URGEL. Mi espada se abrirá paso.....
(Pone mano á la espada. El Condestable le contiene.)
DIEGO. ¡Guardias!
COND. ¡Tened, no nos oigan!
Con violencia nada hacemos.
Idos, y dejadme á solas
Con él.
URGEL. Pero es fuerza hoy mismo.....
COND. Hoy nuestro intento se logra.
Yo respondo.
DIEGO. Será en vano.
URGEL. ¡Si dentro de breves horas
No le entregas, viejo imbécil,
Vendré por él en persona,
Y aunque huelle tu cadáver
Te lo arrancará mi cólera!

COND. Idos, que la reina sale.
(El conde de Urgel se cala la visera y se va.)

ESCENA X.

DON DIEGO, EL CONDESTABLE, LA REINA.

REINA. ¿Ni en la estancia silenciosa
Donde llorando mi duelo
Vivo retirada y sola
Dejareis de importunarme?
¿Quién estas voces provoca?
¿Qué haceis á la puerta vos
De la estancia donde mora
Mi hijo? Y ese guerrero
Que con planta presurosa
Se aleja al verme, ¿quién es?
DIEGO. Sea quien fuere, señora,
Don Diego Lopez aquí
Al niño don Juan custodia
Y á nadie lo entregará.
REINA. ¡Entregarlo!
DIEGO. Desde ahora
Libre entrada en su aposento
Concedo..... ¡pero á vos sola!
(Entrase en el cuarto de la derecha.)

ESCENA XI.

EL CONDESTABLE, LA REINA.

COND. (Yo daré en tierra, villano,
Con tu fingida lealtad.)
REINA. ¡Cielos! ¿Qué he oido? Aclarad,
Condestable, aqueste arcano.
COND. A demandaros audiencia
Cien veces aquí he llegado,
Y nunca os habeis dignado
Darme de hablaros licencia.

REINA. ¿Qué quereis? ¡La pena, el llanto
Engendran temores tales!....
¡Y hasta palabras fatales
Que resuenan con espanto!
Jurára yo que aquí ahora
No sé qué don Diego dijo
De entregaros á mi hijo.....
¡Ved qué ilusion!....
COND. Sí, señora.
REINA. ¡Cómo!.... ¿Es cierto?
COND. Sí, por Dios.
REINA. ¿Y para qué habeis tratado
De arrancarlo de su lado?
COND. Para entregároslo á vos.
REINA. ¡Cielos!.... ¿Es posible?.... ¡A mí!....
¿Y él se niega á vuestro intento?
COND. Ya sabeis que el testamento
Le manda guardarlo.
REINA. ¡Ah, sí!
COND. ¿Y vos, pena muy amarga
Tendreis separada de él?
REINA. ¡Ah, no hay pena más cruel!
COND. ¡Y separacion tan larga!
Yo cumplí mi obligacion
Poniendo el niño en su mano.
No me tacheis de inhumano:
Comprendo vuestra afliccion,
Y cual madre tierna creo
Que por llegarle á abrazar
Dariais sin vacilar.....
REINA. ¡Cuanto en el mundo poseo!
Mas no será menester:
Puesto que hoy á vuestro ruego
Ceder no quiere don Diego,
Yo le obligaré á ceder.
COND. ¿De qué modo?
REINA. *(Sacando un pergamino.)*
En este escrito,

Que de mi mano he trazado,
Por nulo doy lo mandado,
La guarda del rey le quito;
Y, por ser su madre, á mí
Me declaro guardadora.
Mirad.
(Se lo entrega.)
COND. Observo, señora,
Que falta una firma aquí.
REINA. ¿La del infante?
COND. Así es:
El poder es de los dos.
REINA. Pues bien, Condestable, vos
Que mostrais tanto interés
Por esta madre infelice,
Enviádselo al instante,
No tardeis, y que el infante
Con su firma lo autorice.
COND. Dudo que para anular
De su hermano el testamento
Preste su consentimiento.
REINA. ¡Oh, Dios! ¿Y á quién apelar?
COND. Si al hijo vuestro quereis
Con ese afecto tan puro...
REINA. ¿Lo dudais?
COND. Pues bien, yo os juro
Que en los brazos lo tendreis.
La empresa á mi cargo tomo.
REINA. ¿Vos?
COND. Sí: que poder me asiste.
REINA. ¿Cuándo será?
COND. En vos consiste
Que sea ahora mismo.
REINA. ¿Cómo?
COND. Dedicando vuestro amor
Á su dicha, á su reposo:
Haciéndole venturoso,
Que es la grandeza mayor.

REINA. ¿Pues qué otro objeto ambiciono?
COND. Es que con todo ese afan
No hareis feliz á don Juan
Si le haceis subir al trono.
REINA. ¿Y qué he de hacer, Santo Dios?
COND. Salvarle del riesgo ahora.
REINA. ¿Cómo?
COND. Marchándoos, señora,
Con él de Castilla vos.
REINA. ¡Cielos!
COND. De la córte ausente,
Siempre retirada allá,
Vos ignorais.....—¡Ojalá
Lo ignoreis eternamente!—
Las zozobras, los cuidados
Que rodean sin cesar
Al que se atreve á reinar.
Doy que los moros lanzados,
Que sujeto Portugal,
El príncipe, sin tener
Estranjeros que temer,
Empuñe el cetro rëal.
No es el estranjero encono
El peligro que le amaga:
En Castilla está la plaga
Que ha de socavar su trono.
Pondrán á su arrojo grillos,
Burlarán sus esperanzas
Prelados que mandan lanzas,
Grandes que tienen castillos.
Si es blando, dulce y humano
Ha de ser de ellos juguete;
Y si mandar se promete
Tendrá que hacerse tirano.
¡Mandar don Pedro intentó,
Y fué tirano y cruel,
Y ya sabeis en Montiel
De qué manera acabó!

REINA. ¡Ay! *(Aterrada.)*
COND. ¡En cambio el rey difunto,
Que fué bondadoso y blando,
Sufrió desaires, llegando
Su humillacion á tal punto
Que hasta el sustento por fin
Hubo de faltarle un dia,
Mientras ellos á porfía
Se holgaban en un festin!
¿Quereis que en tanto baldon
El hijo vuestro se vea?
¿Que rey en el nombre sea?
¿Es esa vuestra ambicion?
Marchad, señora, marchad,
Y dejad que el cetro tome
Uno que á los grandes dome...
REINA. ¿Quién?
COND. ¡El infante!
REINA. ¡Oh, maldad!
COND. ¡Lo demanda el reino entero,
Y yo, hincando la rodilla,
De vuestro amor á Castilla
Este sacrificio espero!
REINA. ¡Alzad, alzad!—¡Dios eterno,
Cumpliéronse mis temores!
¿Así perseguís, traidores,
Á una madre, á un niño tierno?....
COND. ¡No es traidor el que aquí veis!
¡El que os demanda de hinojos
Con lágrimas de sus ojos
Que os salveis y nos salveis!
REINA. ¡Alzad, alzad!.... ¡Ya penetro
Hasta el fondo el negro arcano!...
¡Y es el infante, es mi hermano
Quien roba á mi hijo el cetro!
COND. *(Se pone en pié.)*
¿Qué decís?....
REINA. ¡Sí: de mi lado

Le aleja el remordimiento,
Y os hace á vos instrumento
De este feroz atentado!

COND. ¡Señora, yo fuí testigo
De su tenaz resistencia!

REINA. ¡Por eso huyó mi presencia!

COND. Por eso.

REINA. ¡Vos sois su amigo,
Y en vano estais procurando
Oscurecer su traicion:
Que mi leal corazon
Ya me la estaba anunciando!
¡Ah, sí! Desde aquel instante
Que separada me ví
Del hijo mio, y aquí
Sola me dejó el infante,
No sé qué secreto horror
En mi corazon sentia,
Que cuantos rostros veía
Me llenaban de terror;
Y en esa estancia encerrada,
Donde mi espanto crecia
Con la soledad sombría
De esta lóbrega morada,
Se agolparon de repente
Á mi exaltada memoria
Recuerdos de aquella historia
Que en mi niñez inocente
Á mi tierna madre oí.
De Castillla la arrojaron,
Y al rey su padre mataron.....
¡Y fueron los grandes, sí!
¡Y un infante era tambien
El jefe de aquella hazaña!

COND. ¿Semejanza tan estraña
Por qué vuestros ojos ven?

REINA. Porque de nuestros mayorës
Pesa en nosotros la ley:

Yo desciendo de aquel rey.....
¡Y vos de aquellos traidores!

COND. Caiga vuestro enojo en mí,
Traidor llamadme en buen hora;
¡Mas por vuestro bien, señora,
Marchad al punto de aquí!

REINA. ¡Nunca! ¡Jamás!—¡Justo Dios!
¡Yo á mi hijo destronar!....

COND. ¿No quereis con él marchar?....
Pues él marchará sin vos.

REINA. ¿Qué decís?.... ¡Sin mí!

COND. Es urgente:
Hoy partirá de Toledo.

REINA. ¿Pensais que me infunde miedo
Esa amenaza impotente?
Si vos faltais al honor
Y á la fé de buen vasallo
No imagineis que me hallo
Sin un leal defensor.

COND. ¿Quién, señora?

REINA. El que ántes dijo
Que era sordo á vuestro ruego.

COND. ¿Don Diego, decís?

REINA. ¡Don Diego,
Que no entregará á mi hijo!

COND. ¡Vana ilusion os ofusca!
Ese leal caballero
Sabeis que fué el mensajero
Que marchaba en vuestra busca.

REINA. Á traerme.....

COND. No, señora:
Iba á alejaros de aquí.

REINA. ¿Cómo?.... Pues ahora.....

COND. Sí:
Otro es su interés ahora.
Como guardador confia
Que logrará del rey niño
Ir conquistando el cariño

Y ser su valido un dia.
REINA. Pues lealtad ó interés sea
Él lo guardará.
COND. Quizá.
Y decid: ¿lo guardará,
Señora, cuando esto lea?
(Mostrando el escrito que le dió la reina.)
REINA. ¡Cómo! ¿Intentais?...
COND. Todo entero
Escrito de vuestra mano.
REINA. Lo revocaré.
COND. Es en vano.
El pensamiento primero
De despojarlo aquí está:
Y aunque lo anuleis ahora,
Tarde ó temprano, señora,
Que se ha de cumplir verá.
Y pues en don Diego es fijo
Que obra sólo el interés,
Leerá este escrito, y despues
Entregará á vuestro hijo.
REINA. ¿Conque no hay uno siquiera,
No hay uno que guarde fé?....
¡Partiré, sí, partiré...
Y ojalá nunca viniera!
¡Hijo, huyamos de este suelo,
Huyamos de este recinto
En sangre de reyes tinto!....
Abandónales sin duelo
Un trono de maldicion
A esos nobles ricos hombres.....
¡Que cubren con altos nombres
La infamia del corazon!
COND. ¿Partireis?
REINA. Al punto, sí:
Que mientras con vos esté
Por mi hijo temblaré:
¡Salgamos pronto de aquí!

COND. La paz á Castilla dais,
Y aunque el sacrificio os cueste...
(Algazara dentro y gritos de viva el infante.)
REINA. ¡Cielos! ¿Qué tumulto es éste?....
¿Quién viene?
COND. Nada temais.

ESCENA XII.

DICHOS, FERNAN GUTIERREZ, SOLDADOS. Cuatro guerreros siguen á Fernan Gutierrez, y se quedan en el fondo, caladas las viseras.

GUT. ¡Victoria por don Fernando!
COND. ¡Fernan Gutierrez!
GUT. ¡Oh, reina!
Á vuestras plantas me envia
El infante con la nueva.
REINA. Y el infante ¿dónde está?
GUT. ¡Rayo del cielo es su diestra!
Al primer encuentro rompe
Del moro la hueste inmensa,
Lanzándola desbandada
Hasta el fondo de sus tierras.
De Antequera á las murallas
Triunfante y rápido llega,
Y las escalas arrima,
Y las lombardas asesta.
Da el asalto, sube al muro,
Los defensores se entregan,
Y al verle alzar el pendon
De Santiago en las almenas
Grita el ejército: «¡Viva
»Don Fernando de Antequera!»
COND. ¡Dios le protege y le guarda
Para mayores empresas!
Otro título más alto

Hoy en Castilla le espera:
La reina, Fernan Gutierrez,
Que admira sus nobles prendas,
Con resolucion magnánima
Cede al infante la herencia
De su hijo, y esta noche
Los dos á Toledo dejan.

Reina. ¿Esta noche? (¡Oh, cielo!)

Cond. *(Dirigiéndose á la reina.)*
Y vos,
En quien de vanas grandezas
Triunfa el maternal amor,
Entrad en la estancia régia:
Y cuando del hijo amado
Goceis las caricias tiernas,
Vereis que no vale un trono
Privarse de su presencia.
(Acércase á la puerta de la derecha.)
¡Hola!—A don Diego llamad.

Reina. (¡Esto es hecho! No me queda
Otro recurso.—¡Capaces
Serán de traicion más negra
Si yo resisto!....)
(El Condestable, despues de hablar con don Diego, que se ha presentado en la puerta, hace ademan á la reina de que pase. La reina esclama entrando apresurada.)
¡Hijo mio!

ESCENA XIII.

EL CONDESTABLE, DON DIEGO, FERNAN GUTIERREZ, SOLDADOS. Don Diego va á seguir á la reina.

Cond. ¡Don Diego!

Diego. ¡Voy con la reina!

Cond. Dos palabras nada más...

DIEGO. No puedo.
COND. Que os interesan.
DIEGO. *(Deteniéndose.)*
¿Á mí?
COND. Á vos más que á ninguno.
DIEGO. Decid pronto.
COND. Con reserva.—
¿Lo habeis pensado mejor?
DIEGO. ¡Yo no pienso cuando median
El deber y la lealtad!
COND. ¿Volveis otra vez al tema?
DIEGO. Mi conciencia no permite.....
COND. ¿Á mí, don Diego, con esas?
Sabeis que os conozco bien:
Con que dejaos de conciencia
Y el móvil de esa mudanza
Esplicadme con franqueza.
DIEGO. ¡Risa me da la pregunta!—
Y á vos, ¿qué móvil os lleva
Á coronar al infante?
COND. Á mí.....
DIEGO. Ya sé la respuesta.
¡Decís que el bien de la patria!
Otra razon es la vuestra:
Ayo del infante fuísteis,
Se ha criado en vuestra escuela,
Su valido sois, y es claro
Que, si á coronarse llega,
Sereis valido del rey.
COND. ¡Ya entiendo! ¿Esa misma idea
Teneis con el niño vos?....
DIEGO. Quiero seguir vuestra regla.
COND. ¡Acabárais de una vez!
Si otro temor no os arredra
Más que el de perder la guarda
Del niño, no os cause pena.
DIEGO. ¿Por qué?
COND. Porque eso, don Diego,

Será de todas maneras.
DIEGO. ¿Cómo?
COND. Sí.
DIEGO. ¡Perderla! ¿Y quién
Me la ha de quitar?
COND. ¡La reina!
DIEGO. ¿La reina?
COND. Leed. *(Le da el pergamino.)*
DIEGO. ¡Qué miro!
COND. Todo de su puño y letra.
Ella á marchar de Castilla
Con su hijo está resuelta.
Si bien á bien le entregais
No revelará mi lengua
Que de vendernos tratábais;
Pero si haceis resistencia,
Y dais con ello lugar
Á que don Fernando vuelva
Y nuestro plan desbarate,
Este escrito os manifiesta
Que la madre os quitará
La guarda del niño. Y cuenta,
Que haberla ayudado ahora
Nos os valdrá luégo con ella,
Porque ya sabe que ántes
Tambien de los nuestros érais:
Y al que ha servido á dos bandos
En ninguno se le aprecia.
¿Qué decís?
DIEGO. ¿Qué he de decir?
Bien sabeis que, en mi conciencia,
De vuestra opinion he sido.
Si he obrado de otra manera
Es porque el deber en mí
Siempre ha tenido gran fuerza.—
Pero, en fin, ya que, á Dios gracias,
La reina misma desea
Lo que todos deseamos.....

Pronto estoy á obedecerla.
COND. ¡Esa mano!
DIEGO. Vuestro soy.
COND. Fernan Gutierrez, ya quedan
Los obstáculos vencidos:
Don Diego al príncipe entrega.
Esta noche aquí los grandes
Juntaré, y en su presencia
Firmará la reina el acta
De abdicacion. La litera
Real vendrá con sigilo
Porque el pueblo nada entienda:
Saldrán esta noche entrambos,
Y cuando el dia amanezca
Por don Fernando alzaremos
Pendones. Vos á Antequera
Partís, y á vuestra llegada
Haceis qne cunda la nueva,
Que el ejército lo aclame,
Y en pos vuestro con presteza
Iremos los grandes todos
Á llevarle la diadema.
DIEGO. ¡Todos, sí!
COND. Sigilo.—Pronto
Volveré.—Por lo que pueda
Suceder... no quiero yo
Perder de vista á la reina.

ESCENA XIV.

DON DIEGO, FERNAN GUTIERREZ, GUERREROS.

DIEGO. ¡Silencioso estais! ¿Qué es esto?
¡Vos, á quien sin duda esperan
Grandes dones en albricias
De ese mensaje, con muestras
De pesar, Fernan Gutierrez,
Escuchais la eleccion nuestra!
GUT. ¡De pesar! ¿Estais en vos?

¡Si en mi poder estuviera,
No de Castilla, del mundo
Le hiciera rey!

DIEGO. Altas prendas,
Dignas del trono, le adornan,
Y yo, que en reconocerlas
Soy el primero, por fin
He consentido en la empresa.
Porque ya veis..... Del recinto
En que custodio á su alteza
Con hombres de armas seguros
Guardadas tengo las puertas,
Y en vano al niño intentáran
Arrancarme con violencia;
Mas como el bien de Castilla
Tal sacrificio me ordena
Resuelto estoy á entregarlo.
¡Y cuando el infante sepa
Que á mí me ha debido el trono!....
(Uno de los cuatro guerreros ha ido acercándose y dice en voz baja á don Diego.)

GUER. ¡Te hará cortar la cabeza!
(Álzase la visera: es don Fernando.)

DIEGO. ¿Cómo? ¿Qué?.... ¡Oh, Dios! ¡El infante!

FERN. ¡Silencio!

DIEGO. ¡Señor!....

FERN. Si entregas
Al príncipe, y yo soy rey,
Ya sabes lo que te espera.

DIEGO. Pues ¡cómo!.... ¿Os negais?....

FERN. ¡Silencio!
Entra al punto y dí á la reina
Que en este instante, aquí mismo,
Hay quien hablarla desea.
Y advierte que, aunque me has visto,
No me has visto.—Marcha apriesa.
(Don Diego, turbado y trémulo, se va por la derecha.)

ESCENA XV.

DON FERNANDO, FERNAN GUTIERREZ, GUERREROS.

FERN. ¡A tiempo, Fernan Gutierrez,
Llegamos por dicha nuestra!
¡Dios me ha inspirado!—Si tardo
Un dia más la violencia
Se consuma.

GUT. ¡Y todavía
Quién sabe si á contenerla
Bastareis! Los grandes quieren
Llevar á cabo la empresa
Esta misma noche. El ayo
Del rey es débil; la reina,
Más débil aún, consiente
En ausentarse; las fuerzas
Que esperais, ó no vendrán,
Ó vendrán tarde.....

FERN. No creas
Que fray Vicente Ferrer
Mi mensaje desatienda.

GUT. ¿Y si no llegó á sus manos?
¿Y si la alevosa diestra
Que dió muerte al arzobispo
Tambien en él se ensangrienta?
¿Qué hareis solo contra tantos?
¿Qué arbitrio entónces os queda?

FERN. ¿Qué es esto, señor? ¿Los tronos
Que colocaste en la tierra
A merced de sus vasallos
Así abandonados dejas?
¿No es tu voluntad divina,
No es tu omnipotente diestra,
Sino el mundano interés
De pasiones turbulentas
Quien alza y hunde á su antojo
Reyes que en tu nombre reinan?

GUT. Quizá es voluntad del cielo:
Lo pide Castilla entera.
¡Voz del pueblo es voz de Dios!

FERN. Aunque lo pida, aunque sea
Conveniente al bien del reino
Que yo á sus instancias ceda,
De más provecho será
Dejar á las venideras
Edades esta leccion.
No quiero que un tiempo venga
En que, su ambicion dorando
Con mentidas apariencias,
Príncipes usurpadores
Invocar mi ejemplo puedan.
¡No ha de ser, viven los cielos!—
Y pues mis derechos huellan
Los rebeldes de Aragon,
Y á un usurpador elevan
A aquel trono que era mio,
Este, que la Providencia
Bajo mi amparo coloca,
No pasará por la afrenta
De sufrir de sus vasallos
La vergonzosa tutela.

GUT. ¡Alguien viene!

FERN. *(Calándose la visera.)*
Ella tal vez....

GUT. La misma.

FERN. Guarda esas puertas,
Y dame con tiempo aviso
Si ves que alguno se acerca.
(Fernan Gutierrez se va por la galería derecha llevándose los hombres de armas, y durante la escena que sigue se les verá aparecer de cuando en cuando á lo léjos, como vigilando la entrada.)

ESCENA XVI.

DON FERNANDO, LA REINA. La reina sale por la puerta de la derecha, impaciente y recelosa: ve á Fernan Gutierrez y los guerreros desaparecer, y se pára amedrentada.

REINA. ¿Quién por mí preguntaba?....—Mas ¿qué es-
(esto?....
¡Fernan Gutierrez!.... ¡Me dejais á solas
Con un desconocido!.... ¿Qué designios?....
(Á don Fernando.)
¿Quién sois? ¿Qué me quereis?
FERN. *(Alzándose la visera.)*
¡Yo soy, señora!
REINA. ¡Vos! ¡El infante aquí!
FERN. *(Con misterio.)* ¡Callad!....
REINA. ¡Dejaos
De fingimiento ya! ¡La negra historia
De mi desdicha y vuestro crímen leo!
¿No podeis la impaciencia que os devora
Más tiempo reprimir, ni allá en el campo
La noticia aguardar de mi deshonra?
¿Fuerza es pedir á la ambicion sus alas
Y á Toledo volar, que perezosa
La fé del Condestable tantos dias
La urgente empresa consumar demora?
¡Culpable lentitud!—Mas vos llegásteis,
Y su tibieza en frenesí se torna.
Preséntase á su reina, la amenaza;
Al guardador del rey astuto compra:
¡Y al hijo y á la madre en esta noche
Del trono y de Castilla nos arroja!—
¿Dudábais de su celo? ¡Ah! ¡Sois injusto:
Es vuestro amigo, y como tal se porta!
Nada os queda que hacer. Vos, no lo estraño,
¿Quizá á saberlo de mi propia boca
Impaciente venís?.... ¿Y á qué cubierto
De férreo casco, de acerada cota?

No es éste el campo de Montiel, ni el cetro
Que venís á usurpar la valerosa
Diestra de un rey batallador empuña,
Ni guerrera falange le custodia.
¡Un inocente niño es quien le tiene,
Y una mujer quien le defiende sola!....
—¡No le defiende, no!.... No es necesario
Que otra vez por reinar la sangre corra.
—¡Ahí teneis ese trono que os halaga!
¡Con placer os le dejo, y á remotas
Tierras me ausento con el hijo mio,
Que es mi tesoro, mi ambicion, mi gloria!—
¡Á Dios, hermano, á Dios! ¿Estais contento?
¡Vednos partir: gozaos en vuestra obra!

FERN. ¡En la vuestra direis, que no en la mia,
Débil mujer, que tímida se postra,
Y al peligro menor de madre y reina
Los sagrados deberes abandona!
¿Qué seria de vos, de vuestro hijo
Qué seria sin mí?—Cuando á Segovia
Dejásteis ambos y en Toledo entrábais,
Los grandes me ofrecian la corona,
Y yo la rechacé.—Con altos gritos
Me aclamaba por rey la hueste toda.
¡Yo le impuse silencio, y contra el moro
Me la llevé á lidiar!

REINA. ¡Cielos!

FERN. Con pronta
Marcha me alejo, y desde el campo envio
Un secreto mensaje á Zaragoza
Pidiendo á fray Vicente que al Justicia
Hombres de armas demande, y á mi costa
Vengan á las murallas de Toledo,
Y mi mandato aguarden.—La derrota
Sigo entretanto del alarbe, gano
La villa de Antequera, y con victorias
Distraigo á mis guerreros.—Á Sevilla
Finjo luégo partir, y entre la escolta

De escogidos ginetes que aquí envio,
De la nueva del triunfo portadora,
Disfrazado me oculto. En este alcázar
Consigo penetrar, y aquí en persona
Quiero esperar la aragonesa hueste;
Y cuando el son de las trompetas oiga
Á su frente ponerme, de los grandes
Desbaratar las pretensiones locas,
Humillar su poder, y al hijo vuestro
Coronar.

REINA. ¡Dios eterno!

FERN. ¡Y vos, señora,
Vos, que depositaria sois conmigo
De su herencia rëal; vos, defensora
De sus derechos; vos, que sois su madre!....
¿Qué habeis hecho por él?—¡Ceder medrosa,
Consentir en sacrílegos proyectos,
Llorar, huir, quitarle la corona!

REINA. ¡Salvar su vida!

FERN. ¡El suelo castellano
No engendra regicidas!

REINA. Á la sombra
Del patrio amor que hipócritas afectan
La accion más negra llamarán heróica.
Aún recuerdo sus fieras amenazas,
Su duro acento, sus miradas torvas.....
¡Ay! ¡Yo he temblado por el hijo mio!....
Si me niego á partir, nada se logra:
¡Esta noche le arrancan de mi lado!
¡Y capaces serán!.... ¡Ah! ¿Qué me importa
El trono, la ambicion?.... ¡Yo, con mi hijo,
En donde quiera viviré dichosa!....
Y él lo será conmigo.—¿Qué le falta
Si las caricias de su madre goza?

FERN. ¿Qué le falta, decís?—¡Pluguiese al cielo
Que esa inocencia en que le veis ahora
Eternamente conservar pudiera
Cual conserva la flor su blando aroma!

¡Edad feliz, en que el hogar paterno
Es nuestro mundo y lo demás se ignora!
¡En que un beso de amor enjuga el llanto
Que solamente de los ojos brota,
Y no del corazon!.... Mas ¡ay! ¡Qué pronto
El huracan de las pasiones sopla,
Y por su aliento abrasador marchita
La flor de la inocencia se deshoja!
Cuando ese niño en varoniles años
Sienta la régia sangre generosa
En sus venas hervir; cuando esos lazos,
En que hoy le sujetais, brioso rompa,
Y desdeñando juegos infantiles
Arda en su corazon ansia de gloria:
«¡Tú no nacíste, le dirá la fama,
En esa humilde condicion que ahoga
Tus ímpetus magnánimos; un trono
Heredaste al nacer: si de él ahora
Para siempre arrojado te contemplas
De tu madre y no más la culpa es toda!»
¡Á vos entónces lanzará sus quejas;
Verá en vos la ocasion de su deshonra;
Huirá de vos; maldecirá en secreto
La dura humillacion que le sonroja,
Y acaso..... acaso os aborrezca un dia!....

REINA. ¡Aborrecerme! ¡Oh, Dios!....

FERN. Ya veis, señora,
Que si cobarde abandonais el trono
Y apelais á esa fuga vergonzosa,
Nada salvais en recompensa, nada:
¡Ni el cariño filial!—¡No más zozobras!
¡No más debilidad!—¡Sed madre al ménos!
Aquí teneis un brazo que os apoya.
No os pido yo que á sobrehumano esfuerzo
Os eleveis con resistencia heróica
Corto tiempo no más, cortos instantes:
La hueste de Aragon en breves horas
Vereis aquí, y entónces vuestro hijo

Por vos el trono paternal recobra.
Y cuando vos podais decirle un dia
«¡Me lo debes á mí!....» ¡Cuán orgullosa
Recibireis en vuestro seno el llanto
De gratitud que de sus ojos corra!

REINA. Dejad, dejad que mi razon comprenda
Lo que escuchando estoy de vuestra boca.
¿Es sueño? ¿Es ilusion?.... Os dan un trono,
¿Y vos lo despreciais?.... ¿Y que me oponga
Á vuestra elevacion quereis vos mismo?
¡Alma sublime!... ¡Á vuestros piés se postra
Esta mujer, que de su vil sospecha
Vuestro perdon con lágrimas implora!

FERN. ¡Señora!....

REINA. ¡No! ¡Dejadme que os admire,
Que tan alta virtud contemple absorta!
¡Ya comprendo el empeño de los grandes!...
¡Lo comprendo y lo aplaudo! ¡Á vos os toca
Con justicia ceñir, no de Castilla,
Sino del mundo entero la corona!
¡Reinad, señor, reinad!—Yo al hijo mio
Sabré decirle: «¡Humíllate y adora
La voluntad del cielo, que en tu trono
Un modelo de príncipes coloca!»

FERN. ¡Tristes tiempos son estos, en que sólo
Cumplir la obligacion virtud se nombra!
Cumplid la vuestra como madre y reina,
Y á Dios dejad que lo demás disponga.
Mientras vos al amor de sus vasallos,
Á la justicia, á las virtudes todas
Formais el corazon del tierno niño,
Yo domaré á esos grandes que blasonan
De alzar la frente á par de sus monarcas;
Yo un trono fundaré, cual firme roca
En tempestuoso mar, donde se estrellen
De la ambicion las impotentes olas;
Yo haré, en fin, que de hoy más, y para
(siempre,

Un solo rey Castilla reconozca.

REINA. ¿Qué nuevo aliento vuestra voz me infunde?
¿Qué brío es ésto que mi pecho cobra?
¡Otra me siento ya!... Vereis cuán firme,
Si aquí de nuevo sus instancias doblan,
Sé resistir...—¡Dios mio!
(Con una exclamacion de espanto.)

FERN. ¿Qué os asusta?

REINA. ¡La noche! ¡Sí! ¡Mirad que esta es la hora
En que deben venir, y si no cedo,
El hijo mio sin piedad me roban!

FERN. ¡Otra vez el temor!...

REINA. ¡Hijo adorado!...
¿Cómo salir de aquí?—Los que custodian
Las puertas del alcázar obedecen
La voz del Condestable. ¡Oh, Dios: qué pronta
La horrible noche se acercó! ¿Qué haremos?
La hueste que esperais de Zaragoza
No viene, ó vendrá tarde... Y si entretanto
De Diego Lopez los traidores logran
Que entregue al hijo mio...

FERN. Diego Lopez
No temais que lo entregue.

REINA. ¿Y si ellos osan
Á viva fuerza penetrar?...

FERN. Entónces,
¿No estoy yo aquí?

REINA. ¿Quién viene?...

ESCENA XVII.

DICHOS, FERNAN GUTIERREZ.

GUT. Gente asoma
Por esa galería.

REINA. ¡Ellos son!... ¡Ellos!...

FERN. No desmayeis. ¡Firmeza!
(Se cala la visera y se confunde con los demás guerreros.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, EL CONDESTABLE, GRANDES.

REINA. (¡Oh, Dios!)
COND. Señora,
Ya que á nuestras instancias os rendísteis...
REINA. ¡Yo! ¿Qué decís?
COND. ¿Dudais?
REINA. ¿Y cuándo?..
COND. Pronta
La litera rëal estará en breve:
Y esta noche...
REINA. Bien, sí: de mi persona
Puedo yo responder... Mas de mi hijo...
Diego Lopez le guarda, él os responda.
Si se niega á entregarlo...
COND. No se niega.
REINA. ¿No?
COND. Vais á oirlo de su misma boca.
(Dirígese á la puerta de la derecha, y hace llamar á don Diego.)
REINA. (¡Mi postrera esperanza en él se funda!
¡Inspírale, mi Dios! ¡Haz que desoiga
La voz de la traicion!)

ESCENA XIX.

DICHOS, DON DIEGO.

COND. Venid, don Diego.
La noche es ésta en que cumplir nos toca
El grande y doloroso sacrificio
Que al bienestar del reino hacer importa.
La reina cede y á partir se obliga:
Á las doce vendremos, y á esa hora
Tambien al niño entregaréis. ¿No es cierto?
DIEGO. *(Mirando en derredor.)*
¡Yo!....

COND. Declaradlo: que aunque á mí me consta,
Hay quien duda de vos.

DIEGO. ¡De mí! Yo siempre...

COND. Hablad.

DIEGO. Como la reina lo disponga...
(*Ve á don Fernando, que se alza rápidamente la visera y le mira con semblante amenazador, cubriéndose en seguida.*)
(¡Allí está!—)

COND. ¿Vacilais?

DIEGO. No... no vacilo.—
(*Adelantándose y alzando la voz.*)
Yo prometo cumplir... ¡Todos me oigan!
Lo que en este lugar... hace un instante,
Se ha exigido de mí.

REINA. ¡Cruel!

DIEGO. ¡Señora!..,
¡Mi cabeza responde!...

REINA. ¡Ah, sí! ¡Lo entrega!

COND. ¡Á las doce!

REINA. ¡Las fuerzas me abandonan!
(*Cae desmayada en un sillon.*)

ACTO TERCERO.

El mismo salon del acto segundo. Es de noche: hay una lámpara en la mesa.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO.

¡Ambicion!.... ¡Loca ambicion!....
¡En duro trance me pones!—
¡Nunca de mí se acordara
El buen rey, que de Dios goce!—
Si al infante no obedezco,
Si ayudo á los ricos hombres
Me pierdo, pues el infante,
Rey ó regente se nombre,
Siempre ha de ser quien nos mande.
¡Y aunque la corona tome
Con gozo, querrá que el mundo
Por justiciero le elogie:
Y, no hay duda, el guardador
Es la víctima que escoge!....
¡Dios tenga piedad de mí!....

ESCENA II.

DICHO, DON FERNANDO y FERNAN GUTIERREZ, que salen por la galería izquierda.

DIEGO. ¡Señor!.... ¡Van á dar las doce!....
Y vendrán, y yo no sé
Qué responder á esos hombres
Cuando el niño me reclamen...
FERN. Lo que el deber os impone.
Que sois guardador del rey,
Y que vuestro honor responde
De su trono.
DIEGO. Y si la reina,
Que en partir está conforme,
Pretende entrar, ¿le diré
Que os he entregado esta noche
Su hijo, y que vos lo habeis
Ocultado... no sé dónde?
FERN. ¡Si tal decís, si se sabe
Que estoy en Toledo, pobre
De vos!
DIEGO. Puesto que á la reina
No me dejais que la informe
De que os llevásteis el niño,
¿Teneis, señor, intenciones
De aceptar, por fin, el trono?
FERN. Don Diego, nada os importe
Lo que yo he de hacer. Andad,
Y no olvideis esta órden:
La puerta de ese aposento
Custodiar os corresponde
De modo que todos ellos,
Y aun la misma reina, ignoren
Que ya el niño no está allí.
DIEGO. Pero, ¿y si entrar se proponen
Á la fuerza?
FERN. Ballesteros

Teneis que la entrada estorben.

DIEGO. Y si trajeren los suyos,
¿Qué hago?

FERN. Morir como noble.

DIEGO. (¡Nunca de mí se acordára
El buen rey, que de Dios goce!)
(Se entra muy turbado por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

DON FERNANDO, FERNAN GUTIERREZ.

FERN. ¿Con que podemos fiar
En ese alcaide?

GUT. Es mi deudo:
Nadie puede suponer
Que escondido en su aposento
El niño don Juan está;
Y el alcaide, yo os prometo
Que ántes perderá la vida
Que revelarlo.

FERN. ¡Estoy viendo
Tales cosas en Castilla,
Fernan Gutierrez, que pienso
¡Vive Dios! que á responder
De mí mismo no me atrevo!

GUT. ¡Confuso os miro, señor!
Con misterioso silencio
Me mandais que os acompañe,
Y de poder de don Diego
Sacais á vuestro sobrino
Para ocultarlo de nuevo
En esa secreta estancia,
Y me callais vuestro intento.
¿Dudareis tambien de mí?

FERN. ¡No!

GUT. Ya sabeis que son vuestros
Mi voluntad y mi brazo.

¿Qué quereis? ¿Que proclamemos
Á don Juan?—Contad conmigo.
¿Quereis empuñar el cetro?
Contad conmigo tambien.

FERN. ¡Lo sé!—Y á vos, compañero
Inseparable y amigo,
Que desde mis años tiernos
Juez de mis acciones todas
Y hasta de mis pensamientos
Constantemente habeis sido,
A vos revelaros puedo
La lucha terrible, atroz,
Que está trabada en mi pecho.—
Fernan Gutierrez, vos sois
Testigo de mis esfuerzos
Por conservar la corona
Al legítimo heredero.
Á la amotinada hueste
Sabeis que impuse silencio
Y alejé de aquí; sabeis
Que por instantes espero
Gentes de armas de Aragon...

GUT. ¡Que ya tardan!...

FERN. ¡Bien lo veo!—
Sabeis que, en tanto que llegan,
Aquí he venido encubierto
A velar por mi sobrino,
A defender sus derechos.
¡Y, en fin, sabeis que mi mente
Nunca manchó el vil proyecto
De traidora usurpacion!

GUT. ¡Ah, señor!...

FERN. Pues bien; yo siento
En mi interior una voz
Que me turba.—¿Es voz del cielo
Que mis sentidos despierta
Y de su círculo estrecho
Los eleva á otra region

De más altos pensamientos?...
¿Ó es voz del infierno acaso
Que con sones halagüeños
Quiere atraerme al abismo?...
¡No sé!... ¡No sé!...—Pero es cierto
Que más alto cada vez
Me está gritando aquí dentro:
»¡Tú de virtudes privadas
»Vas á dar un alto ejemplo!
»¿Pero acaso las virtudes
»Que Dios á un príncipe ha impuesto
»Son las mismas que á un vasallo?
»¡No: que tu deber primero
»Es atender á Castilla,
»Aunque tengas para hacerlo
»Que inmolar tu rectitud
»Á la salvacion del reino!»—
Esto escucho.—

GUT. ¿Y vos, señor?...

FERN. Yo, Hernando, vacilo y tiemblo.—
Para salvar á Castilla,
¿Qué apoyo hallar me prometo
En esa infeliz mujer
Que ha de partir el gobierno
Conmigo?—Ya la habeis visto
Tímida, débil, cediendo
Á las más leve amenaza.
Vísteis tambien el empeño
Con que estorbar intentó
Que saliese de Toledo
Contra el ejército infiel,
Negando su asentimiento
Para pedir á las Cortés
El servicio, y permitiendo
Que yo de mis propias rentas
Sustentase á los guerreros.
¿Y he de gobernar así,
Ó he de abandonar el puesto.

Y ver impasible hundirse
El trono de mis abuelos?...
GUT. ¡Razon teneis!—Y pues ya
Vuestro designio penetro,
Diré á los grandes...
FERN. ¡Tened!—
GUT. ¿Dudais?
FERN. Es que al propio tiempo
Allá en el fondo del alma
Otra voz en ronco acento
Me repite sin descanso:
«¡Usurpador!»—¡Y es el eco
De la voz de fray Vicente,
Que desde el cercano reino
De Aragon ya me parece
Que está en mi mente leyendo,
Y que lanza sobre mí
La maldicion de los cielos!
GUT. Pues si aún vacilais, señor,
¿Cuál ha sido vuestro objeto,
Decidme, en apoderaros
De don Juan?
FERN. Es que no quiero
Que se resuelva su suerte,
Y la suerte de este imperio,
Por flaqueza de la reina
Ó por traicion de don Diego.
Él lo entrega: ella sucumbe
Si la amenazan de nuevo.
Teniendo el niño en mis manos
Será el fin de este suceso
Obra de mi voluntad:
Mio el lauro, ó mio el yerro.
GUT. Y esa voluntad ¿cuál es?
FERN. ¡No lo sé, viven los cielos!—
¡Hacer feliz á Castilla!....
¡Dejar á mi hijo un cetro
En recompensa de aquel

Que le hà robado el perverso
Usurpador de Aragon!....
¡Caiga el anatema eterno
Sobre él!.... ¡Desplómese el trono
Bajo su planta, y en fuego
De la diadema rëal
Se trueque el dorado cerco,
Que abrase la frente vil
De ese tirano soberbio!—
¡Justo Dios!.... ¡Y yo he de hacer
Lo mismo que en él condeno!—
¡Las fieras imprecaciones
Que estoy aquí profiriendo
Son las que ese niño un dia
Lanzará desde el destierro
Contra mí..... contra mis hijos!....
¡Infamia atroz!.... ¡Me estremezco!....
—¡Y esa gente de Aragon
Que no llega!.... ¡Este silencio
De fray Vicente, que nada
Me ha contestado!....

Gut. ¡Y el tiempo
Vuela, señor!.... Esta noche
Es forzoso resolveros.
La hora se acerca, y en breve
Vendrán aquí.....—¡Pasos siento!....
¡Ellos serán!....
(Mirando por la galería derecha.)
Ellos son.—
¿Qué resolveis?

Fern. ¡Esperemos!
(Se va por la galería izquierda.)

ESCENA IV.

FERNAN GUTIERREZ, DON FADRIQUE, EL OBISPO, GRANDES, que salen por la galería derecha.

Fadr. Esta es la sala, señores.

Aquí, con el mensajero
Del rey de Aragon, en breve
Al Condestable veremos.
GRANDE. ¿Quién está allí?
OTRO. Es el valido
Del infante.
OTRO. Cierto.
OTRO. Cierto.
OTRO. Fernan Gutierrez: no hay duda.
FADR. Guárdeos Dios.
GUT. Salud deseo
Al conde de Trastamara.
GRANDE. Con que ya veis, esto es hecho.
Vais á llevar al infante
La nueva de este suceso,
Y á noticiarle que es rey
De Castilla.
FADR. Y fuera bueno
Que le añadiérais tambien,
Porque no se olvide de ello,
Que lo es por eleccion
De los grandes.
GRANDE. ¡Por supuesto!
¡Cómo ha de olvidarlo nunca!
FADR. Y si acaso llega un tiempo
En que lo olvide, nosotros
Recordárselo sabremos.
GRANDE. Ya están aquí.

ESCENA V.

DICHOS, EL CONDESTABLE, EL CONDE DE URGEL, que salen por la galería derecha.

COND. Ricos hombres
De Castilla, aquí estais viendo
Al ilustre aragonés
Que viene con el intento
Que ya os dije.—Mas, oid:

Si la salvacion del reino
Reclama este sacrificio,
Vea el mundo que lo hacemos
Respetando el infortunio,
Y que cumplimos á un tiempo
Como buenos Castellanos
Y leales caballeros.
(Al conde de Urgel.)
Antes, pues, que en vuestras manos
Al tierno niño entreguemos,
Jurad como embajador,
Y en nombre de vuestro dueño
Don Jaime, conde de Urgel.....

URGEL. ¡Del rey de Aragon!

COND. Es cierto:
Del rey de Aragon.—Jurad,
Cual si lo jurára él mesmo,
Que don Juan será por él
Tratado con el respeto
Debido á su régia cuna.

URGEL. Lo juro.

COND. Tambien queremos
Que, en su nombre, nos jureis
Que no intentará ponerlo
En el trono de Castilla
Por fuerza de armas, á ménos
Que el rey don Fernando intente
Hacer valer sus derechos.....

URGEL. ¡Sus derechos, no! ¡Sus locas
Pretensiones!

COND. Lo concedo:
Sus pretensiones al trono
De Aragon por igual medio.

FADR. Ó tambien cuando nosotros
Se lo exijamos si el nuevo
Rey se negase á guardarnos
Las franquicias y los fueros
Que á los grandes corresponden.

URGEL. Así lo juro.
COND. Y yo acepto
En mi nombre, y el de todos,
Tan solemne juramento.—
Ahora bien, Fernan Gutierrez,
Entrad y decid os ruego
A la reina que aquí aguardan
Se digne favorecerlos
Con su presencia los grandes
Reunidos.
(Fernan Gutierrez saluda y entra por la puerta izquierda.)

ESCENA VI.

DICHOS, ménos FERNAN GUTIERREZ.

COND. *(Al conde de Urgel.)*
Esto es hecho.
Al dar las doce el reloj
De la torre un escuderó
Marchará con órden vuestra
Á hacer que entren en Toledo
Los ginetes que trajísteis,
Porque, escoltados con ellos,
En la litera rëal
Partais los tres con silencio;
Y al nuevo sol proclamamos
Á don Fernando ante el pueblo.

ESCENA VII.

DICHOS, LA REINA, FERNAN GUTIERREZ. Fernan Gutierrez sale por la puerta izquierda y da paso á la reina, que, al ver á los grandes, se pára.

REINA. ¡Ay! ¡Aquí están!.... ¡Ellos son!....
¡Se acerca el terrible instante!....
¡Y no parece el infante!....
¡No llegan los de Aragon!—

¡Cuando en él, y sólo en él
Para resistir confío,
Así me deja, Dios mio!—
¡Incertidumbre cruel!
¿Y cómo me respondió
De la lealtad de don Diego
Si yo misma escuché luégo
Que aquí don Diego ofreció
Que á mi hijo entregaria?
¡Me confundo! ¿Y qué hago ahora?....
¡Gran Dios!.... ¡Va á sonar la hora!....
¡Redoblarán su porfía!....
¿Y cómo hacer resistencia
Si nadie en mi apoyo viene?....

URGEL. *(Á los grandes, que están en el lado opuesto.)*
¡Acabemos!.... ¿Qué os detiene?....

COND. Confieso que la presencia
De esa mujer desgraciada,
Que fué reiña de Castilla,
Y de su reino y su silla
Se ve en un punto arrojada,
En tan solemne momento
Conmueve mi corazon;
Y al contemplar su afliccion
Enternecido me siento.
(Al obispo.)
De vos, don Sancho, quizá,
Cual ministro del Señor,
Con resignacion mayor
La propuesta escuchará.
Tomad.—
(Le presenta un pergamino.)

SANCHO. ¡No, que á toda ley
Á vos os toca, por Dios!—
Sois el Condestable vos,
Testamentario del rey.....
Y, además, que en esta empresa

Sois quien la voz ha llevado,
Y así.....

URGEL. ¡Basta de altercado!—
¡Timidez estraña es esa!—
Dadme.
(*Quiere tomarlo.*)

COND. ¡Eso no!—¡Un estranjero
No le ha de imponer la ley
Á la viuda de mi rey!—
Iré yo mismo primero.
(*Se acerca á la reina.*)
¡Señora!...

REINA. (¡Llegó la hora!)
¿Vais la infamia á consumar?
¡Oh, Dios!....

COND. Si os dignais mirar
Nuestros semblantes, señora,
Ellos os podrán decir
Que, al dar este triste paso,
Lo sentimos tanto acaso
Cuál vos lo podeis sentir.
Mas este duro servicio
Demanda el público bien.—
¡Mostraos grande vos tambien:
Consumad el sacrificio!

REINA. ¿Tan pronto quereis que sea?

COND. Dentro de breves instantes
Debeis partir.—Pero ántes,
Y para que el mundo vea
Que vos, como así es verdad,
Atenta al comun sosiego
Os rendís á nuestro ruego
Con entera voluntad,
Será cuerda prevencion...

REINA. ¿Qué?

COND. (*Presentándole el pergamino.*)
Que pongais vuestra firma
En esta acta, que confirma

Vuestra magnánima accion.
REINA. ¡Mi firma!... ¿Y qué dice ahí?
COND. Nada dice que os asombre:
Lo que ya sabeis. En nombre
De don Juan decís aquí
Que, con entero albedrío,
Renunciais á la corona,
Cediéndola en la persona
De don Fernando, su tio.
REINA. ¿Yo?... ¡Nunca!.... ¡Jamás!....
COND. ¡Señora!...
REINA. ¡Hasta aquí pudo llegar!
COND. ¿Pues qué os importa firmar
Lo que vais á hacer ahora?
FADR. ¿En tan poca estimacion
La fama vuestra teneis
Que en esa firma no veis
Salvada vuestra opinion?
¿Preferís que el mundo diga,
Si no firmais ese escrito,
Que algun oculto delito
En vos el reino castiga?
REINA. ¡Hable el mundo!.... ¡Yo me río
De cuanto pueda creer!—
Lo que no quiero es perder
El amor del hijo mio.
Sin ese escrito cruel,
Donde al ver mi firma es llano
Que maldecirá la mano
Que le arrojó del dosel,
Quizá consiga yo un dia
Que disculpe mi flaqueza
Pintando vuestra fiereza,
Haciendo que mi porfía
Más firme y tenaz parezca,
Mi constancia encareciendo.....
¡En fin, mintiendo, mintiendo
Para que no me aborrezca!

¿Quereis en mi corazon
Con esa horrible venganza
Matar hasta la esperanza
De conseguir mi perdon?

COND. Si decirle os proponeis
Que con violencia tan cruda
De aquí os echamos, ¿quién duda
Que añadir tambien podreis
Que á firmar se os obligó
Usando de igual violencia,
Sin que vuestra resistencia
Fuera bastante?....

REINA. ¡Eso no!—
Vosotros teneis poder
Para arrojar fácilmente
Del trono á un niño inocente
Y á una infelice muger,—
¡Seres que el cielo abandona!—
Y de vuestra fuerza usando
Sacarlos de aquí arrastrando
Y robarles la corona.
Pero no hay poder humano
Que al ente más débil venza
A que su oprobio y vergüenza
Trace con su propia mano.

COND. Reina, por piedad, no así
Dejeis el tiempo pasar,
Y sabed que sin firmar
No habeis de salir de aquí.

REINA. ¡Nunca saldré!

COND. Bien está:
Nadie os forzará, señora:
Vos no saldreis, en buen hora;
Mas vuestro hijo saldrá.
(Hace ademan de dirigirse hácia la puerta de la derecha.)

REINA. ¡Mi hijo!.... ¡No!.... ¡Deteneos!....

COND. Solo le vereis partir,

Pues os negais á cumplir,
Señora, nuestros deseos.

REINA. ¡Hombres viles!....—¡Digo mal:
Hombres, no, tigres sereis,
Que un hijo robar quereis
Del regazo maternal!...

COND. Nunca fué tal nuestro intento;
Mas vos lo quereis...

REINA. ¡Yo!...

COND. ¡Vos!
Y á nuestro pesar...

REINA. *(Aparte.)* (¡Gran Dios!...
¡Acaso en ese aposento
A guardar al hijo mio
El infante se ocultó,
Y no abrirá!)

COND. ¿Firmais?

REINA. ¡No!
(¡En su proteccion confio!)
(El Condestable, oida la repulsa de la reina, se llega á la puerta de la derecha y llama.)

COND. ¡Diego Lopez!
(La reina tiene fijos con ansiedad los ojos en la puerta; ábrese ésta, y aparece Diego Lopez.)

ESCENA VIII.

DICHOS, DON DIEGO.

DIEGO. Vedme aquí.

REINA. (¡No es él!... ¡No es él!... ¿Dónde está?
¡Mi esfuerzo se agota ya!...
¿Qué más exige de mí?...)

COND. Don Diego, llegó el momento.
Juntos aquí estais mirando
A los grandes, esperando
El exacto cumplimiento

De la palabra que dísteis:
Á don Juan nos entregad.

DIEGO. ¡Pronto estoy!... Mas recordad
Que á las doce me digísteis.
(Ganar tiempo me conviene...
¡Imposible es la defensa!...
Pero el infante ¿en qué piensa
Que en tal conflicto me tiene?...)

COND. *(Á la reina.)*
Ya lo oís: cortos instantes
Os restan de vacilar.
Las doce van á sonar.

REINA. *(Con desesperacion.)*
¡Quizá mis sollozos ántes,
Mis gemidos de dolor,
Llenando el lóbrego espacio,
Del fondo de este palacio
Me traigan un defensor!
¿Pensais que á ese inícuo bando
No hay hombre que ponga miedo?
¡Aún hay alguno en Toledo...
Que quizá me está escuchando!—
¡Noble y leal corazon,
En cuya virtud aún creo,
Ven á lograr el trofeo
De esta generosa accion!
¡Ven, acude ántes que suene
La hora fatal en mi oido!...
(La campana del alcázar da las doce.)
¡Ay!... ¡Las doce!...

DIEGO. (¡Soy perdido!)

REINA. ¡Nadie en mi defensa viene!

COND. Don Diego, ¿oís?—Vamos presto.

REINA. ¡Aguardad!...

COND. *(Á la reina.)*
No nos sigais.

REINA. ¡Tened!... ¡Tened!...

COND. ¿Qué mandais?

REINA. ¡Dadme ese escrito funesto!
COND. Tomad.
(Se acerca á ella y le presenta el pergamino.)
REINA. ¡Ya es fuerza que ceda!...
(Firma, y se lo devuelve.)
¡Ahí teneis!—¡Hijo querido,
Perdon... todo lo has perdido...
Sólo tu madre te queda!
(Entra precipitada por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX.

DICHOS, ménos LA REINA.

COND. ¡Al fin triunfamos!—Tomad,
Fernan Gutierrez, y así
Que los dos salgan de aquí
Á los rëales marchad.
(Le entrega el pergamino.)

ESCENA X.

DICHOS, UN ESCUDERO.

ESCUD. Señor, un fuerte escuadron
Á las puertas se presenta,
Y entrar en Toledo intenta.
URGEL. ¿Es de Aragon?
ESCUD. De Aragon.
COND. *(Al conde de Urgel.)*
¡El vuestro será!...
URGEL. No hay duda.
De mi prolija tardanza
Receloso aquí se lanza
A darme amparo y ayuda.
COND. Andad pronto; que éntre luégo.
(Al escudero, que se va.)
Id vos, y vuestra presencia
Logre calmar su impaciencia.

(Al conde de Urgel, el cual se va, calándose la visera.)
Entremos.—Venid, don Diego.
(Entran por la puerta de la derecha, llevándose á Diego Lopez, que los sigue con la mayor turbacion. Así que desaparecen se dirige Fernan Gutierrez á la galería izquierda, y sale por ella don Fernando.)

ESCENA XI.

FERNAN GUTIERREZ, DON FERNANDO.

FERN. ¿Firmó?
GUT. Firmó: vedlo aquí.
(Le entrega el pergamino.)
FERN. ¿Mano tan débil que firma
Este escrito vergonzoso
Podrá regir á Castilla?
GUT. Vuestro teson ya es inútil,
Todo á que cedais conspira.
Perded, señor, la esperanza
De que Aragon os asista
Con gentes de armas.
FERN. ¿Por qué?
GUT. Porque un emisario envia
Para alentar á los grandes
A que la corona os ciñan.
FERN. ¡Justo Dios!....
GUT. Amedrentado
Don Diego les facilita
La entrada, y en este instante
Por las estancias vecinas
Buscando al niño estarán.
¡Si despechados registran
El alcázar, si le encuentran,
Y ciegos se precipitan,
Roto el lazo del respeto,
Á dar á su empresa cima!...

FERN. ¡Con que no hay remedio ya!
¡Con que atajados se miran
Todos los caminos, todos!...
GUT. ¡Uno os queda!
FERN. ¡Sí: el que guia
Á la usurpacion, al crímen,
El que mi pecho horroriza!....
Y en él siento que me arroja,
Aunque el alma lo resista,
Una fuerza incontrastable.....
Mas ¡oh!... ¡Los cielos me inspiran!
¡Su luz resplandece... y veo
La senda por donde limpia
Sabré conservar mi fama
Y salvar de su rüina
El trono de mis mayores!—
¡Tú que ves, sombra querida
De mi rey, el noble intento
Que mi corazon anima,
Dame tu perdon y ayuda!—
¡Ese cetro que me obligan
Á tomar, vara de hierro
Será que la frente altiva
De esos soberbios quebrante!....
¡Inexorable cuchilla
Que ancho camino abrirá,
Regado con sangre inícua,
Por donde el niño inocente
Vuelva al trono de Castilla!....
¡Á ese trono en que yo mismo
He de colocarle un dia!....
¡Á ese trono que mi brazo,
Con la proteccion divina,
Sabrá alzar sobre cimientos
Que firmes y eternos vivan!
GUT. ¡Oh, alma grande y generosa!
Señor, la fausta noticia
Corro á anunciar...

(Óyese á lo léjos un toque de clarin.)

FERN. ¡Aguardad!—
¿Qué es eso?

GUT. Es la comitiva
Del enviado aragonés,
Que al alcázar se aproxima
Á custodiar la litera
Real.

FERN. ¿Y si Dios me envia
El auxilio que esperaba?—
Fernan Gutierrez, aprisa
Bajad, y si son los mios
Dad por señal que repita
Segunda vez el clarin,
Y defended las salidas
Del alcázar: yo os aguardo
En esa estancia contígua.

(Fernan Gutierrez se va apresurado por la galería derecha. Don Fernando desaparece por la de la izquierda.—Óyense en la habitacion de la derecha los gritos de la reina.)

ESCENA XII.

LA REINA, EL CONDESTABLE, DON DIEGO, DON FADRIQUE. LOS GRANDES.

REINA. *(Dentro.)*
¡Asesino! ¿Dónde estás?...
¡No me detengais!... *(Saliendo.)*

COND. *(Á don Diego.)* ¿Qué indigna
Traicion es ésta, don Diego?

REINA. ¡Dejadme salvar su vida!
¡Yo le hallaré!

COND. *(Á don Diego.)* ¿Quién le tiene?

FADR. *(Al mismo.)*
¿Quién?

REINA. ¡Aunque tenga yo misma

Que demoler piedra á piedra
Estas murallas!—¡Daos prisa,
Venid!—Decidme, ¿qué ocultos
Subterráneos, qué guaridas
Hay aquí? ¿Dónde llevais
Á perecer vuestras víctimas?

COND. ¡Señora! ¿Qué estais diciendo?

FADR. *(Á don Diego.)*
¡Aclarad vos este enigma!

DIEGO. ¡No me culpeis!

REINA. *(Á don Diego.)*
¡Traidor, tiembla!
¡Va á presentarse á tu vista
El infante, que está aquí,
Y á castigar tu perfidia!

TODOS. ¡El infante!

REINA. ¡Sí, el infante!...
¡Hermano!... ¡Hermano!...
(Dando gritos.)

COND. ¡Delira!

REINA. ¡No responde!...—Si he cedido
Á vuestros ruegos sumisa,
Si la renuncia he firmado,
Si veis que estoy decidida
A partir, ¿qué más quereis?—
¡Vuestro rencor necesita
Verter su sangre, verdugos!
—¿Por qué?—Yo á remotos climas
Me iré con él... ¡Sí, muy léjos,
Donde no tengais noticia
De su existencia siquiera!...
¡Pero su vida!... ¡Su vida!...
(Cae sin conocimiento en el sillon.—Óyese más cerca el segundo toque del clarin.)

COND. ¡Ese clarin!

FADR. Caballeros,
Registremos con activa
Diligencia este palacio.

COND. Yo, entretanto, la salida
Haré custodiar.

FADR. ¡Corramos!
(Dirígense á la galería derecha. Aparece á la entrada de ella Fernan Gutierrez con soldados aragoneses, que cierran el paso cruzando las lanzas.)

ESCENA XIII.

DICHOS, FERNAN GUTIERREZ, SOLDADOS.

GUT. ¡Atrás!

TODOS. ¿Qué es esto?

COND. ¡Qué miran
Mis ojos!... ¡Fernan Gutierrez!

FADR. ¡Mientras yo la espada ciña
Nadie mis pasos detiene!
(Todos ponen mano á la espada.)

COND. ¡Hernando! ¿Qué significa
Esta traicion? El infante
¿Dónde está?... ¿Quién os envia?
(Ábrese la puerta del foro y se vé el trono. Don Fernando está en pié delante de la silla real: á uno y otro lado los reyes de armas con el pendon de Castilla.)

ESCENA XIV.

DICHOS, DON FERNANDO.

FERN. ¡Ricos hombres, caballeros,
Aquí vuestro rey está!

TODOS. ¡Él es!

COND. ¡Y en el trono ya!

FERN. ¡Envainad esos aceros!

COND. ¡Cediendo á nuestro clamor
Venís el trono á ocupar!

FERN. ¡Yo vengo aquí á ejecutar
La voluntad del Señor!
¡Sí!—Con respeto profundo,
Grandes, doblad la rodilla;
Heraldos, gritad: ¡Castilla
Por el rey don Juan segundo!
(*Baja rápidamente del trono, y deja ver sentado en él al niño don Juan segundo con corona y cetro. La reina, que ha ido poco á poco volviendo en sí, da un grito y corre á abrazar á su hijo, quedando arrodillada ante el trono.—Los grandes se ponen en pié.*)

TODOS. ¡Señor!

FERN. ¡Vana resistencia!
Ya la aragonesa gente
Que me envia fray Vicente
Teneis en vuestra presencia.
Mirad qué os está mejor:
¡Si no elegís el camino
De jurar á mi sobrino
Por vuestro rey y señor
Haré ¡por Dios justiciero!
Escarmiento tan cruel,
Que quede memoria de él!—
Todos aquí, y yo el primero,
Doblemos con sumision
A sus plantas la rodilla.
(*Dobla la rodilla: los grandes le imitan.*)
¡Salud al rey de Castilla!
(*Fray Vicente, que ha aparecido un momento ántes á la entrada de la galería derecha, se acerca á don Fernando, seguido de los grandes de Aragon, y tomando la corona real, que le presenta un paje, la coloca en la cabeza del infante.*)

ESCENA XV.

DICHOS, FRAY VICENTE.

FR. VIC. ¡Salud al rey de Aragon!
FERN. ¡Qué es esto!
FR. VIC. Dios galardona
La virtud. ¡Renunciais vos
Aquella corona, y Dios
Os envia esta corona!
FERN. ¡Padre! ¿Es sueño?
FR. VIC. No lo es.
Los nueve jueces nombrados
Por los tres grandes estados
Del imperio aragonés,
Oimos en Caspe ya
Con sumision reverente
La voz del que solamente
Tronos quita y tronos da:
Y el fallo solemne dando,
Que el pueblo acata cual ley,
Alzamos por nuestro rey
Al infante don Fernando.
FERN. ¿Y el conde de Urgel?
FR. VIC. Del trono
Lanzado y del reino fué;
Pero ya Aragon se ve
Libre de su fiero encono.
FERN. ¿Cómo?
FR. VIC. Llegaba mi gente
A este alcázar, y un guerrero
Con ademan altanero
Penetrar no les consiente.
Insisten ellos, y él,
Alzándose la visera,
«¡Yo soy!» les grita; y él era.
TODOS. ¡El era!
FR. VIC. ¡El conde de Urgel

En vuestro poder está!
FERN. ¡En Aragon nos veremos!
FR. VIC. Pues allá, señor, marchemos:
Un trono os espera allá.
(*La reina, que ha bajado á su hijo del trono, se acerca con él al infante.*)
REINA. Permitid ántes, hermano,
Á esta madre, á este inocente,
Que su gratitud ardiente
Sellen en tan noble mano.
(*Quiere besársela: don Fernando se lo impide.*)
FERN. Esa gratitud, señora,
Probádmela de otro modo.
REINA. ¡Mi vida!... ¡Mi sangre!... ¡Todo!...
¿Qué quereis?
FERN. Sabréislo ahora.
Grandes, acercaos á mí.
(*Los grandes, que estaban retirados, se acercan en ademan respetuoso.*)
Lo que en recompensa quiero
Es que en la cruz de este acero
Me jureis, señora, aquí,
Que por vos no ha de saber
Nunca el rey este atentado:
Que no empiece su reinado
Empezando á aborrecer.
Si así lo haceis, os prometo
Que este escrito no verá
En que vuestra firma está.—
(*Presentándole el pergamino.*)
Acaso celo indiscreto,
Más que deslealtad traidora,
Orígen del yerro ha sido:
Dése ya todo al olvido.—
Ellos tambien desde ahora,
En fé de sentirlo así,
Juran eterna lealtad.

Señora, llegad: llegad,
Amigos.—¿Lo jurais?

LA REINA Y LOS GRANDES. (*Asiendo las manos del infante.*)
¡Sí!

FERN. De vuestros votos sinceros
Salgo fiador, castellanos.
¡Jurásteis como cristianos,
Cumplid como caballeros!
(*Les presenta el niño: los grandes se arrodillan ante él.*)

COND. ¡Castilla á don Juan se humilla!

FERN. Contento parto á Aragon.

FR. VIC. (*Estendiendo las manos sobre ambos.*)
¡Dios eche su bendicion
Sobre Aragon y Castilla!

FIN.

LA TUMBA SALVADA

LOA

REPRESENTADA EN EL TEATRO

DEL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID

con motivo de la solemne traslacion de los restos del príncipe de los poetas dramáticos españoles

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

VERIFICADA EL DIA 18 DE ABRIL DE 1841.

PERSONAS.

LA IGNORANCIA.	EL INGENIO.
EL TIEMPO.	LA RELIGION.

LA TUMBA SALVADA.

Decoracion de ruinas.—EL TIEMPO encadenado á los piés de LA IGNORANCIA, que tendrá corona y cetro.

(MÚSICA LÚGUBRE.)

Encadenado el Tiempo
A mis plantas está:
Cetro mi mano ostenta,
Mi sien corona real.
¡Mortales, silencio,
Silencio guardad!

IGNORANCIA.

¡Cuán dulce suena en mi oido
Ese lúgubre cantar,
Bostezo del negro infierno,
Con que adormece al mortal!
En vano á veces del cielo
Rara centella fugaz
Á iluminar de los hombres
La oscura mente vendrá:

Mi helado soplo do quiera
Sabrá su lumbre apagar,
Ya de algun bárbaro pueblo,
Ya de algun rey suspicaz
Moviendo el ánimo altivo
A romper y destrozar
Feroces los monumentos
Que elevó la antigüedad.
Así en Egipto, guiado
De mi influjo, el fiero Omar
Mi imperio afirmó sombrío;
Pues por contraria al Coran,
La biblioteca abrasando
De Alejandría, en voraz
Incendio despareció
Toda la ciencia oriental.
Así tambien, revestida
Con el sagrado disfraz
De la pura fé, erigí
El tremendo tribunal
Que el pensamiento en sus hondos
Calabozos supo ahogar.
Y, en fin, así encadenado
¡Oh, Tiempo! á mis pies estás,
Y repite mis acentos
Diciendo el coro infernal...

CORO.

Encadenado el Tiempo
A mis plantas está, etc.

TIEMPO.

Pesa esta mano, y no en vano,
Sobre cuanto existe, sí;
Y pues tú existes, es llano
Que tambien pesa esta mano
¡Oh, Ignorancia! sobre tí.
En balde á dura cadena
Tu ceguedad me condena,
Que tu imperio ha de acabar
Cuando acaben de pasar
Aquesos granos de arena.

IGNORANCIA.

Con mi férreo cetro yo
Romperé el vil instrumento
Que mi fin simbolizó.
(Da furiosa con el cetro sin poder tocar el reloj.)

TIEMPO.

Dará tu cetro en el viento.

IGNORANCIA.

¡Que no he de tocarlo!

TIEMPO.

¡No!
Que ese instrumento que ves

Símbolo impalpable es,
Y él te dice que, si hoy puesto
Estoy á tus pies, muy presto
Tú has de mirarte á mis pies.
Pues ¡cómo! ¿Es tu orgullo tal,
Y tan ciega tu demencia,
Que quieras ser inmortal
Contra la ley natural
De toda mundana esencia?
Nada ha de librarse, no,
De esa ley que estableció
Dios en su arcano profundo:
¡Hasta un dia señaló
En que ha de morir el mundo!

IGNORANCIA.

Hasta entónces mi poder
Moverá á los hombres guerra;
Que, si inmortal no he de ser,
Sabré al ménos perecer
Cuando perezca la tierra.

TIEMPO.

Te engañas: antes será;
Que más gallardo y lozano
Á renacer luégo va
El Ingenio, que tu mano
Sepultó.—¡Míralo ya!

(Música dulce. Una llamarada resplandece entre las ruinas: al disiparse aparece, saliendo de su fuego, EL INGENIO.)

¡Destello refulgente
De la llama inmortal que el cielo alumbra,
Por quien la humana mente
Á la region olímpica se encumbra:
Si la Ignorancia pudo
Hundirte en las tinieblas, y desnudo,
Celeste Ingenio, de la luz divina
Que tu frente ilumina,
El hombre daba en vergonzosa calma
Á los sentidos vida, muerte al alma,
Renace ya á mi voz: las alas tiende,
Vuela, los aires hiende,
Y lleva á todas partes
La antorcha de las ciencias y las artes!

INGENIO.

Tiempo, que con recóndito poder,
El orbe todo dominando estás;
Que entre el dolor vagando y el placer
Impasible á tu fin marchando vas;
Que hombres, tronos, riquezas, honras, ser,
Alzas, hundes, repartes, quitas, das;
De cuanto existe eterno animador,
Y de tus mismas obras destructor:
¡Hora es ya que con ímpetu viril
Rompas el cetro á la Ignorancia audaz,
Que en negra oscuridad por siglos mil
Cubrió del mundo la tendida faz!
¡Hora es ya que pincel, lira y buril,
Bellas ramas del árbol de la paz,

En lienzo, en son, en bronce, eternos den
Gloria á mi nombre, lauros á mi sien!
Yo haré del Alpe al Etna resonar
Segunda vez los cantos de Maron;
Yo encenderé desde Pirene al mar
El fuego de Rioja y de Leon;
Yo haré en su misma tumba germinar
Las cenizas del grande CALDERON...

TIEMPO.

Detente ya, que pues su nombre oí
Á obedecerme vas: escucha.

INGENIO.

Dí.

TIEMPO.

En el recinto famoso
De la coronada villa
Que con humilde susurro
Manzanares acaricia,
Y á quien hizo, el que dos puentes
Enormes le puso encima,
Que dos sarcasmos de piedra
Tuviera siempre á la vista:
En aquella córte, esfera
Donde con llama benigna
De la SEGUNDA ISABELA

El sol refulgente brilla,
Cercano al famoso sitio
Á quien llamó la morisma
La Almudena, y hoy es templo
De la sagrada María,
Otro templo más humilde
Verás, que frontero mira
Á la torre que aún recuerda
Los laureles de Pavía (1).
El Salvador es llamado;
Caduca fábrica antigua,
Que ya á mi peso se rinde
Y va á desplomarse en ruinas.
Allí, en el rincon oscuro
De solitaria capilla,
Que con trémulos reflejos
Una lámpara ilumina,
Hay un sepulcro, que nadie
Por lo modesto diria
Que encierra en su helado centro
De alto varon las reliquias.
No pórfidos lo sustentan.
Ni alabastros lo cobijan,
Ni sobre él descuella mármol
Quien yace dentro ceniza.
Mas allí los restos yacen
Del claro Ingenio que un dia
Á España admiró, y ahora
A España y al mundo admira.

(1) La torre de los *Lujanes*, en la *Plaza de la Villa*.

Del que á su placer moviendo
Ora al llanto, ora á la risa,
Desde el celoso Tetrarca
Al Jardin de Falerina
Agotó cuantos donaires,
Cuantos conceptos la rica
Habla castellana ofrece
Á la hermosa poesía;
Del que, noble por alcurnia
(Como en su pecho lo indica
Del santo patron de España
Grabada la roja insignia)
Á la nobleza heredada
Supo juntar la adquirida,
Inspirando en dulces versos
Amor puro, amistad fina,
Orgullo sin vanidad,
Emulacion sin envidia,
Honor, lealtad y firmeza,
Discrecion y valentía.
Y, en fin, ¿para qué me canso
Cuando basta que te diga:
¡Calderon! que en este nombre
Todo lo grande se cifra?
Más de treinta lustros son
Que yace allí, y se aproxima
El instante en que, cediendo
Á su pesadumbre misma,
La bóveda se desplome,
Que en sus cimientos vacila,
Y la ilustre tumba quede

Entre escombros confundida.
Si impedir quieres que de ese
Torpe olvido la ignominia
Caiga sobre la presente
Generacion, parte aprisa;
Que en Madrid hallarás almas
Generosas, que á porfia
Sepan dar al gran poeta
Tumba de su nombre digna.

INGENIO.

Antes que el golpe descargues
Rayo seré que divida
Los aires, y á la alta empresa
Mueva la córte y la villa.

(Al son de una música agitada, una nube de vapor envuelve al INGENIO y desaparece. LA IGNORANCIA vuelve de su letargo con movimientos convulsivos.)

IGNORANCIA.

¡Ah! ¡Qué escucho!.. ¡Pese á mí!
¡Á su fin mi imperio toca!
Mentida esperanza loca,
¿Por qué me halagáste así?
Ya raudo el Ingenio hiende
Sobre las alas ligeras
De los vientos las esferas,
Y á los mortales desciende.
Mas no importa: su inconstancia

Dilatará mi agonía:
Que no perece en un dia
El reino de la Ignorancia.
Y, en tanto, pues el poder
Que el cielo te dió no es tal
Que del curso natural
Puedas la ley suspender,
Y el edificio que encierra
Esos restos muy en breve
Á tu mismo impulso debe
Igualarse con la tierra,
Yo haré que sordo al clamor
Del Ingenio el hombre sea,
Y en calma estúpida vea
Su cercano deshonor,
Sin que ninguno en sus hombros
La tumba mísera tome;
Y que el templo se desplome
Y la esconda en sus escombros.

TIEMPO.

Pasa la arena veloz,
Y ya cercana contemplo
La ruina del santo templo:
¡Y aún no se escucha una voz!
¿Será que el letal beleño
Que la Ignorancia esparcia
Te adormezca todavía
¡Oh, Madrid! en torpe sueño?
¿Será en vano que rasgando

La venda que te cegaba,
Y de tu cerviz esclava
El férreo yugo arrancando,
El ardiente patriotismo
De tus hijos dispertase
Para que de tí arrojase
El mónstruo del fanatismo?
Tú, que en la futura edad
Mostrarte quieres ufana
Con la pompa soberana
De tu antigua majestad,
¿Será que ignores la gloria
Que da á las cultas naciones
De sus ilustres varones
Saber honrar la memoria?

(Pausa.)

¡Hondo silencio domina!..
¡Cruje el templo vacilante!..
¡La arena pasa!—¡El instante
Llega ya de su rüina!

IGNORANCIA.

¡Llega, sí!.. Tu vano ardid
No me arranca este trofeo:
¡Que ya el templo hundirse veo...
Y no responde Madrid!

TIEMPO.

¡Tanto cede á tus engaños!..

¡Tanto tu poder se arraiga!

IGNORANCIA.

¿Quieres que en un dia caiga
Imperio de tantos años?

TIEMPO.

Y tú, Ingenio, ¿no has de hallar
Un corazon?..

IGNORANCIA.

No le halla.
¿Oyes?.. ¿Oyes?—¡Madrid calla
Y el instante va á llegar!
¡Ah! ¡Llegue presto!—¡Salid
Veloces, granos de arena!
¡Pasad!.. ¡Caed!..—Mas ¿qué suena?..

TIEMPO.

¡Ah!.. ¡Ya responde Madrid!
(Música dulce y lejana.)

CORO, distante.

¡Venid, madrileños,
Venid á mi voz:
Salvemos la tumba
Del Gran CALDERON!

IGNORANCIA.

¡Huid, madrileños!
Despreciad la voz
Que intenta halagaros
Con vana ilusion.
¿Qué os importa, amigos,
Que perezca ó no
La tumba de un hombre
Que á lances de amor,
Á usadas intrigas
De pobre invencion,
Á fútiles versos
Su ingenio aplicó?—
¡Oh, cuán perezoso
Camina el reloj!

TIEMPO.

El concurso acude
Cada vez mayor,
Y al templo dirije
Su paso veloz....

CORO, de más voces y más cerca.

¡Salvemos la tumba
Del gran CALDERON:
Salvemos al padre
Del drama español!

IGNORANCIA.

¡Oh, rabia!—¡Teneos;
Que insultais á Dios
Consagrando á un hombre
La ardiente oracion
Que sólo es debida
Al Sumo Hacedor!
¡Cercano el instante
Señala el reloj!

TIEMPO.

¡Ya Madrid entero
Al templo llegó!

CORO, mayor y aún más cerca.

¡Entremos, salvemos
De vil deshonor
La tumba gloriosa
Del gran CALDERON!

IGNORANCIA.

¡Oh! ¡Pese al infierno!
¡Desoyen mi voz!
Mas ¡ay! ¡Aún es tiempo
De que triunfe yo!....
¡Los últimos granos,

Los últimos son!....
¡Ya llegó la hora!....

(Campanada.)

¡El templo se hundió!

(Gran ruido de desplomarse un edificio.)

TIEMPO.

¡Salvóse la tumba
Del gran CALDERON!

(Descúbrese en el foro un magnífico templo, en cuyo centro se eleva el sepulcro de Calderon, con su retrato ó busto, iluminado todo de un vivo resplandor. Al pié del sepulcro está LA RELIGION: á sus piés EL INGENIO adorándola. Al mismo tiempo que esto aparece, la corona y cetro de LA IGNORANCIA caen al suelo, y ella tambien á los piés de EL TIEMPO, que le ha echado encima las cadenas, y amagándola con la segur la señala el sepulcro. Música brillante.)

CORO.

Madrid generoso
La tumba salvó
Del ínclito padre
Del drama español.
¡Rindamos honor
Al poeta que admira la tierra,
Al genio sublime del gran CALDERON!

RELIGION.

La cristiana Religion

Te acoge en su templo santo,
Y te cubre con su manto
Tumba del sabio varon.
En esta augusta mansion,
Donde postrado el mortal
Adora al Ser eternal,
Descansa en tranquila calma,
Como descansa su alma
En la mansion celestial.

(Dirigiéndose á LA IGNORANCIA.)

Y tú, aborto del abismo,
Que hicíste al mundo temblar
Mostrándole en mi lugar
El monstruo del fanatismo,
Ya del largo parasismo
En que sepultado fué
Despierta el hombre, y me ve
En mi forma verdadera,
Sin mas puñales ni hoguera
Que la esperanza y la fé.
En estos dones me fundo:
Que con la fé y la esperanza
Gloria en los cielos se alcanza
Y tambien gloria en el mundo.
Que sin el celo profundo
Que da la fé al corazon,
Sin el punzante aguijon
De la esperanza de nombre,
No hallára en su pecho el hombre
El fuego de inspiracion.

De esa inspiracion divina,
Rayo de lumbre fulgente,
Que purifica la mente
Y á los cielos la avecina:
No de la que el alma inclina,
Satánica inspiracion,
Á romper de la razon
Y de la virtud el freno,
Y revolcarse en el cieno
De su indómita pasion.
¡Ingenios de España, huid
Esa inspiracion bastarda,
Y del que esa tumba guarda
El alto ejemplo seguid!
No siempre en amarga lid
Rendido el hombre sucumba
Si el vicio en torno retumba:
No le pinteis despeñado
Y de Dios abandonado
Buscando amparo en la tumba.
No será: que al contemplar
Ese pueblo que á porfía
En este solemne dia
Sabe las letras honrar,
Puedes ¡oh, España! exclamar:
«¡Alzo mi frente serena,
Y espero, de gozo llena,
Que tendrán con nuevo brillo,
La Pintura otro Murillo,
Y otro Calderon la Escena!

CORO.

Madrid generoso
La tumba salvó
Del ínclito padre
Del drama español.
¡Rindamos honor
Al poeta que admira la tierra,
Al genio sublime del gran CALDERON!

POESÍAS LÍRICAS.

IMITACION DE LOS SALMOS.

¡Ay! ¡No vuelvas, Señor, tu rostro airado
Á un pecador contrito!
Ya abandoné, de lágrimas bañado,
La senda del delito,

Y en tí humilde ¡oh, mi Dios! la vista clavo;
Y me aterra tu ceño,
Como fija sus ojos el esclavo
En la diestra del dueño.

Que, en dudas engolfado, hasta tu esfera
Se alzó mi orgullo ciego,
Y cayó aniquilado cual la cera
Junto al ardiente fuego.

Si en profano laud lanzó mi boca
Torpes himnos al viento,
Yo estrellaré, Señor, contra una roca
El impuro instrumento.

¡Levántate del polvo, arpa sagrada
Henchida de armonía!
¡Y tú, por el perdon purificada,
Levántate, alma mia!

Y yo tambien al despuntar la aurora,
Y por el ancho mundo,
Cantemos de la diestra vengadora
El poder sin segundo.

Te cantaré ¡oh, mi Dios! cuando te plugo
Bajo tu amparo y guia
Á Israel acoger, que bajo el yugo
De Faraon gemia.

Del tirano en el pecho diamantino
Pusíste fiero espanto.
Tembló: tu brazo conoció divino;
Soltó tu pueblo santo.

El mar lo vió y huyó: de enjuta arena
Ancha senda le ofrece;
Síguelo Faraon...—¡La mar serena
Lo traga, y desparece!

Viólo el Jordan y huyó: monte y collado
Cual tierno corderillo
Saltaron de placer: el risco alzado
Cual suelto cabritillo.

¡Oh, mar! ¿Por qué tus aguas dividíste
Y á Faraon tragáste?
¿Por qué, humilde Jordan, retrocedíste?
Monte ¿por qué saltáste?

¡Ante el Dios de Jacob tembló la tierra;
Las trompetas sonaron;
Paróse el sol, y *Gabaon* se aterra,
Y los tuyos triunfaron!

Y brotáste, Señor, de piedra dura
Agua en mansa corriente,
Y aplacó de tu pueblo su dulzura
Allí la sed ardiente.

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
»Al que enjugó tu lloro:
»Acompañe la cítara tu canto
»Y el tímpano sonoro.»

Lánzase al hondo mar, con mente ciega,
Osado el marinero,
Y pide al polo el que la mar le niega
Ya borrado sendero.

Huye á tu voz el céfiro süave;
Y el hondo mar turbando
Cruzan los vientos, y la triste nave
Combaten rebramando.

Ya sube al firmamento, ya desciende
Al abismo horroroso;
Ruge el trueno; veloz el aire hiende
Tu rayo fragoroso.

Gime el nauta y te implora, y aplacado
Lo miras con ternura.—
El vendabal es céfiro: el hinchado
Mar tranquila llanura.

«Canta, Israel, etc.»

Los tiranos del mundo en liga impía
Para el mal se adunaron,

Y á la incauta Israel «¡Dios nos envia!»
Desde el sólio gritaron.

Y entre sí concertados: «¡Fiera lucha
»Al justo renovemos:
»Blasfememos, que Dios no nos escucha;
»Dios no vé: degollemos!»—

Dijeron, y no son.—Su raza impía
Cual humo se deshizo.—
¿No oirá quien dió el oido? ¿No vería
El que los ojos hizo?

«Canta, Israel, etc.»

Los ímpios que tus casas allanaron
De uno al otro horizonte,
Y con hachas sus puertas destrozaron
Como leña del monte;

Los fuertes que se alzaban, cual montaña
Que á las nubes se eleva,
Desparecieron como débil caña
Que el huracan se lleva.

Los robustos de *Edón* y los tiranos
De *Moáb*, ¿qué se hicieron?
¡El Señor los miró, y abrió sus manos,
Y al abismo se hundieron!

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
»Al que enjugó tu lloro:
»Acompañe la cítara tu canto
»Y el tímpano sonoro.»

1826.

EL CANTO DE LA ESPOSA.

(Imitacion del *Cantar de los Cantares.*)

Ven á tu huerto, Amado,
Que el árbol con su fruto te convida,
Y el céfiro callado
Espera tu venida:
Tú al céfiro y al huerto das la vida.

La aurora nacarada
Desdeña esquiva la purpúrea rosa
Á la tierra inclinada:
La abeja silenciosa
Ni en torno gira, ni en la flor se posa;

Ni á su consorte halaga
El ruiseñor, sin tí, cantando amores;
Ni mariposa vaga
Entre las gayas flores
Desplegando sus alas de colores.

Ven á tu huerto, Esposo;
Ven á gustar las sazonadas pomas
En mi seno amoroso;
Ven, que si tú no asomas
Sin tí mi seno es huerto sin aromas;

Ven, que por ese prado
El Sol ardiente tus mejillas tuesta:
Aquí el roble copado
Blanda sombra nos presta,
Y en mi regazo pasarás la siesta.

Yo duermo en mi morada;
Mas del Esposo el corazon velando
Espera la llegada.
Ya oí su acento blando:
El Esposo á mi puerta está llamando.

EL ESPOSO.

Abre, Esposa querida;
No te detengas, no, consuelo mio;
Abreme por tu vida,
Que yerto estoy de frio:
Mis cabellos cubiertos de rocío.

LA ESPOSA.

¡Ay! ¡Que el desnudo pecho
Temo al aire sacar, Esposo amado,
De mi caliente lecho!
¡Ay ¡Que el pié delicado
Temo llegar al pavimento helado!

Sus dedos el Esposo
Entró por los resquicios de la puerta:
Á su tacto amoroso

Mi corazon despierta,
Y toda tiemblo avergonzada, incierta.

Alcéme presurosa
Para abrir al Esposo que esperaba,
Y mirra muy preciosa
Mi mano destilaba,
Que corrió por los gonces de la aldaba.

Mas el Esposo amado
No me esperaba ¡ay, triste! y era ido
Celoso y despechado.
¡Mi acento dolorido
Llámalo, y no responde á mi gemido!

Los guardas me encontraron
Que la ciudad custodian, y me hirieron,
Y el manto me quitaron
Como sola me vieron
Y ramerilla pobre me creyeron.

Doncellas de Judea,
Si por dicha encontrais mi fugitivo
Decidle que no sea
Con su adorada esquivo,
Que ya morada y lecho le apercibo.

¿Conoceis, por ventura,
Castas doncellas, á mi Esposo ausente?
Gallarda es su figura
Como el cedro eminente,
Y bruñido marfil su tersa frente.

Conocereis quién sea
Si al verle os encendeis en fuego vivo.
Doncellas de Judea
Traedme al fugitivo,
Que amor y Esposa y lecho le apercibo.

1825.

Á DON MARIANO ROCA DE TOGORES

(HOY MARQUÉS DE MOLINS)

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

EPÍSTOLA.

Hay en la vida lágrimas, Mariano,
Que la amistad contempla silenciosa
Porque enjugarlas intentára en vano.
Al que las llora en la reciente losa
De un sepulcro, do en flor arrebatada
La dulce prenda de su amor reposa,
No con usados pésames le agrada
Ver en el llanto que á sus solas vierte
La majestad de su dolor turbada.
¿Pues quién, mi caro amigo, de otra suerte
Antes que yo consuelos te ofreciera?—
Si heridas que feroz abre la muerte
Mano mortal cicatrizar pudiera,
¿Cuál para tí, cuál otra que la mia
Más diligente y cariñosa fuera?—

Contigo me crié, contigo un dia
En las aulas bebí de *San Mateo*
El fuego de la hermosa poesía.
Aún me parece que vagar te veo
Con precoz gravedad cuando sonaban
Las suspiradas horas de *recreo*,
Mientras otros, astutos, se burlaban
Del *ayo inexorable*, y bulliciosos
Por el talado *jardinillo* andaban.
Allí vimos brotar los generosos
Alientos de cien jóvenes, que ahora
Son en ciencia y valor nombres gloriosos.
Allí rayar en su brillante aurora
De *Espronceda* ¡oh, dolor! el genio ardiente,
Que el soplo de la muerte heló á deshora.
Allí *Leon* el ánimo valiente
Apercibia á la inmortal jornada
Que vió de Huesca la asombrada gente.
Allí *Pezuela*, en lira delicada,
Probó la diestra que empuñar debia
La épica trompa y la fulmínea espada.
Allí *Ochoa*, de ciencia y poesía
Apurando el raudal con noble empeño,
Labraba su futura nombradía.
Allí, en tono ora grave, ora risueño,
Rico de inspiracion, sonaba el canto
De *Felipe*, el satírico limeño.
¡Allí otros mil!.. .—¡Oh, fugitivo encanto!
¡Oh, sonrisa primera de la vida,
Recuerdo de placer, que arranca llanto!
¿Y qué, Mariano, la ilusion perdida

De la edad infantil en noche oscura
Nos dejó acaso el alma sumergida?
¿No hay ya un rayo de luz serena y pura?
¿Es este mundo una region de duelo,
De desesperacion y de amargura?
¡No, no es verdad!—Del nebuloso cielo
Del negro Septentrion esa herejía
Vino *en traje francés* á nuestro suelo.
¡Todos pecamos!—Yo tambien un dia,
Gimiendo á drede, por seguir la usanza,
Vime arrastrado en la comun manía
A esa *espelunca*, do á leer se alcanza
Sobre la puerta con azufre escrito:
«*¡Ay! ¡Dejad, los que entrais, toda esperanza!*»
Allí en verso troton, y á voz en grito,
Lloraba su *vejez anticipada*
Un melenudo imberbe mancebito.
Otro de la *romántica* pleyada,
Que tres lustros de edad mostraba apénas,
Al blando arrullo de niñez mimada
Lloraba desengaños á docenas
De esta *imperfecta* sociedad, que al hombre
Ata al nacer con grillos y cadenas.
Y porque más su desventura asombre
¡Quejábase tambien de estar *minado*
De una secreta enfermedad *sin nombre!*
¡Era un vivir aquel desesperado!
Sólo se oia en recia taravilla:
¡Maldicion! por un lado y otro lado.
Por fin, de aquella fiera pesadilla
Conseguí despertar con trasudores

A las voces de *Lista* y *Hermosilla*.
Y al contemplar de nuevo los albores
Del sol, que en torno á mí la densa bruma
Disipaba con vivos resplandores,
Dije: ¡Gracias á Dios!—Pues ni me abruma
La sociedad, ni anillo con veneno
Llevo, ni tengo mal que me consuma,
Ni he sido de fortuna tan ajeno
Que un fiel amigo, una mujer constante
No hallase alguna vez, yo no soy bueno
Para tanto gemir.—¡Extravagante
Empeño es sepultarse de por vida
En el infierno bárbaro del *Dante*,
Y no vagar, con alma embebecida
En trinos de aves y en olor de rosas,
Por los jardines mágicos de *Armida!*
Mis ojos otra vez á las hermosas
Regiones se alzan del sereno polo
Á buscar sus deidades fabulosas;
Que yo la lira del crinado Apolo,
Que invoqué tantas veces al rüido
De las doradas ondas del Pactolo,
No he de trocar por el feroz graznido
Del repugnante pájaro que viene
Del hedor de las tumbas atraido.
Y prefiero las aguas de *Hipocrene*
Á esas lagunas cenagosas, donde
Blanca fantasma su morada tiene,
Y al que pide favor sólo responde
Con un ósculo hediondo y un acero
Que entre los pliegues de su manto esconde.

Álcese *Byron* de su númen fiero
En las alas flamígeras, y escoja
Á su espíritu audaz nuevo sendero.
Tímido el mio á tanto no se arroja,
Y me conduce por la usada huella
Que en dulce resplandor bañó *Rioja*.
¿Tan escasa de luz brilló la estrella
De las clásicas musas? Si el auxilio
Invocaba *Boscan* de Erato bella,
¿No deleitaba en pastoril idilio?
¿Tan mal la trompa de *Caliope* suena
En los cantos de *Homero* y de *Virgilio*?
¡Y tú, *Mariano*, que en la amarga pena
Á que el humano esfuerzo no resiste,
Derramas de tus ojos larga vena!
Si algun consuelo á tu dolor existe
Sólo en las musas le hallarás acaso:
¡Sí, que tambien para el que llora triste
Tiene lágrimas dulces el Parnaso!
Las que en *el lamentar de dos pastores*
Vertió sin duelo el tierno *Garcilaso*.
¡Y ya que el golpe irreparable llores,
Corra al son de la cítara tu llanto:
Que del que viertas tú nacerán flores!
¡Ven, y hallarás el bálsamo que un tanto
Alivie tu mortal melancolía
En la antigua amistad y en el encanto
De la consoladora poesía!

Julio de 1842.

LA AGITACION.

¡Imposible arrancar del alma mia
Sino acentos de amor!.... ¡Caber no puede
Donde impera tu imágen adorada
Sino amor, sólo amor!.... ¡Cuanto solia
Mi pecho conmover..... ya todo cede
   Á la ardiente mirada
   De tus luceros bellos!
Mal mi grado á sus mágicos destellos
Mi turbulenta vida está sujeta.
Como al influjo de fatal cometa
Cede el bajel al ímpetu rugiente
   Del huracan sañudo,
Y al puerto amigo arrebatarse siente,
Ó vá á estrellarse en el peñasco rudo,
Así en la fiebre, do anhelando gira
   Este alma delirante,
   Tus ojos son, Amira,
Los que entre el puerto y el peñasco errante,
Sin eleccion, perdido el albedrío,
La oscilacion del huracan le imprimen,
   Y en ciego desvarío
Lánzase á la virtud, lánzase al crímen.
¡Y este vaiven contínuo, esta perpétua
Conmocion es la vida!—¡Cuántas horas
   Mudo, yerto, insensible
Como la piedra en que sentado estaba,
En seguir las sonoras

Ondas de la corriente que pasaba
Inerte consumia!
¡Cuántas, la vista atenta,
Iba siguiendo estúpida la lenta
Sombra que en derredor del tronco huia!
Campo de soledad, yo te buscaba
Porque el mundo decia
Que la felicidad en tí habitaba,
Y en aquel corazon que la invocaba
Su misterioso bálsamo vertia.
¡Mi corazon de fuego
En tí no la encontró: floresta umbría,
Silenciosa montaña, campo triste,
Yo la paz de la vida te pedia,
Tú la paz de la tumba me ofreciste!
Felicidad, ¿dó estás?—¡Este vacío
Que al dilatarse el corazon no llena,
Ven, ocúpalo tú!—Si ronco suena
El guerrero clarin, y á la matanza
El hombre vuela contra el hombre, dime:
¿Bastaráme empuñar la férrea lanza
Y á la pugna volar? Cuando mi diestra,
Al son triunfal de los preñados bronces,
En sangre bañe la mortal palestra
Misteriosa deidad, ¿te hallaré èntónces?—
En el tropel del mundo
Yo tambien te busqué. Torvo guerrero,
Sobre carro veloz, de lauro ornado,
Agitando el acero,
En lágrimas y sangre salpicado,
Raudo al cruzar la turba peregrina,

«¡Felicidad, felicidad!» clamaba.
Y, en tanto, «¡Aquí domina!»
Otro desde la tumba me gritaba.
¿En la vida? ¿En la muerte?
¿Dónde estás para mí?—¡Silencio mudo!
¡Y las horas corrian!....
¡Y los años volaban!....
¡Las hojas de los árboles caian.....
Las hojas de los árboles brotaban!—
Una mujer con su flotante velo
Tocó al pasar mi frente:
Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
Mis entrañas temblaron de repente,
Los brazos tiendo á la fantasma bella;
Mas, al asirla, alzada
Ví un ara ante mis piés, y detrás de ella
Mi vision adorada,
Y un misterioso acento que decia:
«¡Profanacion..... delito!»
Y en su abatida frente se leia
Un juramento escrito.
¡Mi planta no, mas de mi pecho ciego
Llegó un lamento á penetrar su oido,
Y en sus trémulos lábios tocó el fuego
De mi ardiente gemido!
Abrió sus ojos por la vez primera,
Dejándome con sóla una mirada
En devorante hoguera
Toda el alma abrasada.
¡Ah! ¿Qué me importa? ¡Agitacion sublime
Yo te adoro! ¡Tú eres

Alma de mi existencia!—¡Oprime, oprime
Un corazon á quien la calma espanta;
Inunda, inunda mi mejilla en lloro:
Clamar me oirás entre congoja tanta:
Agitacion sublime, yo te adoro!

1832

Á DON JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS

CONTESTANDO Á UNA CARTA SUYA EN TERCETOS EN QUE ME PEDÍA HORA PARA HABLARME.

«¡Si en la frente del hombre se leyeran
Escritos los afanes de su pecho,
Cuántos, que envidia dan, lástima dieran!»
Esto en algun momento de despecho
Dijo el buen *Metastasio* en italiano:
Ponerlo en español es lo que he hecho.
Y con ese terceto que te hilvano
Tus dos primeros contestados dejo;
¿Me entiendes, Amador?—Vamos al grano.—
No pienses, caro amigo, que me quejo
Del importuno enjambre pretendiente
Que en pos me sigue, impávido cortejo.
No me quejo de ver que se presente
Uno á quien nunca ví, ni me hace falta,
Y me diga: «¡Aquí estoy!.. ¡Soy tu pariente!»
No me quejo del sandio que me asalta
Porque le gusta la *casaca roja*
Y quiere que le dé la *Cruz de Malta*.

Ni del chinche á quien verme se le antoja
Cuando voy á afeitarme ó á vestirme,
Y si no le recibo se me enoja.
Ni de los que me aguardan á pié firme
En el portal de casa, en la escalera,
Sin poder de sus garras desasirme.
Ni de la viuda cócora y parlera
Que me repite siempre el estribillo
De que le den seis pagas tan siquiera.—
«¡Vamos, sáqueme usted un socorrillo!
Usted lo puede hacer en un momento;
Usted tiene á la reina en el bolsillo.» (1)
No me quejo, Amador, no me lamento
De esa turba procáz; que, al encumbrarme,
Ya esperaba sufrir este tormento.
De quienes debo con razon quejarme
Es de amigos cual tú; sí, de tí sólo,
Que pides hora y sitio para hablarme.
¡Y vive San Francisco Caracciolo!
Que á no venir tu ruego impertinente
En el idioma del celeste Apolo,
Circunstancia que ha sido suficiente
Á desarmar mi enojo, la respuesta
Fuera una interjeccion poco decente,
Mas no quiero reñir: pase por ésta.
Sabes mi casa: á ver si yo consigo,
Entre tanta visita y tan molesta,
Recibir una vez á un tierno amigo.

Junio de 1847.

(1) Era yo secretario particular de la reina.

AL EXCMO. SR. CONDE DE SAN LUIS

POR LA CREACION DEL TEATRO ESPAÑOL.

¿Dónde la gloria vive del que un dia,
En Accio vencedor, desde las cumbres
Del enriscado Cáucaso á las playas
Del mar de Luso dilató su imperio?
¿Dónde?—Ese imperio destrozó en un punto
Bárbara hueste que lanzó cual raudo
Torrente el Septentrion: circos y templos,
Termas, palacios, todo, el habla misma
Desparecić; mas al comun estrago,
Sobre siglos sin fin, los inmortales
Cantos de *Horacio* y de *Maron* divinos
Sobreviviendo van, y allí la gloria
Del protector de las Romanas letras.
¿Qué es del trono fortísimo que en sangre
De turbulentos próceres la dura
Mano afirmó, cabe el medroso Sena,
Del purpurado Richelieu? Juguete
Del viento popular voló en pedazos;
Mas contra el murmurar de la indignada
Posteridad el opresor valido
Salva su gloria en la que alzó, y aún vive
Con renombre inmortal, docta *Academia.*
Tu, más que á los históricos ejemplos
Y ardiente sed de fama, á los impulsos
Del corazon magnánimo que abrigas

Obedeciendo fiel, en tus floridos
Años asunto con tus hechos prestas
¡Oh, noble Conde! á la española Musa.
Ella, en tanto que al pié del soberano
Sólio te vió, dispensador de honores,
Mezclar su voz no quiso á la que alzaba
El lisonjero, que al poder presente
Cerca y ensalza, gárrulo cortejo.
Mas á la puerta del modesto albergue
Que hoy tornas á habitar, rico de gloria,
Te esperó silenciosa, el plectro de oro
Presto, y á la voz y la sonante lira.
Oye cuál vibra en tu loor, y el estro
De cien vates inflama, que, á porfía,
«¡Eterno, cantan, vivirá tu nombre,
Protector del saber!»—¡Oh, noble, oh, digno
Premio que tanto mereciste y gozas!
Gózalo en paz; y el que ásperos desdenes
Halla no más y hondo silencio cuando
De la áurea silla del poder la instable
Deidad le precipita, á sí se culpe.
No riqueza y dominio á la existencia
Bastan de un pueblo. Si las sabias leyes,
La abundancia, la paz su cuerpo nutren,
Alma tiene tambien, y el alma vive
De esa gloria purísima, que el vulgo
De los graves políticos desdeña
Y humo vano apellida.—Tú, arrostrando
Tal vez su risa imbécil, decoroso
Templo alzáste á *Talía*.—Allí de *Lope*,
De *Calderon*, de *Rojas* y de *Inarco*,

De *Moreto* y de *Tirso*, numeroso
Pueblo torna á admirar, ora discreta
Y en artificio rica, ora terrible,
Ora humilde y moral, la siempre nueva
Dramática ficcion.—Los que al reflejo
De aquellos faros luminosos siguen
La árdua senda con gloria que á la cumbre
Del sacro Pindo guia, de las rosas
Que en sus pensiles de eternal verdura,
Al amoroso riego de Hipocrene
Dulce fragancia esparcen, ya preparan
Á tus sienes espléndida corona.
¡Yo, á quien no es dado la sublime altura
Del Helicon pisar, una sencilla
Flor de su falda corto: ofrenda humilde,
Que, agradecido, te presento en estos
Desaliñados números, que acaso
No morirán porque tu nombre llevan!

1851

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS.

Varios amigos del Marqués de Molins le dirigimos á París una carta en tercetos el día de Navidad del año de 1855. Cada uno escribió un trozo de ella, ligándose con el anterior. Hé aquí el mio: con él remataba la carta.

Oportuno, en verdad, viene ese *tanto*
Á mediar el terceto antecedente,
Pues me convida á principiar con *llanto*.

Llanto vierten mis ojos, hechos fuente,
Mariano, desde aquel tremendo dia,
En mi memoria sin cesar presente,
Cuando en la lucidez de su agonía,
Estrechándome tierna al casto seno,
«*¡Todo es verdad!*» mi esposa me decia.
¡Todo es verdad! ¡Oh, Dios! Si en ronco trueno
Sonó un dia tu voz, y á su rugido
Saulo en tierra cayó de asombro lleno
¡Oh! ¡Milagro de amor no merecido!—
¡Tu voz por aquel labio moribundo
Tocó en mi corazon estremecido,
Gusano vil en lodazal inmundo!
Alas de mariposa me nacieron,
Y con ellas me alcé léjos del mundo.
Á regiones más puras me subieron;
Mas no he llegado á la sublime alteza
De los que el lazo mundanal rompieron.
¡Cuándo será!—¡Me oprime la tristeza!
¡El pesar en que á solas me consumo
Cesa al dormir, y al despertar empieza!
Pídele á Dios, Omnipotente y Sumo,
Que te guarde á tu *Cármen*..... ¡Ay, amigo!
¡Y no le pidas más: el resto es humo!—
De tu casta mitad al dulce abrigo,
Donde quieras que estés, patria y honores,
Y placer, y amistad verás contigo.
¡Ay! ¡Para mí no tiene el mundo amores,
Ni encantos la amistad, ni luz el dia,
Ni calor el hogar, ni olor las flores!
Hoy viene á acrecentar la pena mia

La memoria del santo aniversario
Que á tu lado pasé..... ¡Y ella vivia!
¡Cuán distinto de aquel!—¡Destino vario
Á tí te arroja cabe el turbio Sena,
Á mí en Madrid me amarra solitario!
Mas ¡ay! ¡El bronce místico resuena!
¡Media-noche sonó!.... ¡Luz desusada
Brota en *Belen* y el universo llena!—
Triste prole de *Adan*, ya estás salvada:
El niño Dios, que los pecados quita,
Nos abre ya la celestial morada.
¡Oh, placer! ¡Allí está!—¡De Dios bendita,
Mi *Manuela*, vestida de hermosura,
Entre los puros ángeles habita!
¡Alma inmortal! ¡De la celeste altura
Por tu marido y por tus hijos vela,
Que moran este valle de amargura!
—¡Sí, Mariano: tu amigo sólo anhela
Sentir en breve el lazo desatado
Que este cautivo espíritu encarcela;
Y por tanto dolor purificado
Á mi esposa en la gloria unirme presto.....
Y ver que allí tambien, á nuestro lado,
Te guarda Dios el merecido puesto!

À MI AMIGO EL EXCMO. SR. DON TOMÁS DE CORRAL.

No pienses que esta epístola,
Corral Excelentísimo,
Va dirigida al célebre

De Hipócrates discípulo,
Por más que yo, sin brújula,
Bogue en estrecho círculo
Sin que tus sabios récipes
Den al bajel más ímpetu.
No tanto aflije el ánimo
De este doliente mísero
El ver la ausencia *crónica*
De su Doctor científico,
Como las dulces pláticas
Del amigo carísimo
No oir, ni en grato diálogo
Darnos placer recíproco.
Lo que es en cuanto al médico,
Si de mi casa el címbalo
Tocase y dentro viéralo,
Fuera con él brevísimo.
Solamente dijérale
Que ante el poder febrífugo
De las plateadas píldoras
Que introduce en mi físico;
Y gracias á la pócima
Con que *Simon*, el químico,
Purgó mi region ínfima
De materiales rígidos;
Y á la virtud benéfica
De aquel sabroso líquido,
Producto del cuadrúpedo
Que con *Balán* fué explícito,
Ya mis repuestas vísceras,
Merced á estos antídotos,

Con su morboso cómplice
Han roto el fiero vínculo.
Y dócil ya mi estómago
Digiere el néctar índico,
Que, en espumante jícara,
Es de mi gula el ídolo;
Si bien no tan benévolo
Suele mostrarse el pícaro
Cuando la carne sólida
(Aunque de tierno vítulo)
Envuelta en jugos gástricos
Baja al duodeno crítico,
Y toca por sus trámites
En la region del hígado.
Ya allí más climatérico
Se presenta el capítulo:
Que el abdómen atónico
Se eleva timpanítico.
La digestion, por último,
Cuesta trabajos ímprobos;
Mas se hace, y presto el órgano
Vuelve á su estado prístino.—
En estos dias plácidos,
En que, venciendo el frígido
Rigor, el númen Délfico
Mostró su rostro vívido,
Salí, segun sus órdenes,
En alquilon vehículo,
Del ambiente atmosférico
Á aspirar el oxígeno.
Mas ni aún con ese método

Place al Dios soporífero
Que de noche mis párpados
Cierre sueño pacífico.—
Esto al Doctor dijérale;
Mas no podré decírselo,
Que de mi hogar doméstico
Tocar no quiere el címbalo.
Tú, pues, que de ese prófugo
Amigo eres tan íntimo,
Segun es fama pública,
Corral amabilísimo;
Tú, de mi parte, búscale,
Y díle que mi espíritu
Se apoca melancólico
Si no entona mi físico.
Que un régimen dietético
Me imponga, y yo, solícito,
Más que el *Coran* los árabes,
Guardaré sus artículos.
Díle que si algun mérito
Halla en mis versos líricos,
Y de escritor dramático
Me otorga el alto título,
Torne á este cuerpo lánguido
Vigor que mi estro rítmico
Encienda; y de mi cítara
Verá que al son dulcísimo
Canto su nombre célebre,
Que es ya de salud símbolo:
Y, acaso, al suyo uniéndole
Suba mi nombre altísimo.

Marzo de 1853.

À LA TOMA DE TETUAN.

SONETO. (1)

¡Musas, alcemos de victoria el canto!
¡España despertó; su honor la inspira:
Y fué el arranque de su noble ira
Del mundo admiracion, de África espanto!
En desagravio, al fin, de ultraje tanto
Tetuan postrada á nuestros piés se mira.
Musas ¡cantad! Y al eco de la lira
Reverdezcan los lauros de *Lepanto.*
Sí: que al ver por las ondas del Tirreno
Allá lanzarse en la guerrera popa
Hueste arrojada y adalid sereno,
Y que á sus antros con terror galopa
Roto y vencido el bárbaro Agareno...
¡Ya con respeto nos saluda Europa!

Febrero de 1860.

VERSOS RECITADOS EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE

EN UNA FUNCION DE ANIVERSARIO DE CERVANTES.

Si de Norte á Mediodía,
En uno y otro hemisferio,
No abarca ya nuestro imperio
Los pueblos que abarcó un dia,

(1) Improvisado, con consonantes forzados, en la tertulia literaria del Marqués de Molins.

Por un nombre todavía
Somos lo que fuimos ántes:
Pues los que más arrogantes
Las glorias de España ultrajan,
Callan y la frente bajan
Cuando decimos: *¡Cervantes!!*
Roma y Grecia, que al acero
Del bárbaro el cuello dan,
Hoy viven y vivirán
En *Virgilio* y en *Homero*.
Contra el destino severo,
Que así en los pueblos se ensaña,
Un libro nos acompaña
Al eterno porvenir.
¿Puede el *Quijote* morir?—
Pues morir no puede España.
Vosotros, que al grito santo
Respondeis de patria y gloria,
Venid, honrad la memoria
Del *Soldado de Lepanto*.—
¡Gloria al que es del orbe encanto!
¡Gloria al ingenio fecundo,
Festivo á un tiempo y profundo!
¡Gloria al *Cautivo de Argel!*—
¡Aun nos llamamos por él
La primer nacion del mundo!

Abril de 1862.

Á LOPE DE VEGA.

VERSOS RECITADOS EN EL TEATRO EN UNA FUNCION DE ANIVERSARIO.

Tres siglos há que este Sol,
Que hoy luce en el firmamento,
Alumbraba el nacimiento
Del gran poeta español.
Purificado al crisol
De una edad y de otra edad,
Monstruo de fecundidad,
Númen de la patria escena,
Lope con su nombre llena
Del mundo la inmensidad.
En la modesta mansion
Que oyó su postrer gemido
Hoy á Lope se ha rendido
Tributo de admiracion (1).
Aquí, con mayor razon,
Aquí, templo de su gloria,
Donde una y otra victoria
Le ornaron de resplandores,
Demos, público y actores,
Un aplauso á su memoria.

(1) Alude á la inauguracion hecha por la Academia Española de una lápida con el busto de Lope en la casa que éste habitó.— La ceremonia se verificó el dia 25 de Noviembre de 1862.

POR ENCARGO DE UNA NOVIA PARA SU NOVIO.

En esa cinta te entrego
Mi cabello entretejido,
Que, por mi cuello tendido,
Mi llanto tal vez bañó,
Imaginando que acaso
La fé que me prometias
Á otras mil se la ofrecias
Tan crédulas como yo.
Mas no tan alegre dia
Nublar con temores quiero:
Por mi amor puro y sincero
El tuyo quiero medir;
Y esa cinta será el lazo
Que sepa atarte á mis plantas
Si la promesa quebrantas
Que me juráste cumplir.
Si con fé constante pagas
Mi cariño, mis amores,
Blanda cadena de flores
En esa cinta hallarás;
Mas, si traidor algun dia
Tras otra amante voláres,
Cuando romperla intentáres
De hierro la encontrarás.

Marzo de 1829.

EN EL ALBUM DE LA DUQUESA DE F.

¿Ves al ciego, cuando siente
Al entrar la Primavera
Blando calor en la esfera
Y perfumado el ambiente,
Cómo lucha allá en su mente,
Que en noche sumida fué,
Hasta que con viva fé
Se forja, entre mil primores,
Idea de aquellas flores
Y de aquel Sol que no vé?
Así yo, que nunca ví
Tu rostro, bella Duquesa,
Y oigo decir que embelesa
La hermosura que hay en tí,
Mezclando, por lo que oí,
Tintas de hermoso arrebol
De mi mente en el crisol,
Á forjarme de tí llego
Una idea, como el ciego
De las flores y del Sol.

1850.

EN EL ALBUM DE ISIDRA DUPUY.

¿Qué pasa en mí? ¿Qué es esto? ¿Cómo ahora
Latir no siento el pecho estremecido?
¿Cómo al mirarte, Isidra encantadora,
No me postro á tus piés, de amor herido?

Yo, que al mirar una mujer hermosa
(No hermosa con tú, que eso no es dado)
Volára en derredor cual mariposa
Hasta verme en sus llamas abrasado,
¿Hoy la sonrisa de tus labios rojos,
Tu lindo pié, tu mano torneada,
Tu talle esbelto, tus divinos ojos
Puedo, Isidra, mirar, sin sentir nada?
¡Y yo el vínculo aplaudo que te liga!....
¡Yo te contemplo indiferente y yerto!....
¡Yo me contento con llamarte amiga!....
¡Mi corazon se heló; no hay duda: he muerto!

Eaux-Bonnes, Agosto de 1860.

EN EL ALBUM DE LA CONDESA
DE FUEN-RUBIA.

Sabrás, María, que he estado,
Por mala *correspondencia,*
Privado de la existencia
Y casi casi enterrado. (1)
Por fin con vida salí:
Y, huyendo de la que mata,
Correspondencia más grata
Hoy, María, busco en tí.

(1) *La Correspondencia* dió por aquellos dias la noticia de mi fallecimiento.

Si me concedes licencia
De amarte cual tierno amigo,
Y de tu afecto consigo
Una fiel *correspondencia*,
Con satisfaccion cumplida
Diré: ¡bendigo mi suerte:
Si una quiso darme muerte,
Otra viene á darme vida!

1864.

EN EL ALBUM DE LA MARQUESA DE PORTUGALETE

EL DIA DE SU SANTO, VIERNES DE DOLORES DE 1856.

Cuando en vistoso salon
Te ví aparecer, Dolores,
Entre encajes y entre flores,
De alegre música al son:
Y ví por primera vez
Tu talle airoso, elegante,
El candor de tu semblante,
La blancura de tu tez,
En tu encantadora faz
Hallé una dulce expresion,
Que brindaba al corazon
Con ilusiones de paz.
No la paz indiferente
Del ser insensible y frio,

Que del mundo en el vacío
Ni ama, ni goza, ni siente:
Sino aquella calma grata,
Imágen del mar sereno,
Cuando en su tranquilo seno
La luz del Cielo retrata,
Y en su sosiego profundo
De poder dá señas tales,
Que si rugen vendabales
Pudiera tragar el mundo.
La paz que á gozar convida,
Y dulcemente conmueve,
Cuando en tus manos de nieve
Vibra el arpa estremecida:
Ó con tímido rubor,
Que te dá mayor encanto,
De tu simpático canto
Suena el eco seductor.
Ora en brioso corcel
Cruzas el Prado atrevida,
Ora das al lienzo vida
Con tu mágico pincel:
Ya con modesta expresion
Tu claro talento brilla,
Y es ingeniosa y sencilla
Tu grata conversacion.
Sólo turba la armonía
De cuadro tan lisonjero
El nombre de triste agüero
Con que hoy se anuncia tu dia.
¡Qué importa! No es cosa nueva

Que nos pongan al nacer
Un nombre, que viene á ser
Sarcasmo del que lo lleva.
No temas, pues, los rigores
Que tu triste nombre augura:
Dios, que me dió á mí *Ventura*...
No te dará á tí *Dolores*.

EN EL ALBUM DE UNA DESCONOCIDA.

Todos estos señores
Te llaman guapa,
Pero es porque te han visto.
¡Vaya una gracia!
La gracia fuera
Celebrar tu hermosura
Sin conocerla.
El cielo á mí esa gracia
Me ha concedido,
Pues donde hay algo bueno
Yo lo adivino.
Que la hermosura
Se siente hasta en el aire
Que la circunda.
Hasta el menor objeto
Que la rodea
Se impregna del perfume
De su belleza.
Las mismas hojas

De este libro en que escribo
Huelen á *hermosa*.
Así, pues, sin recelo
De equivocarme,
Te diré, bella Emilia,
Que eres un ángel.
Y hasta me atrevo
Á decir lo que tienes
De más selecto.
Al que una vez, Emilia,
Mira tu rostro,
Desde luégo le encantan
Tus lindos ojos,
Donde fulgura
La luz de las ardientes
Hijas del Turia.
Despues de ver tus ojos,
Si queda vivo,
Al contemplar tu boca
Perderá el juicio:
Y más si de ella
Se exhala el dulce canto
Que al alma llega.
Esto, sin conocerte,
Digo y declaro:
No temo, bella Emilia,
Llevarme chasco.
¡Ay! ¡Temo sólo
Decir cuando te vea:
Me quedé corto!

Junio de 1862.

EN EL ALBUM DE ***.

Cuando contemples la saña
Del mar, que entre densa bruma,
Alzando montes de espuma
Los riscos del puerto baña,
Piensa que igual conmocion,
Igual tormenta de horrores
Pueden causar tus rigores
Á algun triste corazon.
Mas cuando en ondas de plata
Se tienda el mar mansamente,
Cual terso cristal luciente
Donde el cielo se retrata,
Gózate en mirarlo, y dí:
«¡Al alma más angustiada
Sólo con una mirada
Puedo yo tornarla así!»

1838.

Á UN AMIGO.

INÉDITA.

Con el dador te mando, Don Joaquin,
Setenta y dos realazos de vellon
Por las catorce varas de alepin,
Y si no es alepin será mahon,

Ó será lo que sea, porque, al fin,
En telas de mujeres al varon
No le toca en el mundo averiguar
Si no cuánto dinero ha de aflojar.
   Bien lo sabrás por experiencia tú,
Que pagarás, sin entender lo que es,
Ya una cosa que llaman *Canesú*,
Ya un vestido con *pasa*, otro con *biés*,
Ya las *bertas*, que cuestan un Perú,
Ya el *Camail*, invenciones del francés:
Y tú, de este Babel, ¿qué entenderás?
La suma de la cuenta ¡y nada más!
   Pero en cambio confiesa, y yo tambien
Estoy pronto, Joaquin, á confesar,
Que para algun mal rato que nos den
Muchos buenos las hembras suelen dar.
Así, pues, yo declaro que hace bien
El hombre que, cansado de rodar,
Busca, por fin, la dicha que no halló
Donde tú la buscaste y donde yo.
   Esto de entrar en casa un hombre y ver,
Si trae de la oficina mal humor,
Que sale á recibirle la mujer
Con los hijos saltando al rededor;
Que se sienta con ellos á comer;
Que luégo le acarician con amor,
Y por la noche... ¡Oh, gozo sin igual!
¡Es mucha cosa el tálamo nupcial!
   Vengan, pues, las modistas en tropel;
Vengan los diamantistas mil á mil:
Aunque traigan la cuenta en un papel

Más largo que de Cádiz al Brasil,
Nunca nos costarán lo que el burdel
Cuando hicimos la vida estudiantil.
Y, ahorrándonos la esposa tal renglon,
Nos suele ahorrar tambien..... Pero ¡chiton!

Á MIS AMIGOS.

No muera, amigos, en el pecho helado
Tímido el fuego creador del génio:
Llega el momento en que la lira el libre
Cántico suene.
Ese que os hizo de abundante vena
Rico presente la deidad del Pindo,
No es vuestro sólo; de la patria es feudo:
Ella lo pide.
¡Ay! ¡De la patria!.... preguntar os oigo.
»¿Dó está la patria?.... Al corazon no llega
»Del que contento en la cadena vive
»Himno sonoro.
»Francia, que el trono de ignominia alzado
»De Waterlóo sobre los muertos héroes,
»Fiero padron de servidumbre indigna
»Rompe y sepulta;
»Francia en buen hora renacer la dulce
»Lira contemple en que cantaba Horacio
»Rotos al bote de romana lanza
»Partos y Medos.

»Goce al cantor de las *Mesenias* (1), goce,
»*Alfonso* (2), tu jigante númen;
»Píndaros tenga la que tiene tantos
»Héroes cual hijos.
»¡Ay de nosotros!—¡Sobre todos cruje
»Látigo alzado déspota altanero,
»Y hunde en el polvo y con la planta huella
Liras y leyes!»
Sí; mas la Musa que inspiró el robusto
Son que la trompa eternizó de Herrera,
Cuando Lepanto enrojeció con turca
Sangre sus olas;
Y la que tierna suspiró en Rioja,
La que del *Tórmes* encantó las aguas,
Todas llorosas os demandan nuevas
Aras y culto.
«Jóvenes, dicen, á la dulce sombra
De ese laurel que vuestra frente anhela
Santa amistad y poesía junten
Vates hermanos.
Harto las iras de belleza ingrata
Supo abiandar enamorado canto,
Y vuestra lira enguirnaldó de rosas
Alma ciprina.»
Otros acentos las Pimpléas aman
Cuando despunta suspirada aurora;
Pruebe á lanzar el inflamado plectro
Ronca tirtéida.

(1) Casimiro Delavigne.
(2) Lamartine.

¿Veis? ¡Ya Pirene de sus cumbres lanza
Hijos de Iberia que á salvarla vienen! (1)
¿Veis? ¡Ya el tirano en su caduco trono
Pálido tiembla!
¡Caros alumnos, á la nueva patria,
Ya desligada de servil coyunda,
Himnos de gloria y libertad la corva
Cítara ensaye!

Madrid, 1830.

ORILLAS DEL PUSA.

¡Qué calor!.... Sudando llego,
Por la empinada montaña
Resbalando,
Á este valle, que en sosiego
Tu corriente ¡oh, Pusa! baña
Susurrando.
Déjame un rato olvidar
En tus orillas mis penas,
Y el sediento
Labio en tus ondas mojar,
Y en tus húmedas arenas
Dame asiento.
Tu raudal, de ese elevado
Monte al Tajo, en raudo giro
Se derrumba

(3) La invasion de los liberales emigrados, capitaneada por *Mina* y *Valdés*.

Tan humilde, que sentado
Desde aquí su cuna miro
Y su tumba.
No importa que al Tajo ufano
Tu breve curso no iguale:
Corre ledo;
Y que nunca el cortesano
En la carta te señale
Con el dedo.
Feliz quien encuentra un llano
Donde los cerros evite
De la vida,
Y allí, del mundo lejano,
Tu breve carrera imite
Y escondida.
Ese Tajo caudaloso,
En cuyo profundo seno
Vas á morir,
Ya con puente ponderoso
Su terso raudal sereno
Siente oprimir.
Ya la artificiosa presa
Su rápido curso estorba;
Ya desciende
Ruin batel que se empavesa,
Y su cristal con la corva
Quilla hiende.
Su destino es envidiar,
Ó de tu curso süave
La paz suma,
Ó el alto poder del mar

Que puede tragar la nave
Que lo abruma.
¡Pobre Pusa!.... ¡Si insolente
Por esos tendidos llanos
Te lanzáras,
En tu cristal inocente
Cuántos siervos y tiranos
Retratáras!
De aquel trance malhadado
De las armas españolas
Fué testigo
Guadalete ensangrentado,
Y abrió tumba entre sus olas
Á Rodrigo.
Berecina el lauro honroso
Que cuatro lustros tejieron
Hondo tragó:
¡Y el poder de aquel coloso,
Que los hombres no vencieron,
Allí se hundió!
Pusa humilde, manso rio,
Tu dichoso apartamiento
Le procura,
Contra el ardor del estío,
Al peregrino sediento
Agua pura;
Y al pastor que á tu campiña
Desde ese monte desciende;
Y al rebaño
Que á tus márgenes se apiña;
Y al can, que el redil defiende,
Fresco baño.

Y hoy á mi cuerpo cansado
Contra el sol que ardiente pica
Blando solaz.
¡Pusa, á Dios!.... ¡Corre ignorado,
Y los quintos (1) de Malpica
Fecunda en paz!

Malpica, 1833.

EL NOMBRE DE LAURA.

SONETO.

Ese tronco que Abril de pompa viste,
Donde grabas tu nombre idolatrado,
Laura veráslo pronto deshojado:
Que á la injuria del tiempo no resiste.
Vendrá Diciembre con sus brumas triste
Y cubrirá de escarcha el tronco helado;
Soplará el alquilon, y desgajado
Lo arrastrará, si con furor le embiste.
Templo más digno que tu nombre lleve,
Donde no hay cierzo que lo abata impío,
Ni invierno que lo cubra con su nieve,
Un corazon será que te ame ciego.
Laura, los ojos vuelve; aquí en el mio
Grabólo Amor con su buril de fuego.

1830.

---

(1) Llámanse allí *quintos* las diversas porciones en que se dividen las tierras de labor.

RESPUESTA Á UNA CARTA.

No es que me he muerto,
Sino al revés:
Es que no quiero
Que á suceder
Llegue tal cosa;
Y hé aquí por qué
Ayer no tuve
La intrepidez
¡Oh, mis queridos
Luís y *José!* (2)
De visitaros
Como anteayer.
Mas no por eso
Imagineis
Que á estarme en casa
Me condené.
¡Qué disparate!
No eran las diez
Cuando me puse
En la del Rey.
Mas ¡ay, amigos!
No bien llegué
Á la *Carrera*,
Cuando un tropel
De ciudadanos

(2) Don Luis M. Pastor y Don José de Salamanca.

Veo correr;
Y uno (que debe
Quererme bien)
Me grita:—«¡Vega,
No pase usted!
Dos horas largas
¡Voto á Luzbel!
Ahí me han tenido
Con otros cien
Sudando el quilo,
Muerto de sed,
Llevando á cuestas
Hasta un cuartel
Unos cajones
No sé de qué:
Y á esto se agrega
Que tal cual vez
Me sacudian
En el embés
Un zurriagazo
Que era un placer.»—
Yo, que tal oigo,
Dije á mis piés:
¿Para qué os quiero?
Y eché á correr.—
Esta es la historia.—
Hoy otra vez
La probatura
Volveré á hacer;
Y si consigo
Pasar con bien,

Sin vapuleo
Ni otra merced,
Á vuestra casa
Iré á comer.
Á Dios, amigos,
Hasta despues.—
Madrid y Julio
Diez y ocho de
Mil ochocientos
Cuarenta y tres (1).

ENTRE TIERRA Y CIELO.

No estiendas, pobre niña,
Esa inocente mano,
Que buscarás en vano
El seno maternal.
Tu vida es una enigma:
De madre no nacíste:
¡Hija de un sueño fuiste,
De un sueño funeral!
En noche bulliciosa
De fiesta y alegría
Mi ardiente fantasía
Finjióse una mujer.
Miróme, y á sus brazos,
Á par que me miraba,

(1) Eran dias de revolucion. La Milicia nacional hacia fosos y trincheras en las calles, y al transeunte se le obligaba á trabajar en su construccion.

Sentí que me arrastraba
Magnético poder.
  Desvanecido en ellos
Caí con pasion loca,
Bebiendo de su boca
El balsámico olor:
  Y ciego, y delirante,
Gozaba entre caricias
Las últimas delicias
De un inmortal amor.
  De pronto al pecho mio
Llegar su mano siento,
Que, con puñal violento,
Me hiere el corazon.
  Á asirla voy, y al punto
Cual sombra desparece,
Y en su lugar se ofrece
Fantástica vision.
  ¡Un lívido esqueleto
Era mi prenda amada:
De sierpe su mirada,
De hiena era su voz!
  ¡Y de su propio seno
Pedazos se arrancaba,
Y á mí los arrojaba
Con ademan feroz!
  Huyó, por fin, y libre
De aquel horrible ensueño,
De mis sentidos dueño
Convulso desperté.
  ¡Ay! ¡No fué sueño todo:

Que en llanto y desconsuelo
Sola *entre tierra y cielo*,
Niña infeliz, te hallé!
¡Ven, único recuerdo
De aquel amor soñado,
Objeto abandonado
De la que el sér te dió!
¡Si aquel amor fué sueño
De enferma fantasía,
Mi amor á tí, hija mia,
No será sueño, no! (1)

LA CITA.

Nunca más bello color
Dió al horizonte tu llama,
Astro de eterno fulgor,
Al esconder tu esplendor
La cumbre de Guadarrama;
Nunca tu aroma sentí
Más delicioso que ahora,
Linda rosa carmesí;
Nunca más bella te ví
Con las perlas de la aurora.

(1) Hice estos versos para un amigo que me los pidió. Á él se refiere esa triste historia.

Arroyo, que turbio y feo
Ayer te ví deslizar,
¿Cómo tan limpio te veo,
Que ya de tu fondo creo
Las arenillas contar?
Galanos campos que haceis
De toda esta pompa alarde,
¿Á quién celebrar quereis?...
¿Ó es, por dicha, que sabeis
Que viene Laura esta tarde?

1830.

DESPEDIDA Á UN AMIGO.

Con bien te lleven, mi querido amigo,
Propicio el viento, bonancible el mar.
¡Oh! ¡Si pudiera saludar contigo,
Tras tanta ausencia, mi paterno hogar!
¡Oh! ¡Cuánto fuera mi consuelo, cuánto,
Si en esa nave huyéramos los dos!
¡Oh! ¡Si á este suelo, donde sufro tanto,
Pudiera darle mi postrer á Dios,
Tranquilo viera y con serena calma
Desatarse bramando el alquilon!
Junto á la horrible tempestad del alma
Las tempestades de la mar, ¿qué son?
Mas ya que quiere mi fatal estrella
Con duros lazos sujetarme aquí,
Por mí te postra, y con tus lábios sella
La tierra amada en que feliz nací.

Llévale tú los ecos de mi lira,
Que ya desde hoy resonará en su honor.
¡Díle que es ella el númen que me inspira
Y el sólo objeto de mi ardiente amor!

1856.

EN EL ALBUM DE MATILDE LAMARCA.

¡Matilde! ¿Quién no diria
Que, para quedar vengada
De la conquista pasada,
La América aquí te envia?
Pague España su osadía
Y sus marciales arrojos,
Pues nunca tantos despojos
Vieron Pizarro y Cortés
Como aquí rendidos ves
Á los rayos de tus ojos.

Yo, que en su luz soberana
El Sol de mi patria ví,
Orgulloso me sentí
De mi sangre americana.—
Toda competencia es vana:
No os pongais en su camino,
Flores; que el pincel divino
Que os matizó de colores,
Pintó más bellas las flores
Que brota el suelo Argentino.

Madrid 1860.

AL EXCMO. SR. DUQUE DE FRIAS

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

ELEGÍA.

¿Quién á mi frente ciñe
El funeral ciprés? La destemplada
Lira de Young entre mis manos yertas
¿Quién viene á colocar? ¿Quién á mi pecho
Pide lúgubre canto?
¿Quién agolpa á mis párpados el llanto?
Santa amistad, perdona.
Si alguna vez á tu celeste influjo
Pude el canto ensayar, destellos eran
Del juvenil ardor: nunca del génio
La antorcha refulgente
Con su lumbre inmortal ardió en mi mente.
Á tu demanda en vano
Llamo la inspiracion: lágrimas sólo,
Lágrimas te daré. Si el llanto es digno
Tributo á la beldad que hundió en la tumba
La parca devorante,
¡Ay! ¡Yo la lloraré! ¡Que otro la cante!
Á la hermosura, al alto
Ejemplo de virtud, dotes que unidas
Ve el mundo rara vez, ¿qué humano pecho
Niega su admiracion? ¡Hijos de Iberia,
Que el sacro Pindo inspira,
Piedad enmudeció: pulsad la lira!

Sonó el himno: *Barcino,*
Madrid, y el *Sena*, y el *Adur* lo oyeron.
En el inerte mármol, en el mudo
Lienzo, al olvido de la tumba arranca
Su forma peregrina,
Su celeste beldad, arte divina.
¿Cuál es tu triunfo ¡oh! muerte?
De tu falsa victoria ¿cuál trofeo
Es el que arrastras al sepulcro? En vano
Allí tu triste víctima sepultas:
De tu centro profundo
Rayo consolador refleja al mundo.
Así, despues que cruza
Por el tendido cielo el Sol radiante,
Y en los abismos de la mar se esconde,
Melancólica, blanda, halagadora
Luz á la tierra envia,
Dulce recuerdo del ardiente dia.
¡Lloras, mi dulce amigo!—
Llanto, y no más, á su memoria, estéril
Holocáusto será: más alta ofrenda
Pide á tu amor: quien el consuelo hermoso
De la virtud ignore
Á su muerta beldad eterno llore.
No tú, que de los Cielos
El númen recibíste que tu nombre
Hará inmortal, y lauros militares
Que tu diestra ganó, y en bien del pobre
Dones de la fortuna,
Y heredado blason de ilustre cuna.
¿De lábios más queridos

Oirlo quieres? Ven: allí se eleva
El gótico recinto; allí dirige
Tu planta; llega: sobre el fuerte quicio
Las cinceladas puertas
Por invisible impulso mira abiertas.
Traspasa los umbrales:
Lámpara funeral su tembloroso
Rayo refleja en el bruñido mármol
De ostentosos sepulcros: en su centro
Los restos venerables
Yacen de los antiguos Condestables.
¡Mas tus inquietos ojos
Buscan la tumba de tu amor!—Escucha:
¡Sordo rüido en su profundo seno
Se deja percibir!.... Álzase en ella
Sobre la abierta losa
Una matrona. ¡Mírala: es tu esposa!
De sus hombros desciende
Cándido lino hasta la planta; el negro
Cabello ondea en su marmórea espalda;
Pálida majestad su noble frente
Y sus mejillas tiñe;
La corona ducal sus sienes ciñe.
Y con solemne acento
Así te dice:—«¡Treguas, caro esposo;
Treguas á la afliccion: harto bañáste
De amargo llanto el solitario lecho!
¡Tú, que lloras mi suerte,
Si el triunfo vieras que nos da la muerte!
Aquí no turba el alma
El tronante cañon, la asoladora

Lanza que salpicó de humana sangre
Los pacíficos campos donde alzamos,
Bajo el pajizo techo,
De nuestro mútuo amor el primer lecho.
La envidia ponzoñosa,
La calumnia procaz, la tiranía,
La bajeza servil, del mundo, sólo
Del mundo son: la adulacion traidora,
Que honor mentido ofrece,
En la losa del túmulo enmudece,
Mas no con llanto estéril:
Con la virtud conquistarás, Esposo,
Este ignorado mundo de delicias.
¡Virtud costosa, sí! ¡Que esta diadema,
Tanto del hombre ansiada,
Al bajar á la tumba cuán pesada!
No el velo misterioso
Me es dado alzar.—¡Á Dios!—¡Conmigo un dia
En lazo eterno!....» Enmudeció la sombra,
Y hundióse en el sepulcro; y aún su acento
«¡Virtud, virtud!»—clamaba.
«¡Virtud, virtud!»—el templo resonaba.

Julio de 1830.

EN EL ALBUM DE CÁRMEN COLL.

¡Carmen, parece mentira
Que vaya á cumplirse un año
Desde que le dí á tu padre
Los dias de San Fernando!

En un album, parecido
Al que aquí tengo en la mano,
Rogué á tu hermana le diera
En mi nombre un tierno abrazo.
¡Paréceme que fué ayer:
Iba á terminarse Mayo!
¡Pero de aquel Mayo á éste
Cuántas cosas han pasado!
Desde luégo un año entero;
Y á tu edad, Cármen, un año
Aumenta las ilusiones:
Á mi edad los desengaños.
Mas si es verdad que en la vida
Los he tenido, y amargos,
No soy de los que maldicen
Este mundo que habitamos.
Primero, porque no hay otro
(Hablo de tejas abajo),
Y luégo, porque hay en él
Más de bueno que de malo.
En esto, Cármen, sucede,
Como en otros muchos casos,
Que el infeliz alza el grito
Y el feliz se está callado.
Y aunque estos sean los más,
Como no mueven los lábios,
Parece que en este mundo
No hay más que desesperados.
Esto es, Cármen, la verdad:
No seas tú como tantos
Que en el umbral de la vida

Son viejos anticipados.
Toma la virtud por norte
Bajo el paternal amparo,
Y de las flores que brinde
Aspira el aroma grato.
Ni creas ni niegues todo:
Y, aunque te cueste trabajo,
No entregues tu corazon
Si otro en prenda no te han dado.
Pero, en fin, ¿por qué pretendo
Darte consejos en vano,
Si todos ellos en uno
Puedo dejarte cifrados?
De tus penas y alegrías,
De tus risas y tus llantos
Elige por confidente
Al padre que Dios te ha dado.
Los amores de este mundo
Viven porque esperan algo;
El de un padre nada espera:
Ni siquiera ser pagado.
Pero ya quiero dar fin,
Que el sermon vá siendo largo,
Y quizá te estoy diciendo
Lo que tienes olvidado.
Perdona; y cuando amanezca
El dia de San Fernando,
Y de tu padre celebres
El feliz aniversario,
Lo que á tu hermana encargué
Á tí de nuevo te encargo.—

Y Dios nos cónceda á todos
Ver muchos meses de Mayo:
Á tí, Cármen, y á tu hermana,
Para que le deis mi abrazo;
Á él para recibirlo,
Y á mí para recordarlo.

Mayo de 1863.

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS.

SONETO. (1)

Por más que lo repugne mi *salud,*
Quebrantada de tiempo *inmemorial,*
Á las cenas de Páscua y *carnaval*
No tengo de negarme la *virtud.*
¿Cómo esta vez faltar, pése al *Talmud,*
Á una cena que es casi de *ritual?*
Á las ocho entraré por tu *portal*
Atraido del son de tu *laud.*
Y más que el fuego del vinillo *aquel,*
Con que habrás de adornar la *colacion,*
Hará vibrar las cuerdas del *rabel*
En poética ardiente *confusion*
El dulce rostro de tu esposa *fiel,*
Más dulce á nuestros ojos que el *turron.*

---

(1) Este y el siguiente soneto fueron hechos con piés forzados para las tertulias literarias de Navidad de dicho Señor Marqués de Molins.

AL MISMO.

SONETO.

Desde que en desusada *compañía*,
Para gloria y honor de los *poetas*,
Vive Pluto, que es dios de las pe.....*setas*,
Con Apolo, que es dios de la *armonía*,
Los hijos de la docta *algarabía*
Comen trufas y pavos y *chuletas*,
Andan en coche, llevan sus *tarjetas*,
Van á París y á Lóndres y á *Pavía*.
Así á tu cena ¡oh, prócer de *Albacete!*
Acudieron poetas de ocho en *ocho*,
Tan gordo cada cuál y tan *paquete*.
Y hubo salmon, Champagne y té y *bizcocho*,
Y olian tus salones á *pebete*,
Y el más modesto se marchó en *birlocho*.

EN EL ALBUM DE BLANCA ROSA DE OSMA.

Blanca Rosa, flor lozana,
Que aún eres tierno capullo,
Y entre risas,
De tu edad en la mañana
Te meces al blando arrullo
De las brisas.

Mira cuál revolotea
En torno á tí la inocente
Mariposa,
Y con sus alas orea
El rocío de tu frente,
Blanca Rosa.
Y cuál la traidora abeja,
Que á las flores del pensil
La miel bebe,
De tí zumbando se aleja,
Y á hincarte el dardo sutil
No se atreve.
Y cuál suelta el ruiseñor
Los trinos de su garganta
Melodiosa,
Y embelesado en tu amor,
Reina del prado te canta,
Blanca Rosa.
Crece, fragante capullo,
Al dulce abrigo amoroso,
Que te ampara,
De esa flor, que, con orgullo,
Regó del *Rimac* undoso
La onda clara.
Y, en tanto que su dulzura
Heredas y su alma pura,
Crece, hermosa,
En el jardin de la vida,
Por los céfiros mecida,
Blanca Rosa.

AL ANIVERSARIO DE LOPE DE VEGA.

DÉCIMAS.

Tres siglos ménos tres años
Hoy hace que al mundo vino
El ingenio peregrino,
Pasmo de propios y extraños.
Envuelta en humildes paños,
Oscura y pobre, yacia
La castellana Talía,
Y él le tejió un manto de oro
Con el fecundo tesoro
De su rica fantasía.

Con él nuestra gloria empieza:
Él, con su ingenio sublime,
Al arte español imprime
El sello de su grandeza.
Absorta naturaleza,
Y rendida al propio instante,
Otro aborto semejante
Tarde al teatro dará,
Porque descansando está
De aquel esfuerzo jigante.

En la celeste mansion
Donde tu espíritu vive,
Lope, esta ofrenda recibe,
Tributo de admiracion.
¡Y, pues, de su postracion
Hora es ya que se levante

El leon de España arrogante,
Quiera el Dios de las victorias
Darnos, para nuevas glorias,
Nuevo Lope que las cante!

Á LAURA.

SONETO.

Si el mirarme tal vez te causa enojos
¡Oh, Laura! no me mires en tu vida.
Yo sabré, sin que nadie me lo impida,
Mirarme en los cristales de tus ojos.
Brote una frase de tus lábios rojos,
Que de mi corazon rasgue la herida;
Mátame de una vez, que preferida
Es para mí la muerte á tus antojos.
Mas no exijas de mí, con alma inerte,
Que yo mi vista de la tuya aparte:
Que eso fuera agravar mi triste suerte.
Déjame, enamorado, contemplarte:
Que imposible es mirarte sin quererte,
Y mucho más quererte y no mirarte.

EN EL ALBUM.

Á LA DISTINGUIDA POETISA SRTA. D.ª CARLOTA DEL RIEGO PICA.

¿Cómo vienes pidiendo
Versos, Carlota?
¿No sabes qué es pecado
Ser codiciosa?
Pedir tú versos
Es pedir agua el Tajo
Ó el Etna fuego.

Á MI AMADA.

No me mires, que miran
Que nos miramos,
Y sospechar pudieran
Que nos amamos.
Disimulémos,
Y cuando no nos miren
Nos mirarémos.

Á LA CONDESA DE LOURMEL

DAMA DE LA EMPERATRIZ EUGENIA, ENVIÁNDOLE MI RETRATO.

Vous le voyez, je remplis ma promesse:
Acceptez donc ce gage de ma foi.
C'est mon portrait.—Et le votre Comtesse?
—Non?—C'est égal; je le porte avec moi!

Eaux Bonnes, Agosto de 1861.

FIN DEL TOMO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

POESÍAS LÍRICAS.

